



Traffic MUSEUM BARRIOS

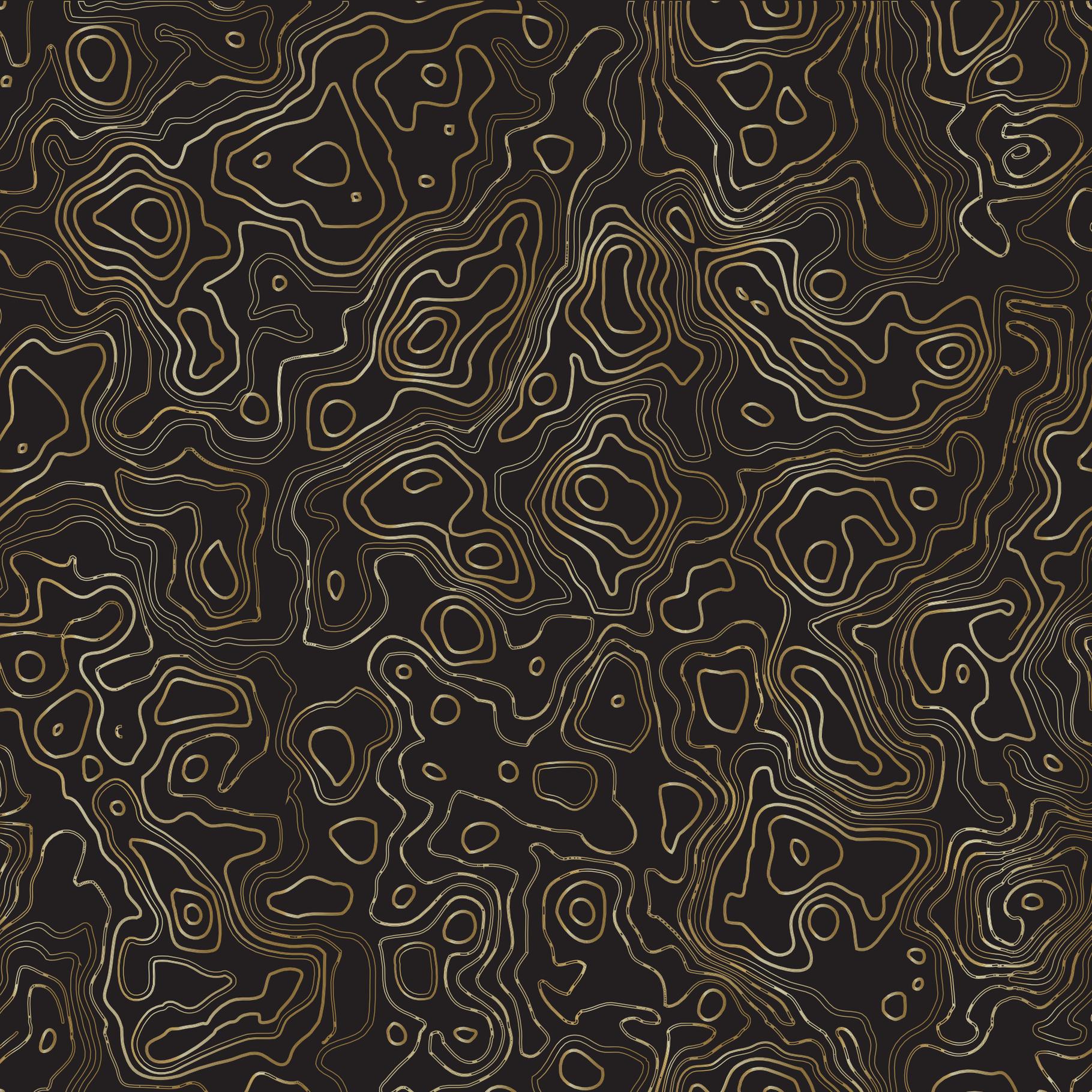
Organização
de Estados
Ibero-americanos

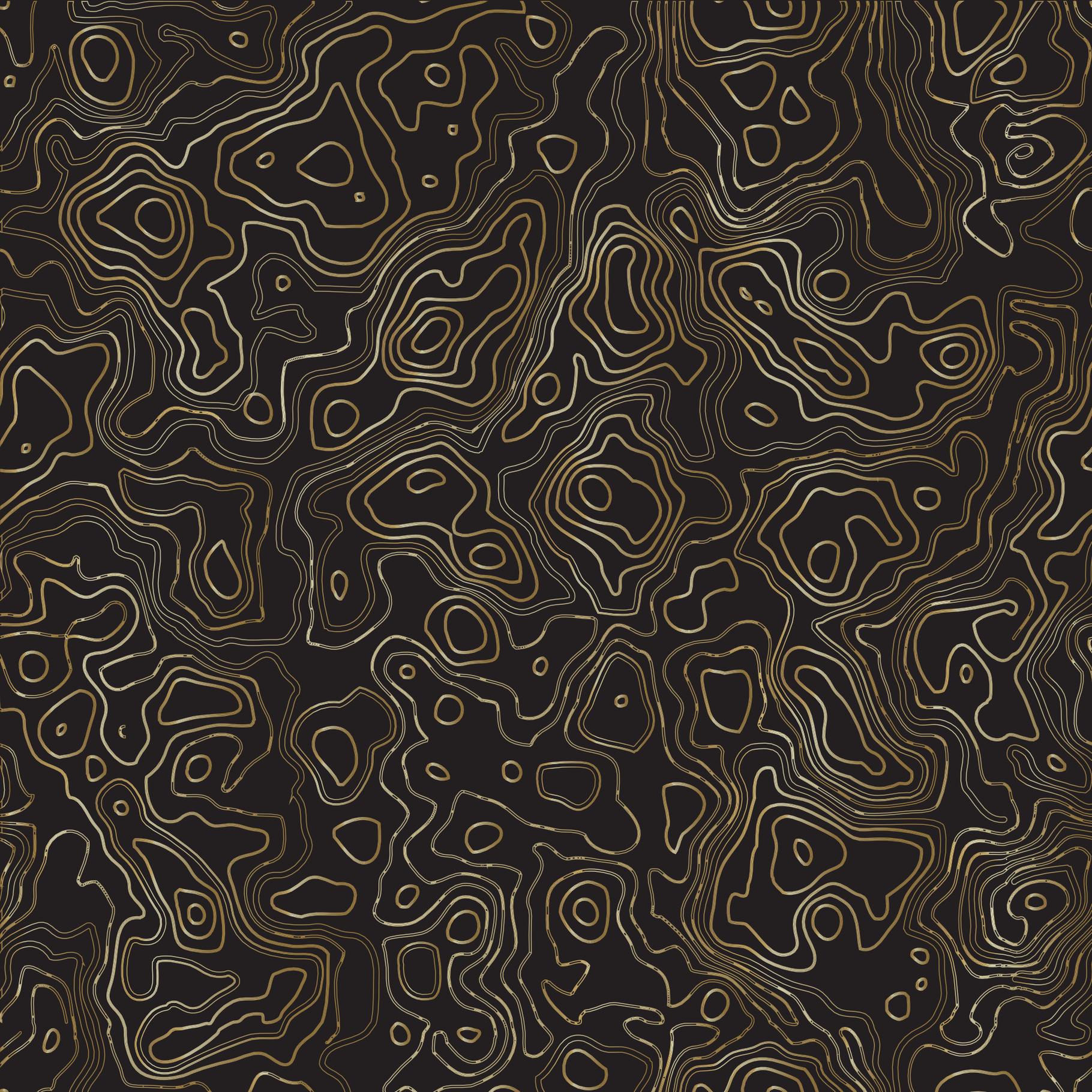
Para a Educação,
a Ciência
e a Cultura



Organización
de Estados
Iberoamericanos

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura





Esta publicación fue impresa por Impresiones Unicornio, San José, Costa Rica, 2017. © Copyright © Traffic. Derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de los textos e imágenes contenidas en este libro en cualquier forma, incluso por medios electrónicos, sin la debida autorización escrita de sus autores.



TrafficMUSEUM

BARRIOS

Organização
de Estados
Ibero-americanos



Para a Educação,
a Ciência
e a Cultura

Organización
de Estados
Iberoamericanos

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura

CRÉDITOS

Traffic Communications

Leonora Jiménez, Cofundadora y Directora Editorial
Gabriela Delgado, Cofundadora y Directora Comercial
Juan José M. Durán, Cofundador y Director Artístico
Juan Calivá, Director de Fotografía

Organización de Estados Iberoamericanos, Costa Rica

Evelyn Cermeño, Directora

Museos del Banco Central de Costa Rica

Virginia Vargas Mora, Directora Ejecutiva
Dayana González, Coordinadora de Comunicación y Promoción
Andrés Salas, Director Museografía y Diseño

Gensler

Christian Wolf, Director Regional Gensler Latinoamérica
Richard Hammond, Director de Diseño, Gensler Costa Rica
Patrick Aguilar, Arquitecto / Diseñador Digital
Anastacia Chaves, Arquitecta
Mariana Madriz, Arquitecta
Federico Montero, Arquitecto
Mauricio Naranjo, Arquitecto
Ximena Robelo, Arquitecta
Inés Méndez, Directora de Relaciones Públicas
Adrián Bravo, Coordinador de Comunicación

Municipalidad de San José

Paula Vargas Ramírez, Vicealcaldía
Mavis Calderon Fernández, Vicealcaldía
Gloriana Guzmán Bogantes, Vicealcaldía
Teodora Dinarte Guzmán, Comunicación
Gloria Marin, Comunicación
Lilliam Quesada Carvajal, Cultura
Gabriela Calvo, Cooperación Internacional
Adriana Quesada, Cooperación Internacional
Kenneth Quesada Ballester, Mantenimiento Vías
Marcelo Solano, Policía Municipal
Deytel Beita Jiménez, Policía Municipal
Bryant Ayal, Mejoramiento Barrios
Randall Rojas Alvarado, Mejoramiento Barrios

Foto de portada

Fotografía: Juan Calivá
Diseño de Moda: Annabella Prins / Mauricio Cruz
Cabello y maquillaje: Karla Calero
Modelo: Francesca Tretti, de Independent Model Management Costa Rica

Dirección Editorial

Andrés Fernández, Arquitecto e Historiador

Dirección de Arte

Juan José M. Durán | @MonsieurDuran

Curaduría

Erika Martín

Fotografía

Adrián Arias
Asulprusia
Ana Lucía Campos
At.Pier
Esteban Chinchilla
Gabriel Hidalgo
Gabriela Téllez
José Díaz
Juan Calivá
Julia Murillo
Mariam Wo Ching
Leo Carvajal
Leo Ureña
Lores de Soussa
Olman Torres
Pablo Cambroner
Pablo Murillo
Rebeca Jiménez
Urban Bones

Redacción

Adrián Fernández
Alejandra Morales Núñez
Andrés Fernández
Carla Pravisani
Carlos Soto Campos
Carolina Montero
Dino Starcevic
Fernando Chaves Espinach
Flor Monestel Sánchez
Guiselle Camacho
Sergio Pacheco

Revisión filológica:

Vilma Isabel Sánchez Castro

Diseñadores participantes

Alejandra Odio
Ale Rambar
Ana Castillo
Annabella Prins
Bárbara Cuevas
Camila Calvo
Cinthia Monge
Daniel Anchia
Daniel Moreira
Eduardo Ortega
Estefani Umaña
Everthg López
Giannina Sánchez
Jesús Cárdenas Durán
Jhon Oliveros
Julieta Odio
Karla Martínez
Kattia Tapia
Kimberly Yurica
María José Quirós
Mauricio Cruz
Michelle de Matheu
Mimian Hsu
Natalia Barquero
Oscar Hernández
Oscar Ruiz Schmidt
Rebecca Fernández
Rob Chamaeleo

Modelos

Francesca Tretti y Adrián Fernández,
Independent Model Management

Cabello y maquillaje

Karla Calero

Agradecimientos Especiales

Andrea Somma Genta
Life Productions
Instituto Nacional de Aprendizaje
Universidad Creativa
Universidad Veritas

*Dedicado a los habitantes de los barrios
de la ciudad de San José del año 2017.*





ÍNDICE

Presentación Organización de Estados Iberoamericanos	01
Presentación Revista Traffic	02
Presentación Museos del Banco Central de Costa Rica	01
Presentación Gensler	02
Presentación Municipalidad de San José	01
Introducción: San José, la ciudad y sus barriadas	02
Barrio Amón: de bajo a suburbio	01
Concepto de diseño	02
Descripción de la pieza	01
<i>Espiritus en disputa</i>	02
Barrio Otoya: un puerto escondido	01
Equipo A: Concepto de diseño	02
Descripción de la pieza	01
<i>Dueño de las primeras veces</i>	02
Equipo B: Concepto de diseño	01
Descripción de la pieza	02
<i>Un barrio lost in traslation</i>	01
Barrio Aranjuez: entre la estación y la aduana	02
Concepto de diseño	01
Descripción de la pieza	02
<i>Voltmetro de Aranjuez</i>	01
Barrio Los Ángeles: obreros, cuero y madera	02
Concepto de diseño	01
Descripción de la pieza	02
<i>Clase obrera confinada al sur</i>	01
Barrio Luján: allá en el Turrujal	02
Descripción de la pieza	01
<i>Un concierto de silencios</i>	02
Equipo B: Concepto de diseño	01
Descripción de la pieza	02
<i>Lujanenses por 2do grado</i>	01
Barrio González Lahmann: el de la universidad	02
Concepto de diseño	01
Descripción de la pieza	02
<i>El aristocrático barrio de la Justicia</i>	01
Barrio San Bosco: con nombre de santo	02
Concepto de diseño	01
Descripción de la pieza	02
<i>Más allá de ser la calle de los cementerios</i>	01
Barrio Escalante: donde hoy florece el comer	02
Concepto de diseño	01
Descripción de la pieza	02
<i>Detalles y conversaciones de un paseo gastronómico</i>	00
Conclusión	00
Créditos	

un libro para
LA CULTURA

PRESENTADO POR LA ORGANIZACIÓN DE ESTADOS IBEROAMERICANOS

Para la Organización de Estados Iberoamericanos, para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), es de mucho agrado haber colaborado en la creación de esta publicación que hoy les presentamos, tomando en cuenta nuestros esfuerzos en la promoción de iniciativas para la elevación de la cultura que promueve la educación y a su vez la integración social.

Es importante mencionar, que la OEI como institución regional, ha promovido y liderado los trabajos para la aprobación y desarrollo de la Carta Cultural Iberoamericana (CAI), primera iniciativa de carácter integral y compromiso voluntario de cooperación que surge de la colaboración entre los estados y constituye el primer gran acuerdo regional que da cumplimiento al mandato de la Convención para la Diversidad de la UNESCO, aprobada en 2005. Entre varios de los fines de la CAI, está el afirmar el valor central de la cultura como base indispensable para el desarrollo integral del ser humano y para la superación de la pobreza y de la desigualdad, así como promover y proteger la diversidad cultural que es origen y fundamento de la cultura iberoamericana, existiendo una gran multiplicidad de identidades, lenguas y tradiciones que la conforman y enriquecen.

Es bajo este marco, que deseamos divulgar con este título los elementos esenciales del éxito de un proyecto como Traffic Museum, el cual ha captado enormemente la atención de los costarricenses y ha impactado al mismo tiempo su visión sobre el sector cultural josefino en general. Precisamente para OEI, los resultados de esta iniciativa gestada localmente, y recogidos en este documento, son considerados un ejemplo de buenas prácticas que podrían ser apreciadas y utilizadas en otras zonas del país –o de la región– por diversos tipos de entidades públicas o privadas, que buscan acrecentar o mejorar su actividad cultural, siempre manteniendo la identidad local y respetando la perspectiva de sus ciudadanos. Así, se fomenta y motiva la transferencia de capacidades y el emprendurismo e innovación en el sector, lo cual no siempre son solamente un efecto de políticas públicas bien diseñadas, sino que a su vez son en sí mismos promotores de la articulación y perfeccionamiento de las mismas.

Deseamos con esta labor reafirmar nuestro compromiso con el desarrollo cultural iberoamericano, esperando que esta publicación sea de su mayor agrado y utilidad.

Evelyn Cermeño Vargas
Representante / Directora
OEI – Costa Rica



auténtica
**SAN,
JOSE:**

DE LA INTIMIDAD AL RUIDO DEL COLOR.

PRESENTADO POR TRAFFIC, ORGANIZADOR

En Traffic creemos que la moda es una de las más poderosas herramientas de comunicación, una, además, con la que casi todos se identifican. Por medio de la moda expresamos lo que somos, o al menos lo que queremos ser. Hay algo aspiracional y utópico implícito en el acto de cubrir nuestra humanidad con textiles, metales, pieles, color o cualquier otra forma de disfraz conveniente y medido, al que llamamos ropa.

Durante años, esta forma de expresión ha sido controlada y dirigida por y para un pequeño grupo de afortunados, sedientos de apoderarse de algo de lo que nadie se puede apoderar: el estilo. Único e intransferible, el estilo es el tono con el que expresamos la percepción que tenemos de nosotros mismos y que nace en la parte más íntima de nuestro imaginario: en aquella sala kitsch de la abuela o en la iglesia fría y mística que visitábamos algunos domingos o, por supuesto, en la calle sin nombre donde jugábamos libres y cómodos, la del barrio.

Este año, *Traffic Museum*, el proyecto cultural más importante de la plataforma Traffic, se ha inspirado en ese seno familiar y siempre latente al que llamamos “barrio” y ha logrado reunir una serie de interpretaciones, contemporáneas todas, de dicho entramado de elementos, caras, olores, divisiones y particularidades.

Este *mix* de perspectivas, riquísimo y único, es lo que ustedes, lectores, disfrutarán en las siguientes páginas, un abanico de tonos, ideas e historias, tan folclórico, urbano y colorido como la misma joven ciudad de San José. Local en contenido, global en calidad.

Quisimos que los barrios se abrieran a la ciudad, orgullosos de su personalidad, para que la ciudad los volviera a ver con nuevos ojos, porque las historias que tenían que contar estaban olvidadas. Y es que no podemos olvidar de dónde venimos: sin esa memoria, nada somos. Así, mediante fotos, indumentaria y diseño, ocho barrios contaron nuevas historias, todas sucedidas en aquella escena josefina, bombardeada únicamente por muchas influencias que le otorgan un aire a veces bohemio, a veces cosmopolita, a veces aldeano y tímido,

pero siempre colorido y lleno de curiosidad por abrirse a nuevos íconos que la representen. Desde ahí, puntualmente, fue que consideramos que el mejor ícono que podemos darle a San José, es la conciencia de su autenticidad barrial, por ende de su estilo.

La moda es entonces para nosotros, el tono que elegimos para los mensajes que enviamos: democratización, búsqueda de la autenticidad, expresión pacífica, apropiación del espacio público. Queremos que la gente se sienta parte de esa plaza, de ese parque, de esa foto expuesta, traje, pasarela... porque si pertenezco a ello y ello me pertenece, lo cuido.

No pretendemos que nuestra ciudad sea otro lugar, ni que se vista como aquellas de cuatro estaciones. Pretendemos que San José se proyecte segura, atractiva y que posicione esa simpleza tropical y sofisticada como un sello de nuestra identidad, que refleje a una sociedad costarricense educada, equitativa y consciente.

El proceso de llevar a cabo un proyecto como *Traffic Museum*, al lado de nuestros aliados, es muchas veces una apuesta; primero por educar, segundo por innovar, tercero por impactar y, por último, y no menos importante, por hacernos sentir, en la mente, en las entrañas y en el corazón.

Esperamos que esta publicación sea un referente para la construcción y proyección de la identidad cultural de San José, desde las múltiples perspectivas y tonos que hemos logrado atrapar aquí, para siempre.

Como nos lo recuerda aquel círculo rojo iluminado de la avenida segunda, los íconos cuentan la historia de la ciudad, dicen quiénes somos y cómo nos reímos. El ícono que deseamos darle a San José no es tangible, no se puede medir con metros ni monedas. El estilo es intangible y es lo que permanece, como el anhelo de una ciudad linda o como el barrio al que pertenecemos.

Como Traffic.

Traffic

FRAGMENTOS DE LA CIUDAD

PRESENTADO POR LOS MUSEOS DEL BANCO CENTRAL DE COSTA RICA, CO-ORGANIZADOR





Los barrios son fragmentos de la ciudad y en su conjunto dan testimonio de la diversidad de identidades que convergen en la urbe. Rescatar su memoria y resaltar sus transformaciones desde perspectivas distintas es la intención de *Traffic Museum-Edición Barrios*.

En diez propuestas de diseño de modas, esta muestra puso a dialogar rasgos genuinos de diferentes zonas de San José con la creatividad e impecable confección de diseñadores costarricenses. Bajo cada atuendo hubo un personaje, una historia, un detalle arquitectónico o una costumbre de quienes habitan los barrios.

En medio del proceso de investigación y ejecución de este retador proyecto se cumplió un propósito fundamental: crear nuevas conexiones con estos espacios e identificar su riqueza cultural en el imaginario de más personas.

Este propósito y el interés por destacar el talento costarricense, se convierten en las razones para que los Museos del Banco Central de Costa Rica abrieran sus puertas a la exhibición *Traffic Museum* por segundo año consecutivo.

La edición Barrios y las iniciativas que la complementaron –*Foto-Urbana* y *San José Runway*– coinciden con la convicción de nuestra organización de realizar esfuerzos conjuntos para fortalecer a la capital y a sus barrios como focos culturales y convertirlos en una opción para el disfrute de los visitantes nacionales e internacionales.

Por otra parte, también es consistente nuestro interés en los aportes que nuevas generaciones de emprendedores de distintas disciplinas del diseño – como la moda, en este caso– están desarrollando y se transforman en estímulos para el crecimiento de las industrias creativas costarricenses.

La Revista *Traffic* ha liderado esta tarea en el ámbito del diseño de moda con un compromiso digno de reconocer y apoyar. Ellos reúnen a un conjunto de personas con una visión tanto transformadora como persistente, la cual apoyamos en medio de aprendizajes y logros positivos.

Su primer acercamiento, en 2015, redimensionó la riqueza del patrimonio cultural arqueológico, numismático y artístico de los Museos, al poner en manos de los diseñadores una selección de imágenes de objetos de las colecciones para crear los atuendos. En 2016, fueron los barrios josefinos los referentes claves.

En ambas ocasiones, los Museos han obtenido un beneficio adicional y de mucha relevancia: aproximarse a un público que percibimos como nuevo. Esta es una oportunidad invaluable para cumplir los objetivos institucionales, los cuales buscan que sectores de la población con afinidades distintas nos visiten, reflexionen acerca de la riqueza de nuestras identidades y encuentren en nuestros contenidos insumos creativos.

Agradecemos al equipo de *Traffic* el hacernos parte de *Traffic Museum*, el cual, en su segundo año, da un paso más y culmina con este producto editorial que es un esfuerzo por registrar el trabajo de diseñadores de moda comprometidos a rescatar lo más auténtico y resignificarlo en sus creaciones. Sin duda, estas páginas son un acierto dentro de la construcción de una plataforma de visibilización del diseño de moda en Costa Rica.

ARTE Y CULTURA CATALIZANDO

la ciudad

PROBLEMAS POR GENTE DE COSTA RICA, CO-ORGANIZADOR

Los museos están creando momentos culturales más allá de sus muros, en lugares reales dentro de la comunidad y la ciudad, que enriquecen y hacen de la experiencia del visitante algo más relevante. Los museos tienen el poder de emocionar, educar e iluminar. Actualmente; sin embargo, enfrentan varios desafíos: sectores demográficos cambiantes, expectativas cada vez más elevadas de los visitantes y mayor utilización de la tecnología, entre otros. Idealmente, esto debe conducir a una experiencia más enriquecedora y memorable para los visitantes.

El modelo tradicional del museo pasivo está transformándose en un compromiso activo y abierto a la interpretación. Las exhibiciones ya no dependen solo de los expertos; ahora, en cambio, reconocen la subjetividad de las múltiples perspectivas. Este modelo emergente se hace evidente con la popularidad de las colaboraciones interdisciplinarias e interinstitucionales.

A raíz de esta creciente tendencia, en Gensler nos dimos a la tarea de realizar un estudio de un año, para analizar las relaciones entre los museos y el público, y buscar estrategias para construir y reforzar audiencias. De este estudio sacamos además, ocho aspectos clave que las instituciones culturales deben adoptar para tener éxito en la sociedad actual:

1. **Crear viajes personales**, donde cada individuo pueda vivir el museo de manera personal; así se conectan emocionalmente debido a la conexión entre ellos mismos y lo que experimentan.
2. **Experiencias basadas en entretenimiento**, que seduzcan, cautiven y promuevan la sensación de maravilla, de asombro.
3. **La necesidad de ser flexibles**, ante sociedades que trabajan cada vez más tarde y no tienen posibilidad de asistir a instituciones culturales o museos que cierren temprano.
4. **Buscar el compromiso de la comunidad**, para lograr la integración que derribe cualquier barrera social, económica e intelectual.
5. **Desdibujar los límites**, para que la cultura, el estilo de vida y el comercio se entrelacen. De esta manera nos hacemos mucho más relevantes para la sociedad.

6. **Atender necesidades tanto locales como de turistas**, que son muy diferentes. Mientras los turistas van directo a lo más llamativo, los locales necesitan información detallada.

7. **Aprovechar la escena urbana**, de manera que la exposición sea más atractiva e invite a las personas a ser parte de ella.

8. **Presencia física vs. digital**, un punto crítico para el futuro de los museos. Mientras que la parte física atrae de manera convencional, la parte digital incorpora nuevas tecnologías para crear una experiencia integral.

Implementando estos puntos, las instituciones culturales pueden brindar experiencias que tengan impacto a gran escala. En Gensler creemos en el poder que tiene el diseño para cambiar el mundo, impactando personas, comunidades y ciudades, y la cultura es uno de los principales vehículos para lograr esto.

Esto es justamente lo que hemos hecho junto con la Revista Traffic y los Museos del Banco Central de Costa Rica. Dentro de sus instalaciones, que hemos venido renovando a nivel exterior e interior desde hace tres años, disfrutamos de la segunda edición del *Traffic Museum*. Si el año anterior sorprendimos con un cubo dorado, en esta ocasión reflejamos la belleza del patrimonio nacional a través del concepto de "Marcos Urbanos" que encuadra una serie de fotografías que reflejan el quehacer de los principales barrios capitalinos.

El proyecto elaborado por Gensler para *Traffic Museum* es todo aquello que hemos mencionado: una exhibición activa y dinámica, que se mezcla con su ambiente, que atrae e invita, que rompe barreras. Si seguimos por este camino nos mantendremos relevantes, encontrando nuevas audiencias, creando nuevos espacios sociales, y utilizando la tecnología de manera creativa y efectiva.

De esa manera, podremos liderar, influenciar y guiar esta nueva tendencia en museos para asegurar, además, que nuestra voz sea clara, directa y, lo más importante, relevante.

SAN JOSÉ VIVE LA MODA

y el arte

PRESENTADO POR LA MUNICIPALIDAD DE SAN JOSÉ, CO-ORGANIZADOR



La ciudad de San José, que en los últimos años vive un proceso de renovación y de transformación, es mucho más que su centro histórico y el patrimonio que se ha convertido en su símbolo, no solo para la ciudadanía costarricense, sino también para los turistas que visitan este espacio urbano que es punto de encuentro, lugar de inclusión social y de expresión de la diversidad.

También, los barrios de San José viven y son parte esencial para conocer la identidad y la idiosincrasia que le dan forma a la cultura, las tradiciones, la historia y la realidad de una metrópoli vibrante, que atesora su pasado con orgullo, pero que, sobre todo, mira al futuro con esperanza.

En las nuevas propuestas interdisciplinarias y multimedia que son parte de una nueva cultura, que ha nacido de la mano de la revolución de las tecnologías de la información y de las comunicaciones, que han alumbrado una nueva sociedad del conocimiento, hay iniciativas pioneras, que ponen a la capital costarricense en la vanguardia de expresiones que, mediante el diseño contemporáneo, el arte, la moda y el relato, buscan reivindicar lo bueno que le da forma a ese ser josefino que nace de la cotidianidad de los barrios que la conforman.

Diez piezas de diseño de moda, junto con fotografías y relatos de algunos de los barrios más entrañables de San José, que guardan en su presente, las huellas culturales, artísticas y humanas que marcaron su pasado, forman parte de la propuesta, exhibida al público entre los meses de noviembre y diciembre de 2016, que ahora pasarán a formar parte de este libro, el cual será un texto de referencia para palpar, en

un momento muy concreto, de grandes transformaciones, la actualidad de la capital de la República de Costa Rica, en la segunda década del siglo XXI.

Para la Municipalidad de San José, ha sido un verdadero honor, poder apoyar este proyecto de *Traffic*, que también ha recibido la colaboración de la Fundación de Museos del Banco Central (la exhibición que da pie a este libro se efectuó en los subterráneos de la Plaza de la Cultura), y de la empresa Gensler.

Con diez creaciones de moda, de diez diseñadores, inspiradas en los barrios Luján, Escalante, Otoya, Aranjuez y Amón, entre otros, la moda se ha convertido, gracias a esta iniciativa, en un vehículo más para la expresión del diseño, el arte y la cultura que definen a San José.

Es una sinergia creativa que, desde la moda, fortalece a San José como esa ciudad culturalmente activa, que se posiciona como un lugar atractivo para quienes buscan producciones culturales vanguardistas.

En esta segunda edición de *Traffic Museum*, la de barrios, se ha dado un paso más en la dirección correcta, para lograr la revitalización cultural de la capital que es imprescindible para que, en el mediano y el largo plazo, los proyectos de regeneración y repoblamiento, que se han planificado, sean un éxito a escala humana.

Johnny Araya Monge

Alcalde de San José



SAN JOSÉ,

LA CIUDAD Y SUS BARRIADAS

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ





INTRODUCCIÓN

San José, qué duda cabe, está de moda, y la moda, ya se sabe, no es cómoda. Sus barrios, en consecuencia, también están cobrando relevancia de nuevo, en ese novedoso panorama de ciudad recuperada o en recuperación, más bien; y qué bien que así sea, porque los barrios son la célula madre de la vida ciudadana.

El barrio como forma de habitación agrupada de la urbe, es tan viejo como la ciudad misma; apareció, al parecer, con ella, allá en el Cercano Oriente. Ya en los restos de las primeras ciudades, distinguen los arqueólogos conjuntos socio-espaciales construidos, a los que no han podido denominar sino “barrios”. Ciudad de barrios también, nuestra capital no es una excepción a las generalidades dichas.

Todo lo contrario, ya en sus orígenes, vivían los vecinos principales de La Villita, en el entorno inmediato de su plaza, en el centro; los más humildes, por el contrario, se acercaban hacia el suroeste, en el lugar llamado La Puebla, origen de todos los asentamientos proletarios. De esos incipientes barrios, entonces, partió la división socio-espacial de la futura ciudad capital.

El barrio es una unidad sociológica relativa, subordinada, que no define la realidad social, pero que es necesaria. Sin barrios, igual que sin calles, puede haber aglomeración, tejido urbano, megalópolis. Pero no hay ciudad..

– Henri Lefevre –
Barrio y vida de barrio

Sin barrio y sin vida de barrio, claro está, no hay ciudad... pero ¿qué es un barrio? Es una parte apenas, un fragmento, un trozo, un pedazo de ciudad con características propias, un sector que más allá de su mera espacialidad, también es momento vivido, tiempo íntimamente vinculado a la evolución histórica urbana y a su naturaleza artificial, como que construida física y vivencialmente día a día por los seres humanos que lo habitan.

Aquí, entonces, hablaremos de barrio para nombrar en particular a la comunidad que forman los habitantes de una cierta parte de la ciudad, parte dotada de una fisonomía propia y de rasgos distintivos que le brindan su unidad e individualidad en el conjunto ciudadano; trozo caracterizado por cierto paisaje urbano, cierto contexto social y, por lo general, por una función específica.

En ese sentido, los barrios históricos de San José, se concentraron en los originalmente llamados sus cuatro distritos *urbanos* –Carmen, Merced, Hospital y Catedral–, y que ahora llamamos *centrales* porque su crecimiento absorbió a todos los demás, convirtiéndolos en centro de una mancha urbana amorfa y caótica, que desde hace al menos cuatro décadas atenta contra sus habitantes usuales.

Producto de ese proceso, el decrecimiento de la población josefina en el casco central y en sus barrios periféricos, ha sido dramático; acarreado de paso el lamentable desdibujarse de una rica memoria colectiva capitalina enraizada en su paisaje urbano y edilicio, así como en los lazos comunales que caracterizaron antaño la vivencia barrial de su trama, y hasta en una cierta idiosincrasia que algunos se atreven a llamar, incluso, la “josefinidad”.

Para la morfología social, el barrio es una unidad morfológica y estructural; está caracterizado por cierto paisaje urbano, cierto contenido social y una función propia; de donde un cambio de uno de estos elementos es suficiente para fijar el límite del barrio.

– Aldo Rossi –

La arquitectura de la ciudad

Por eso se impone recobrar el josefino concepto de barrio. Porque en ocasiones se denomina solo como “barrio” a una división administrativa de la ciudad, pero en realidad el barrio suele ser independiente de cualquier límite burocrático usual, y su alcance tiene más de arraigo emocional en sus habitantes que son, en última instancia, quienes definen su territorialidad.

En este texto y su contexto, por eso, distinguiremos tres tipos de límites barriales; a saber: el histórico, el administrativo y el emocional. *Histórico* será el límite que nos imponga la crónica urbana, el cuándo

se creó el barrio y con cuáles linderos dentro o fuera del cuadrante ciudadano, qué fincas le dieron origen y de dónde deriva su nombre.

Administrativo, por su parte, será el límite que le imponga el municipio, que casi siempre tiene más interés pecuniario que precisión histórica, interesada solo en el cobro de los impuestos. *Emocional* mientras tanto, será el límite aquel que le impongan sus vecinos, los históricos y los otros: los que desean vivir ahí o cerca; aquellos, en fin, a quienes la emoción de la vivencia o el deseo, les genera a su modo un arraigo, más deseado que real, en el que sienten su espacio urbano.

Las características físicas que determinan los barrios son continuidades temáticas que pueden consistir en una infinita variedad de partes integrantes, como la textura, el espacio, la forma, los detalles, los símbolos, el tipo de construcción, el uso, la actividad, los habitantes, el grado de mantenimiento y la topografía.

– Kevin Linch –

La imagen de la ciudad

Es ahí donde se inserta este libro con ansia de contribución: en la fluidez de la dinámica histórica y social que generan los barrios sobrevivientes de nuestra ciudad. Es a sus calles y a sus casas, a las texturas y detalles, a los usos y los símbolos, a las actividades y a los habitantes de algunos de los barrios capitalinos, adonde invitamos, desde *Traffic Museum*, a asomarse a diversos grupos de profesionales del diseño de moda y la comunicación, el diseño gráfico y la fotografía, para que nos brindaran de ellos su visión.

Con ellos, sacamos a relucir algunas de las características que particularizan a esos fragmentos urbanos, acechándolos de distintos modos, pero con el único fin de ayudarnos a estar más cerca de una realidad urbana que, por cercana, se nos ha ido volviendo extraña, lejana, como la ciudad que dejamos atrás.

Adelante, la ciudad que queremos mañana, pensada en función de sus barrios de hoy, no solo como las sobrevivencias de antaño que son, sino como las partes vivas e integrales de su existencia histórica que deben volver a ser, partes con las que estamos comprometidos, como artistas y como ciudadanos, todos los aquí involucrados. ■





Barrio Amón:

de bajo a suburbio

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ

PRESENTACIÓN DEL BARRIO

El inmigrante francés Amon Fasileau-Duplantier, llegó a San José hacia 1884, para administrar la empresa cafetalera de Hipólito Tournon. Hábil empresario, empero, monsieur Amon no limitó su acción al café, y pronto diversificó sus negocios mientras se emparentaba con lo mejor de la sociedad josefina.

Luego, en 1892, presentó a la Municipalidad de San José una propuesta para urbanizar el llamado bajo del Torres, ladera antihigiénica y de alta pendiente, ubicada en la orilla izquierda del río del mismo nombre. Ahí tenía Amon un terreno, situado al norte de la vieja “calle de la ronda”, hoy avenida 7, y que luego ampliaría con terrenos de otros particulares, asociados suyos.

Si bien aquel no sería el primer ensanche realizado al viejo casco urbano de origen colonial, llegaría a ser el primer desarrollo habitacional de carácter privado y empresarial, como lo puso de manifiesto el periódico bisemanal *Costa Rica*, en su número del 18 de julio de 1893: “San José no solo se embellece, sino que también se ensancha” –apuntó.

“Del lado norte, son muy importantes los trabajos emprendidos por Mr. Amón Fasileau Duplantier. Él ha destruido un hermoso jardín y derribado muchas casuchas viejas, para cuadricular los terrenos y que nuevas construcciones formen un barrio nuevo y elegante”.

“Empresarios como Monsieur Fasileau (...) son los que necesita el país, para su engrandecimiento y prosperidad. Ellos hacen su negocio, pero con positivo y permanente provecho de la generalidad. Mr. Fasileau está construyendo una excelente cloaca, que contribuirá al aseo de las calles y a la salubridad pública en esa parte de la población”.

Además, en el contrato firmado en 1894, el empresario se comprometió a ampliar las calles y avenidas hasta el río Torres; y el municipio, a desaguarlas y lastrearlas a cabalidad cuando estuvieran medianamente edificados los solares del nuevo cuadrante.

Comprendido en el distrito urbano del Carmen, el nuevo barrio quedó

definido por la actual avenida 7 al sur, la calle Central al oeste, el río Torres y la avenida 13 al norte, y la calle 9 al este. Sin embargo, no sería hasta 1897, una vez lotificado, que el residencial empezó a consolidarse con la construcción de viviendas y un sistemático poblamiento.

Como anota la historiadora Florencia Quesada, en el sector se asentaron tanto nacionales como extranjeros, “profesionales y técnicos”, comerciantes, agricultores y empleados públicos y privados”, buena parte de ellos económicamente prósperos (*En el barrio Amón*). Allí, más posibilidades económicas en combinación con las importaciones facilitadas por la finalización del ferrocarril al Atlántico, en 1890, redundaron en un evidente deseo de diferenciación social y arquitectónica respecto del entorno aun aldeano de San José y sus barrios viejos.

Así, aparecieron en Amón viviendas que representaban las aspiraciones sociales y urbanas de una burguesía europeizada en su pequeño ambiente josefino, casas con antejardín y reja que las distanciaba de la calle y del viandante, casas con mucho de criollo a veces, pero de rasgos barrocos o *art nouveau* también. Casas con una mayor especialización funcional, es decir, con sala a la inglesa, con veranda a veces y con comedor también, todas con cuarto de baño, como lo recomendaban los catálogos consultados por las aburguesadas damas que serían sus amas.

Entre las arquitecturas introducidas por esas viviendas, si bien hubo historicismos como el neo-clásico a la greco-romana y el neo-mudéjar de árabe inspiración, no predominaron allí frente a la influencia victoriana que se hizo sentir fuertemente, producto del contacto de San José con Londres, principal mercado de nuestro café.

Con ese lazo, también, llegó al barrio el eclecticismo, de cuyo variado cuán caprichoso repertorio se ven tantos ejemplos en las fachadas que engalanan las calles, las rejas de sus ventanas y las columnas torneadas, del bajo aquel que Amon convirtió en burguesa barriada, la concreción josefina de la europea *belle époque*.







EQUIPO DE TRABAJO:

ERIC MORA (*DISEÑADOR*)
JEREMY CHACÓN (*PATRONAJE Y CONFECCIÓN*)
GABRIEL HIDALGO (*DISEÑO GRÁFICO*)
SERGIO PACHECO (*COMUNICADOR*)
ANA LUCÍA CAMPOS (*FOTÓGRAFA*)
JOSÉ DÍAZ (*ARTISTA*)

CONCEPTO DE DISEÑO

* La Catábasis o Katabasis (del griego, "abajo" "avance")

es un descenso de algún tipo, como bajar una ladera,
el sol al atardecer, una retirada en una campaña militar,
una expedición a los infiernos o un viaje desde el
interior hacia la costa.

Ofelia Corrales, "la médium más notable del mundo" como le llamó el periodista británico William Thomas Stead, en la Hindu Spiritual Magazine de Calcuta, India, vio la luz en 1888 y sostuvo en sus manos un cocuyo de intensa luz azulada durante 82 años, pues murió en 1970.

La médium de poderes extraordinarios e hija del reconocido impulsor de las reformas educativas de finales del siglo XIX en Costa Rica, Buenaventura Corrales, realizaba sesiones espiritistas con reconocidas figuras de la época, en la casa de su tío, Solón Corrales, ubicada en el primer barrio residencial de la burguesía josefina, el mítico barrio Amón.

Ofelia, Buenaventura y Solón se ramifican en el genograma de Eric Mora ("Amo y Señor"), bisnieto de Solón, quien esta vez se adentra en la casa de sus espíritus.

"La negación absoluta de los contrarios", la propuesta de traje conceptual de "Amo y Señor" para el caso de 2016, no es sino la emanación visible del cuerpo de la médium: por medio de su conexión consanguínea, pero al mismo tiempo espiritual, nos adentramos en el Amón naciente de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX.

Mientras que hace ya cien años el capitalismo, la secularización y la ciencia avanzaban por todas partes, sin que Costa Rica fuera la excepción; las logias teosóficas en el país buscaban reconciliación con el mundo de lo desconocido.

En su artículo "Fascinados por lo oculto", el historiador costarricense Iván Molina, narra cómo ante la insatisfacción con el positivismo y la decepción con la religión tradicional, figuras como "*el empresario y secretario (ministro) de Hacienda, Felipe J. Alvarado; el canciller e historiador Ricardo Fernández Guardia; el magistrado Alberto Brenes Córdoba; el pintor Enrique Echandi; el subsecretario de Educación, Roberto Brenes Mesén, y el director de la Escuela Superior de Varones de San José, Ramiro Aguilar*", se aglutinaron en torno al Círculo Franklin, dedicado a estudiar las facultades de Ofelia, cuya vida dejó huella en la cultura ocultista internacional.

Con esta puesta en escena, Eric emprende su catábasis*, como Orfeo acompañando a los argonautas. Y viaja una vez más al origen, desde el interior hacia la costa, fijando su mirada en el sol al atardecer y haciendo de cuenta que no hay luz sin oscuridad, que no hay arriba sin abajo, que no hay realidad sin sueño. "Amo y Señor" resucita a todos sus fantasmas, y nos adentra en un viaje al más allá.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

* Anábasis (del griego , "ascenso") es una subida, expedición hacia el interior y alude a cuatro obras literarias de la antigüedad clásica.

En la tradición ocultista, la figura andrógina es recurrente. "Amo y Señor" nos muestra un traje mágico, donde los mundos se encuentran y donde se refiere la resurrección de la carne: no hay catábasis* sin anábasis**.

El vestido se compone de dos piezas unidas por los hombros, es igual adelante que atrás, adentro lleva otro vestido del mismo tono que el de afuera.

El traje se enmarca en una imagen geométrica octogonal (es en el octavo día en que Jesús resucita; el noble camino óctuple que según el budismo permite el cese del sufrimiento; o es el símbolo del octógono sofista que refiere al trono divino, al espíritu universal).

En detalle, en este traje se pueden apreciar dos formas en pirámide que se insertan de modo invertido, lo que genera radicalidad, antagonismo. Son estas las figuras paradigmáticas del padre de la filosofía alemana, Nicolás de Cusa (1401-1464): "las pirámides encontradas de luz y sombra".

En el centro del diseño, se superpone el ojo de Dios que todo lo mira y que equilibra en la unión a las partes contrapuestas.

En el extremo superior se aprecian figuras que representan el pensamiento y la comprensión: rayos, fuego, símbolos de luz, el calor. Lo supremo.

En el extremo inferior se muestran formas ligadas a la oscuridad y el destierro: estrellas, noche, símbolos de muerte, el pecado. Lo ínfimo.

Para el patronaje se fragmentaron las piezas para su precisa impresión y se consideraron amplios márgenes de costura para respetar las medidas. Se realizaron diversas pruebas de impresión para incorporar justos valores de color.

Con materiales Lafayette, para la parte externa se utilizó una imitación de seda pesada, con brillo y caída. En la parte interna, un armazón compuesto por cuatro tipos distintos de tela: una red gruesa y varios tipos de entretela que ofrecen rigidez. El vestido interior está hecho con chifón de seda.

La máscara que acompaña al traje conceptual está hecha en policarbonato transparente, en dos dimensiones planas. De acuerdo con Mora, "simboliza los arquetipos o modelos de las formas que han sido, que son y que serán. La eternidad reside alrededor de ellas, y desde ellas, el tiempo fluye como un arroyo, inundando los mundos".

El traje prêt-à-porter es un vestido de dos piezas, hecho en army grueso, casi de trabajo, de tela resistente y con cierta firmeza.

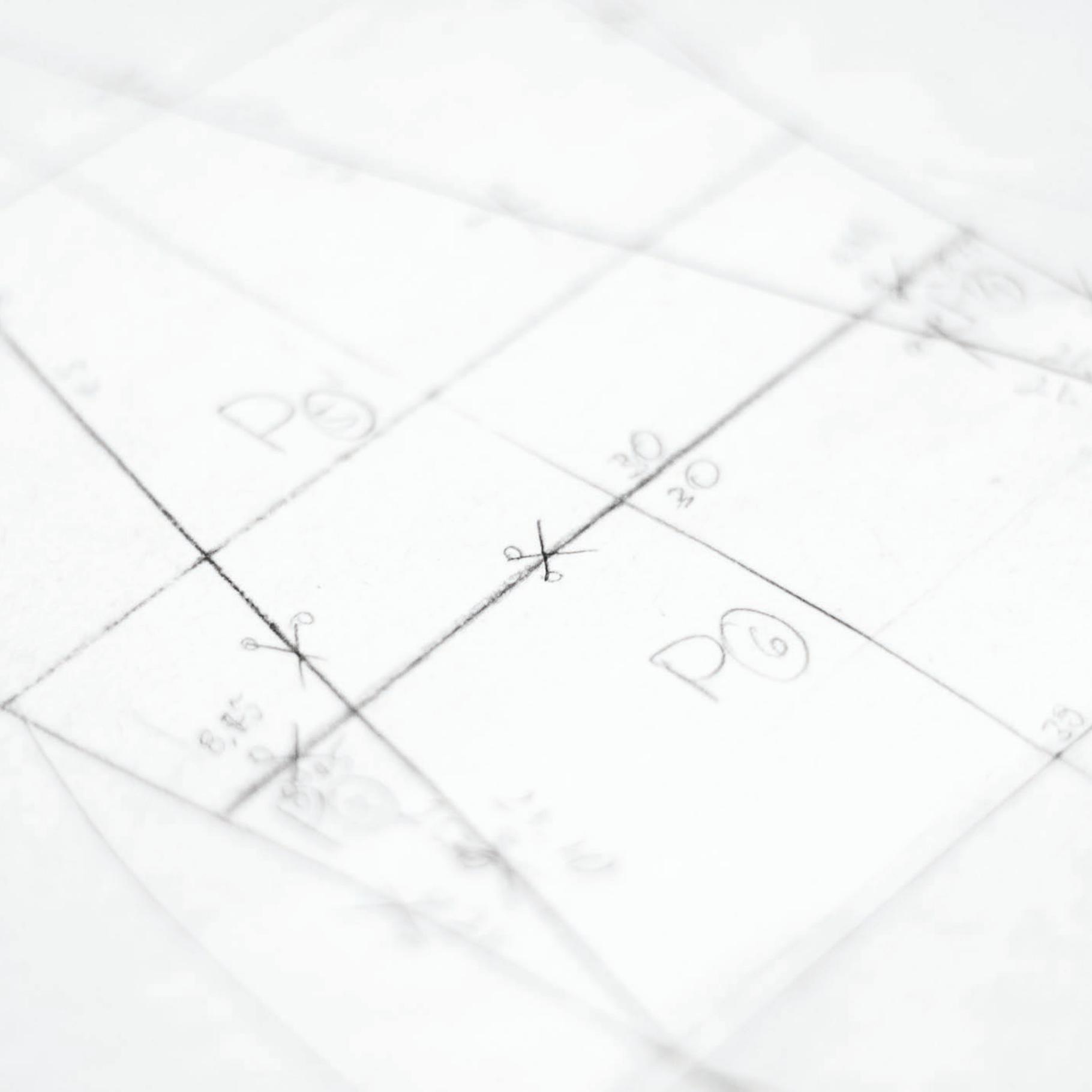
El proceso de investigación, bocetaje, creación y montaje de ambos trajes requirió de una inversión de más de 250 horas de parte del equipo creador.



AMÓN | ANA LUCÍA CAMPOS

Ana Lucía Campos rescata las texturas y procesos creativos de la indumentaria mediante imágenes minimalistas y detalladas. Su propuesta parte de la pieza del diseñador de moda Eric Mora, cargada de historias ocultas, de misticismo y de simbología. Los opuestos, la dualidad y la geometría son elementos esenciales, en sus fotografías vemos lo que no se ve a simple vista.

Curado por **ERIKA MARTIN**



A

30
30

P

B

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N

O

Q

R

S

35

BARRIO AMÓN

ESPÍRITUS EN DISPUTA

POR SERGIO PACHECO

Hacia 1885, el francés Amón Fasileau Duplantier y Rouwband llegó a Costa Rica proveniente de Burdeos, Francia y durante las décadas que residió en el país logró adquirir grandes terrenos al norte del centro de San José, los que transformó una vez en tabladillos gracias a acuerdos comerciales con la Municipalidad.

Según reseña la historiadora Florencia Quesada, en su libro “El barrio Amón”, la zona se caracterizaba por ser foco de suciedad e inundaciones, ante la ausencia de canales que evacuaran las corrientes de agua cuando llovía.

A su vez, era un espacio conocido y visitado, fundamentalmente por albergar los “Lavaderos del Padre Umaña”, que alrededor de 1870 permitían a las familias que no recibían agua directamente en sus casas, realizar esas labores domésticas. Los lavaderos son el principal antecedente de actividades sociales y laborales, que dieron paso al proceso de consolidación del barrio.

Durante los años que preceden al barrio, se diversificó en la zona la actividad comercial. En las orillas del río Torres se encontraba la fábrica de ladrillos que perteneció al primer obispo de Costa Rica, Anselmo Llorente y la Fuente, luego adquirida por Amón; así como el beneficio del Café Torres, ubicado donde se encuentra actualmente el Clarión Amón Plaza Hotel.

El barrio fue fundado en febrero de 1892, pero no fue sino hasta 1895, una vez concluida la apertura de calles e instalado el servicio de agua potable, que Amón Fasileau edificó dos casas y vendió varios terrenos a influyentes burgueses de la época.

Los cambios que comenzaba a experimentar la capital a finales del siglo XIX, estuvieron ligados indefectiblemente a su desarrollo económico, particularmente el auge del café y la conclusión del ferrocarril. Fue así como el barrio albergó la construcción de

elegantes residencias, que marcaron la transición del San José de adobe y tejas, a una ciudad diseñada a la medida de los liberales en el poder. Aunque con la clara influencia europea en el gusto de los dirigentes, barrio Amón es desde el punto de vista arquitectónico, sincrético, lo que hace que conserve un espíritu y variedad de elementos vernáculos y criollos.

Por esa razón, durante los últimos veinte años, muchas de las edificaciones del barrio, han sido declaradas patrimonio histórico arquitectónico: la casa Lara Montealegre (1896), actual sede de la Alianza Francesa; la Casa Coto Cubero, originalmente propiedad de Aniceto Esquivel Carazo (1920); la Casa Brenes Méndez (1910); el Castillo del Moro (1930), la Casa Huete Quirós (1912) o la casa de Alejo Aguilar Bolandí (1920).

Más, no menos importante que ese patrimonio tangible del barrio, es su patrimonio intangible, mucho del cual posee dimensiones de leyenda urbana, como aquella que acabara tejiéndose un mes de agosto, uno cuyo clima no es el mejor del año en términos de días soleados, pero es un mes de experiencias inigualables en Costa Rica.

Así, en vísperas de abandonar el país, al general José Joaquín Tinoco, el hombre fuerte del régimen dictatorial que imperaba en el país, lo asesinaron un 10 de agosto de 1919 a menos de una cuadra de su casa en barrio Amón, casi en la esquina donde confluye la calle 3 con la avenida 7.

En la casa esquinera con una inconfundible *bay window* y que se conserva aún en la misma calle 3, pero un poco más al norte, sobre la avenida 9, le esperaba su esposa Mercedes Lara Iraeta. José Joaquín fue una de las cabezas del golpe militar del 27 de enero de 1917, que derrocó al presidente Alfredo González Flores y llevó al poder a su hermano Federico Tinoco Granados.



A fines de febrero de 1918, la rebelión en contra de los Tinoco se desató, pero tan solo un mes después el líder rebelde, el diputado Rogelio Fernández Güell, fue asesinado junto con sus compañeros sublevados cerca de la frontera con Panamá. Pero Fernández Güell y los hermanos Tinoco no solo estaban cercados por la política, sino también por su cercanía con las prácticas espiritistas. Según Iván Molina:

"En la década de 1910, Ofelia Corrales se convirtió en el eje de un grupo de espiritistas en el que sobresalían los hermanos Federico y Joaquín Tinoco, María Fernández (esposa del primero e hija de Mauro Fernández, principal impulsor de la reforma educativa de 1886), el destacado estudioso del ocultismo costarricense Rogelio Fernández Güell y el futuro ministro de Educación en la administración de León Cortés (1936-1940), Alejandro Aguilar Machado" (Fascinados por lo oculto).

Como si tratase de una novela histórica de misterio, la confluencia entre los Tinoco, Fernández Güell y Ofelia, la hija de Buenaventura Corrales, son reflejo de las clases sociales que habitaban Amón, el barrio burgués del San José de la época.

No es coincidencia tampoco que la casa de Solón Corrales, tío de Ofelia, y centro de sesiones espiritistas, colindara al norte con la casa de los Tinoco, seducidos como vivían todos ellos, por lo oculto.

Hoy, confluyen en Amón residencias, pequeños hoteles, galerías de arte, cafés, restaurantes, el Zoológico Simón Bolívar, un centro universitario, oficinas públicas y privadas, así como clubes para gringos de pantalones cortos, vientres pronunciados y nariz empolvada.

De día, es un barrio como otros de la capital, atascado por los cientos de vehículos y el correr de cientos de personas que lo atraviesan con mirada indiferente. De noche, se le encienden las luces, las lentejuelas y los vestidos apretados y cortos de las chicas *trans*, que defienden su integridad física y el espacio público a punta de pedradas. Así, aun hoy Amón es y aunque diferente, un centro de espíritus en disputa. ■

AMÓN | JOSÉ DÍAZ

Para Foto Urbana, José Díaz juega con el color, con la abstracción y la arquitectura de barrio Amón. Las imágenes de sus fotos no son obvias a simple vista, sino que obligan a nuestros ojos a contemplarlas para descifrar qué son, de dónde provienen, dónde inician y dónde terminan. El contraste de las formas arquitectónicas y la planitud del cielo azul oscuro urbano, nos ofrece otra visión, más fantasmagórica y contemporánea del famoso y antiguo barrio Amón.

Curado por ERIKA MARTIN











Barrio Otoyas

un puerto escondido

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ

PRESENTACIÓN DEL BARRIO

Entre la historia y la leyenda, quiere la crónica urbana que hacia el noreste del grupo de parques que conforman el Morazán, el Jardín de Paz y el España, justo luego del suampo al que llamaba la gente “la laguna”, hubo en algún momento un pequeño embarcadero, un puerto solo en la imaginación aldeana, escondido en el rincón que formaría más tarde la entrada a la finca del peruano Francisco Otoya Seminario.

Como para llegar en invierno a ese alejado sector josefino, había que cruzar en una rústica balsa el suampo aquel, se conocía al punto como Puerto Escondido. Mas cuando Otoya Seminario adquirió aquellas tierras, en la década de 1870, el sector inmediato a ellas había sido desecado por medio de la Acequia de las Arias, para dar paso a la Plaza de la Fábrica, hoy parque España.

Según los historiadores Gerardo Vargas y Carlos Manuel Zamora, conocida como el Potrero de Otoya, la suya era una finca dedicada a la cría de caballos finos y ganado lechero, a la siembra de café, hortalizas y frutales. No fue sino años después de fallecer Francisco Otoya, en 1899, que una de sus hijas y herederas, Amalia Otoya, dio inicio a la urbanización de la vieja finca, en asocio con los señores Manuel Veiga y Gabriel Vargas (*El patrimonio Histórico-Arquitectónico y el Desarrollo Urbano del Distrito Carmen de San José*).

El proyecto de tal ensanche urbano, se presentó a la Municipalidad de San José en 1906, estipulando que se ampliaría el cuadrante urbano entre las actuales avenidas 7 y 9 este, las calles 9 a 13 norte, la calle 15 (callejuela entonces conocida como la de Puerto Escondido) y la orilla izquierda del río Torres. Así, lo que vendría a conocerse luego como barrio Otoya, sería en la práctica una extensión hacia el este de barrio Amón, con el que suele confundirse por eso.

No obstante, Otoya se distingue de Amón por varias razones, la primera de ellas, por el trazado urbano, más irregular por

encontrarse el primero contra una pronunciada curva del Torres; la topografía, no tan pronunciada como en la ladera; las parcelas, que son más grandes; las casas, que en consecuencia tienen un aire más señorial, y por último, porque el segmento de ladera que poseía la finca, fue donado a la ciudad para construir ahí un parque botánico, espacio que con el tiempo terminaría por convertirse en el Parque Zoológico Simón Bolívar, boscoso corazón de la barriada.

Tomando como límite sur la avenida 7, barrio Otoya llegó a absorber otras fincas, en particular la que ocupara el Molino Victoria, pionero productor de harina en Centroamérica, situado justo al costado oeste de la primera planta eléctrica de la ciudad y del país, construida en 1884. Sus otros límites serían así, la calle 9 al oeste, el río Torres al norte y la línea del ferrocarril al Atlántico al este, línea que separa al barrio de su vecino Aranjuez, de más modestos alcances.

Habitado por familias de recursos como por otras de clase media, tuvo en su momento una particularidad el barrio: en muchas de sus grandes residencias se asentaron las legaciones diplomáticas de entonces, que carentes de sedes propias en San José, se dieron a alquilarlas, con buenos réditos para sus dueños. Así estuvieron ahí, las representaciones de Cuba y de Gran Bretaña, de los Estados Unidos y de México, país este último al que el Estado costarricense terminó por donarle su propio predio, donde construyó la gran nación del norte su propio y blanco palacio neocolonial hispanoamericano, al costado norte de la Fábrica Nacional de Licores, en 1928.

Esa vocación, se vio reforzada cuando en 1917 se construyera en su límite sur, el Palacio de la Corte Centroamericana de Justicia, más conocido popularmente por el color que la caracteriza desde su inauguración: la Casa Amarilla, hasta hoy sede de la Cancillería costarricense. Mas, frente a tan señorial perfil, resultaba sí pintoresca la clásica pulpería La Flor de Otoya, punto de referencia y rosa de los vientos en el dédalo de las exclusivas calles de ese barrio josefino.

An ornate wrought-iron gate stands closed, flanked by two white stone pillars topped with decorative finials. The gate features intricate scrollwork and a central panel with a diamond-shaped motif. The background is filled with dense green trees and hanging vines, creating a lush, overgrown atmosphere. The text "PARQUE BOLIVAR" is mounted on the top rail of the gate.

PARQUE BOLIVAR





EQUIPO DE TRABAJO A

ÓSCAR HERNÁNDEZ (*DISEÑADOR*)

ESTEFANI UMAÑA (*DISEÑADORA*)

ALEJANDRA ODIO (*ARTISTA PLÁSTICA*)

MIMIAN HSU (*ARTISTA Y DISEÑADORA GRÁFICA*)

CARLOS SOTO CAMPOS (*COMUNICADOR*)

URBAN BONES (*FOTÓGRAFOS DE MODA*)

JULIA MURILLO (*ARTISTA*)

CONCEPTO DE DISEÑO

Óscar Hernández vive en el ahora. Él no se preocupa: se ocupa. Te llama a las dos de la tarde y te dice que hoy es, que tienen que hablar del vestido y que tenés que ir al taller. Es jueves y al día siguiente vas en un avión hasta Londres (buena excusa). Él no acepta un no y dice que se vean hoy mismo. Es intenso, sí, pero ese es el empeño que hay que tener para trabajar y transformar el cuero en moda y para viajar con esas prendas por todo el mundo.

Cuando se encuentran, te cuenta que parte de su trabajo es derribar ciertos mitos. “El cuero no es tosco como todos creen, también puede ser parte de una prenda cómoda” –te dice.

El vestido que Óscar creó para esta edición de *Traffic Museum* tenía que ser parte de *outfit* listo para la calle y, quizá por eso, la calle fue el punto de partida del concepto de su vestido.

Óscar te dice que una foto fue el inicio de todo. Vio en Internet que un viejo edificio cerca de Otoyá había sido derribado y ahora están construyendo un centro comercial allí mismo. “Las cosas se pueden transformar” –repite una y otra vez, como si ese hubiera sido su mantra durante el proceso. Esos cambios logrados con esfuerzo y visión están en su trabajo: el cuero que era duro puede ser cómodo, así como la ciudad-basurero puede ser un espacio para la cultura o el ocio.

Por eso escogió Otoyá, un barrio con cafés, tiendas de diseño, restaurantes, hotelitos, apartamentos; un barrio que representa al San José que es “destino y no camino”, como dice el alcalde.

Óscar Hernández quiso retratar ese paisaje, el ahora de Otoyá. En el vestido que elaboró para *Traffic Museum*, cada una de las partes refleja un componente del barrio.

Cuando visitó Otoyá para encontrar inspiración, Óscar notó que en la mayoría de esquinas encontraba obra gris (concreto o ladrillo) o el color intenso de *graffitis* y pinturas. También se interesó por los habitantes del barrio, los viejos inquilinos y los nuevos, los que han vendido lotería por ahí durante media vida o los que recién abren su café.

Toda esa diversidad, ese intercambio entre lo orgánico y lo inorgánico, entre lo imponente y lo sutil, lo geométrico y lo abstracto tenían que estar en el vestido.

Así, la base del vestido –la falda en la parte inferior– representa el mundo de concreto a partir de tiras de cuero tejidas. De lejos, esa parte pareciera un piso de “mosaico” de los que adornaban antes las casas de San José y de cerca, el trenzado sorprende por el trabajo cuidadoso y simétrico. La “base” del vestido que elaboró Óscar es de cuero, la piedra angular de su marca, Toribio.

En la parte del pecho, el vestido tiene un bordado colorido que representa la intervención cultural, lo orgánico dentro de lo inorgánico.

“Quería que el bordado fuera transparente para representar las ventanas de las casas y las vitrinas del barrio” –explica Óscar. Ese detalle también es señal de la mano amiga que intenta renovar el barrio y de la aprobación del espacio de las huellas que plantan los vivos en el concreto para decir “esto es nuestro”.

El resto del vestido es cuero sintético negro que asemeja el asfalto que conecta las casas y negocios del barrio. Considerando que San José es de clima frío, la prenda es acompañada de una chaqueta de algodón con el tono anaranjado de algunos atardeceres; la chaqueta es el firmamento que se posa sobre el paisaje.

Completa el trabajo una máscara de acrílico que muestra varios de los rostros que se apropian de Otoyá, los que la componen. “Pude haber tomado una foto de Otoyá y usarla sublimada en la tela del vestido, pero sin trabajo manual no habría plasmado la esencia del barrio: cada persona que lo habita y lo disfruta, es la que hace el barrio”, expresa Óscar.

Con sus prendas, Óscar quiere derribar mitos, pero con este vestido ha comenzado a construir desde su trinchera uno nuevo: el del barrio josefino que se logró renovar de la mano de la cultura.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

El vestido de Toribio que representa a barrio Otoyá, es tan diverso en materiales como el barrio mismo. Antes que nada está la materia prima de la marca Toribio, el cuero. El diseñador Óscar Hernández lo escogió de colores tierra para representar el ladrillo y el concreto. La prenda también contiene hilos de algodón y de seda que conforman la parte bordada. El forro interno del vestido es de seda orgánica y la parte negra –que sostiene el cuero y el bordado– es cuero sintético. La chaqueta que acompaña el vestido es de algodón y mezclilla.

Además del patronaje común, se usaron las técnicas de bordado ñandutí (originario de Tenerife, España) y bordado libre, el tejido del cuero y el corte láser para elaborar los lentes de acrílico que acompañan la prenda.

El vestido requirió 16 días y unas 460 horas de trabajo, así como la colaboración de tres personas: Mimian Hsu, Alejandra Odio y Stefani Umaña.



OTOYA | URBAN BONES

Mediante imágenes minimalistas y armoniosas, Urban Bones utilizó objetos cotidianos confeccionados en el atelier del diseñador Oscar Hernández que luego fueron colocados en Barrio Otoyá, donde tomaron vida. Imágenes creadas en equipo, un lindo reflejo de cómo trabaja el diseñador; Urban Bones consecuentemente hizo uso del espacio físico del barrio –que alberga y está contiguo a otros espacios creativos– para documentar y crear algo único. Una pieza de tela llena de color puede ser usada –interpretada– por todos de maneras diferentes, todas únicas y válidas.

Curado por ERIKA MARTIN





BARRIO OTOYA

DUEÑO DE LAS PRIMERAS VECES

POR CARLOS SOTO CAMPOS

La primera vez que puse un pie en barrio Otoyá, en el 2007, no me enteré de que ese era su nombre. Mi prima quería celebrar su cumpleaños en Café Mundo, un oasis en “la parte fea de San José”. Ese día conocí la bonita.

En el 2011 escuché por primera vez el nombre del barrio Otoyá en una dirección y eso fue lo único que dijeron, “es en barrio Otoyá”. Me invitaron a un lugar nuevo, Café de los Deseos.

Fue la primera vez que me planté frente a la Casa Amarilla a preguntarme de dónde habían importado un edificio tan lindo a San José y fue también la primera ocasión en que caminé por la calle en zig-zag que ese edificio tiene al lado. En Café Mundo probé por primera vez –y sin prejuicios– el hummus.

Es curioso como la suma de varios detalles minúsculos cambian la perspectiva total de un barrio. No se le puede atribuir todo al comercio, pero una buena cena sí cambia las perspectivas del urbanismo.

Café de los Deseos se unió en el 2011 a los que intentaban acercar a los jóvenes a “otros” lugares para hablar, beber y comer. Ese fue el primer lugar en el que muchos oímos por primera vez la palabra artesanal aplicada a una cerveza y probamos la Libertas, patrimonio del *brewing* josefino. Fue el primer restaurante en el que nos dijeron “aquí no se puede fumar”, el primer lugar en el que las conversaciones las interrumpía el tren y el primer lugar del que me fui sin pagar.

Para muchos, Café de los Deseos y Café Mundo fueron los primeros lugares en los que oyeron las palabras “aquí sí se pueden besar”.

Otoyá tiene siete cuadras y mil esquinas. Como ejemplo de orden urbano, Otoyá es buen representante de los caprichos que acomodaron San José y de la variedad de la ciudad.

Hay bares para jóvenes ticos y para gringos. Hay un pedazo del muro de Berlín y un putero. Está la casa de la señora que vende antigüedades para irse a vivir a Dota y están los apartamentos del siglo pasado en los que viven jóvenes artistas. Las calles son estrechas, las cuadras no son tan cuadradas y el asfalto tiene huecos, pero es el primer barrio en que vi que cobraban parqueo.

Otoyá empieza por el edificio del Instituto Nacional de Seguros y termina por ahí del Café de los Deseos. La línea del tren lo separa del barrio Aranjuez y el INS, de barrio Amón, el primo guapo que poco a poco va aprendiendo a tener una vida nocturna. Si El Principito viera el plano de Otoyá diría que es una serpiente que se comió un tractor.

En Otoyá apareció el primer Café Miel, creadores de las bebidas más fotogénicas de la capital. Está la tienda Eñe, que nos explicaron que juntas significaban las palabras “diseño local” y los edificios de apartamentos grises de esa misma cuadra, que nos enseñaron que era posible vivir en medio de la ciudad.



Subiendo desde la tienda Eñe (hacia el límite sur del barrio), hay un charral que vio el primer intento de una huerta comunal. En ella, planté por primera vez algo en un espacio público. Ahí mismo oí por primera vez al grupo Monte tocar su canción *San José* con los amplificadores apuntando al cielo. En el Café de los Deseos se grabó el primer programa de El Chivo Sesiones –con el grupo Henna– mucho antes de que supiéramos para qué servía grabar a un grupo en vivo.

Otoya es el barrio en el que viven tres de los mejores escritores de este país. Se los puede ver entre semana tomando en el Stiefel, pidiendo el primer pollo del país empanizado con Tronaditas.

El encanto de Otoya es que generalmente no sabemos que estamos ahí. Solo vamos con nuestros amigos y salimos de allí con una historia nueva.

Sin la publicidad de Escalante, Otoya ha estado a la vanguardia de muchas tendencias que ahora nos parecen comunes a quienes buscamos vida nocturna y arte en la ciudad.

Pero Otoya no necesita crédito, necesita ser ejemplo de que lo nuevo y lo viejo se pueden balancear, de que necesitamos una ciudad funcional y no solo promocional, de que el cambio en la ciudad no va a pasar en horarios de oficina.

Los conciertos, los bares y los puteros no son muestra de la decadencia de la ciudad, son solo usos, señas de que el barrio lo tiene todo para conseguir inquilinos nocturnos, para reprogramarse. Está en quienes caminemos el barrio Otoya decidir cuál esquina perdurará. ■





© Rebeca Jiménez

EQUIPO DE TRABAJO B

CAMILA CALVO (*DISEÑADORA DE INDUMENTARIA*)

GUISELLE CAMACHO (*COMUNICADORA*)

CARLA PRAVISANI (*ESCRITORA*)

LEO CARVAJAL (*FOTÓGRAFO*)

ESTEBAN CHINCHILLA (*ARTISTA*)

CONCEPTO DE DISEÑO

Barrio Otoya, San José. Entre avenida 7 y 7 bis, calle 15, convergen dos factores de inspiración e interpretación que se funden en la propuesta de vestuario de Camila Calvo. El primero es un evento que marcó la historia de Costa Rica; el segundo, un espacio físico y con características estéticas, ubicado en la misma vecindad: el edificio del Molino Victoria, hoy Apartamentos “Interamericanos”.

Inaugurado en 1885, ese inmueble se ubica hoy, en las coordenadas mencionadas, como uno de los edificios más antiguos del barrio Otoya y fue declarado patrimonio histórico cultural en 1995.

Justo al este de los Apartamentos “Interamericanos”, estuvo la primera planta hidroeléctrica del país. El 9 de agosto de 1884, al ser las 6 de la tarde, se generó desde allí, y por primera vez, la luz eléctrica utilizada para alumbrado público, evento que asombró a propios y extranjeros, colocando a San José (entonces con tan solo 20.000 habitantes) como la tercera ciudad del mundo en alcanzar ese avance social. Los visionarios del gran proyecto fueron Manuel Víctor Dengo Bertora y Luis Batres García-Granados.

Cuenta la crónica, que en 1900 la planta hidroeléctrica fue destruida durante un acto revolucionario, mas para entonces el edificio del Molino Victoria había sido vendido. A partir de ahí, el inmueble cambió de manos varias veces y sirvió una serie de propósitos distintos. A finales de los años de 1930, el empresario Francisco Jiménez Ortiz decidió modificarlo y transformarlo en apartamentos, que fueron alquilados por los ingenieros estadounidenses que construyeron la Carretera Interamericana. Ese hecho, originó el nombre con que hoy se conoce al inmueble.

Visualizar la generación estética de la luz, bajo el concepto de que esta existe, incluso antes de que pueda ser vista, fue determinante para Camila: “la luz está relacionada con las ideas y los propósitos, el disparador de las acciones y, en muchos casos, su efecto trasciende a la fuente generadora, iluminando a otros”. Es así como lo concibieron y ejecutaron Dengo y Batres.

Esta premisa lleva a la diseñadora a idear un personaje: una mujer de “frágil dureza y dura fragilidad” (como dice Rosana Torres en su artículo

Cuando las mujeres se hicieron heroínas), detonadora de las ideas, con el conocimiento y la experiencia que –mediante la voluntad y esfuerzo– se abre paso en la oscuridad, convirtiéndose en la protagonista de cambios y de hechos heroicos que llevan beneficios a otros.

El concepto ideado para el vestuario de esta heroína, tiene su primera materialización formal en la luz. Un leve resplandor emana de la parte superior de la prenda en forma de cuello prolongado y alto que, cubriendo parte de la cabeza, resalta suavemente el espacio donde se generan las ideas: la mente.

Esa luz sutil, que brilla como un campo energético, es un efecto logrado por la utilización de la tecnología del tejido llamado *luminex*, que permite tejer fibra óptica en la dirección de la trama de los tejidos, combinándola con otras materias textiles. La trama de fibra óptica se conecta en uno de sus extremos con un diodo emisor de luz ultra-brillante LED, y distribuye la luz a lo largo de la superficie del tejido.

Después de todo, desde hace mucho tiempo sabemos que en el mundo de las ideas, es decir, en el cerebro, es donde las células se comunican enviando señales eléctricas unas a otras con una especie de patrón.

El atuendo del personaje tiene un soporte estructural sugerido por la arquitectura del edificio de apartamentos. Si bien su exterior contiene características neocoloniales y neoclásicas, Camila se enfoca en abstraer de su fachada las propiedades del neoclásico aplicadas al vestuario en una decoración escasa, donde se defiende la fortaleza y la austeridad. Principios de simetría: la amplitud de los muros se aplica en la amplia falda, así como en el libre juego de volúmenes, morfología que Camila traslada al vestuario utilizando curvas (arcos) y siluetas de líneas rectas.

Fundamentada en los acentos grises del concreto expuesto del edificio, Camila escoge una paleta de esa escala de tonos para los textiles, en los cuales trabaja un sistema de pliegues o dobleces, llamados alforzas, que se aplican delicadamente a lo largo de todo el vestido, desde el busto hasta el filo de la falda.

El resultado es un vestuario que exalta la creatividad humana a través de la luz, con sencillez, fuerza y claridad en las estructuras.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

La propuesta de vestuario de Camila Calvo, está inspirada en la primera planta hidroeléctrica de Costa Rica y en el edificio de los Apartamentos Interamericanos. Dos elementos pertenecientes al barrio Otoyá.

Ideado como vestuario para una heroína, tiene como punto focal un cuello alto, elaborado con textil *luminex*, conformado por fibras ópticas entrelazadas con el tejido que se acopla a un led y un conector para generar la luz.

El vestido exalta los atributos de fortaleza y simpleza del edificio. El material seleccionado para representar estas características es tela *blackout* en la escala de grises observados en la fachada. Es un textil resistente, el cual puede soportar la luz solar sin presentar desgaste o problemas en la calidad de sus fibras. Posee un brillo sutil y una textura geométrica tipo relieve.

El tratamiento textil es un sistema de pliegues o dobleces llamados alforzas, las cuales se sostienen por medio de pespuntos. Esta técnica fue aplicada desde la parte inferior del busto hasta el ruedo de la falda.

La falda es de corte princesa elaborada con cinco metros de tela cortada en cuatro módulos al bias. Para crear volumen, se utilizó una estructura cónica y rígida con tejido can-can bajo la falda.

La prenda fue elaborada en 600 horas y se utilizaron 50 centímetros de símil cuero, 6 metros de tela *blackout*, 1 metro de tela luminica y 6 metros de tejido can-can.



OTOYA | LEO CARVAJAL

Leo Carvajal optó por jugar con capas de texturas y transparencias para generar imágenes futuristas y espaciales inspiradas en el concepto de la propuesta de la diseñadora Camila Calvo. Mediante dos retratos de un hombre, ojos abiertos - ojos cerrados, Carvajal crea fotografías de impacto y sensibilidad que también nos remiten al Otoyá que albergó la primera planta eléctrica de San José, en 1884.

Curado por ERIKA MARTIN





UN BARRIO *LOST IN TRASLATION*

POR CARLA PRAVISANI

San José es una ciudad del tamaño de sus ocurrencias, una ciudad invertebrada. Imposible para un extranjero no perderse en ese entramado de calles sin nombre y barrios diluidos, y darse cuenta –más temprano que tarde– de que hay que aprender a vivir y a moverse a punta de referencias y de sitios claves que han sobrevivido a la imprecisión.

Otoya es parte de este lento transcurrir del tiempo y el desorden. Un barrio de cuestas, curvas y recovecos construido en la primera mitad del siglo XX, en pleno auge del período liberal, con edificaciones de arquitectura ecléctica de rasgos victorianos y neocoloniales. Un sitio que se intuye pronto a florecer; sin embargo, aún permanece en un tierno estado de latencia.

Caminar por sus calles es transitar por el desafío de las posibilidades, un ejercicio ideal para los soñadores. Para quienes, por ejemplo, tienen la capacidad de entrar a una tienda americana y descubrir en una vieja prenda, el caudal de su diseño primigenio, esa vocación por develar la belleza que a veces sepulta el descuido. Son muchas las casas a la espera del ojo mágico que rescute el encanto perdido entre paredes escarapeladas y ventanas sucias. Hay quienes abordaron la tarea y los resultados ya están a la vista: murales iluminando los callejones, trazando un gradual arco de cambios, tiendas de diseño, restaurantes y cafeterías que, paulatinamente, transforman las calles y se apropian de un pasado que se supo glorioso.

Pocos saben que, entre avenida 7 y 7 bis, calle 15, se ubica el edificio del Molino Victoria, uno de los edificios más antiguos del barrio Otoya, declarado patrimonio histórico cultural en 1995, y que hoy lleva el nombre de apartamentos “Interamericanos”. Justo al este estuvo la primera planta hidroeléctrica del país. El 9 de agosto de 1884 se generó desde allí, y por primera vez, la luz eléctrica utilizada para alumbrado público en un San José que fue capaz de impresionar al mundo como la tercera ciudad del planeta en alcanzar ese avance social.

El fundador del barrio, fue un peruano llamado Francisco Otoya Seminario, quien vino en la época de bonanza económica generada por la producción y exportación del café y compró un gran terreno colindante con el río Torres al que llamó “Puerto Escondido”, y podríamos elucubrar que, a partir de ese momento, lo embrujó, porque hoy son demasiados los espacios escondidos del barrio.

Por ejemplo, el muro de Berlín oculto en la apodada Casa Amarilla (Ministerio de Relaciones Exteriores). ¿Cuántos podrían imaginar que en su patio, detrás de las verjas y los arbustos, se alza un pedazo del muro que separó a la humanidad en dos bandos? Cuántos conocen que allí, sobre una fuente despintada y sin agua, hay un pedazo de la división más famosa de la historia y que Costa Rica es uno de los únicos tres países de Latinoamérica en albergar un fragmento de ese Muro, hoy tan irónicamente bien cercado (quizás exista una inteligencia inconsciente tica que margina al olvido aquello que es mejor no recordar demasiado).

También podríamos elucubrar que la Casa Amarilla (mal llamado Ministerio de Relaciones Exteriores) es la culpable de teñir el barrio de este brutal sentido de in-permanencia, por ser ese puente para cruzar a un futuro imaginado, nunca real, al tiempo que antecede sentirse perdido en otro país, *lost in traslation*. Y por estas silenciosas calles que la cobijan nos traslademos por trámites y sellos que validen a ese que soñamos ser en otro lugar. Esta es una de las experiencias más usuales del que visita a Otoya. La de “estar de paso”, “resolver”, “hacer trámites”, “pagar a la señora de la esquina timbres que solo ella vende y saca de la riñonera”.

Esta condición se suma a las grandes ironías que debe enfrentar la ficción de este barrio que nació para ser el refugio permanente de la clase privilegiada. Hoy son otras las zonas de San José que ostentan esta fantasía de clase. Barrio Otoya se ha convertido en otra cosa; y pensar en la idea de “sitio a rescatar” resulta equivocada, los sitios no se rescatan, los barrios son conclusiones colectivas, voluntades grupales. Y este podría ser otro de sus grandes secretos: el de ser el próximo lugar que camine sobre la línea del tiempo. Un conjunto de residencias que recobran su antiguo esplendor, con gente que se anima a habitar el pasado, que le encuentra un valor a la interpretación, porque prefiere eso a la casa nueva de acabados de lujo y condominio amurallado. Esa voluntad de ciudad cosmopolita que se construye en la acción, la vida nocturna, las caminatas de un sitio a otro, la comprensión de nuestra humana fugacidad. Un sitio que entiende que somos –en el mejor de los casos– el proceso de nuestras traducciones. ■

A photograph of a tree with its shadow cast on a light-colored wall. The tree is on the right side of the frame, with its trunk and branches extending upwards and to the left. The shadow is cast on the wall, mirroring the tree's shape. The lighting is soft, suggesting late afternoon or early morning. The wall is a plain, light color, possibly white or light beige. The tree has dark, dense foliage. The shadow is a darker shade of the wall's color, creating a strong contrast.

OTOYA | ESTEBAN CHINCHILLA

En sus fotografías percibimos un ojo ambulante que se tomó la libertad de recorrer barrio Otoya nocturno. En la propuesta de Chinchilla para FOTO URBANA, vemos una ruptura por parte del lenguaje de sus fotografías, a menudo cargadas de nostalgia y / o romanticismo. Con un ojo más maduro, más crítico y lúdico, Chinchilla destaca la belleza de lo que a muchos les disgusta o critican de la vida nocturna de la ciudad y resalta lo efímero y circunstancial de dicha belleza.

Curado por **ERIKA MARTIN**





Barrio Aranjuez:

entre la Estación y la Aduana

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ

PRESENTACIÓN DEL BARRIO

Con la llegada al poder del general Tomás Guardia, en 1871, llegó también la voluntad política para construir un ferrocarril “al norte”, es decir, con rumbo a la costa atlántica de Costa Rica. Desde allí, un puerto como el de Limón facilitaría una comunicación más directa con Europa, que la que brindaba Puntarenas en el Pacífico.

Para ubicar definitivamente la estación respectiva, en 1872 se expropiaron unos terrenos al noreste de la ciudad, y cinco años después se terminaban ahí las instalaciones ferrocarrileras. Para entonces, el entorno no ofrecía otro paisaje que el de cafetales y potreros, frutales y barbechos; pero la pronta aparición del edificio del Hospicio de Huérfanos y la apertura hacia el sitio de calles y avenidas, lo convirtió pronto en un polo de desarrollo urbano.

Fue entonces que la vieja finca a la vera del río Torres, adquirida a mediados del siglo XIX por el catalán Juan de Dios Aranjuez, cobró importancia. Tras la conclusión de los trabajos del Ferrocarril al Atlántico en 1890, decidió el Gobierno la creación del complemento lógico de la terminal existente, la Aduana Principal, predio que amplió el límite urbano en dirección al este con la calle 23, que quedó habilitada entonces. Al concluir la aduana, en 1891, y condicionada por las dimensiones longitudinales de su predio – requeridas por el uso que en él se haría del ferrocarril de carga –, se habilitó a su vez lo que se llamó la plaza de la Aduana, en realidad, fondo al norte del extenso lote aquel.

Hacia el norte de las instalaciones ferroviarias, y al oeste de las de la Aduana, hacia 1891 empezó don Bernardo Soto, dueño de la finca Aranjuez, a interesarse en su urbanización y loteo, alentado en buena medida por la construcción de esas obras. Por eso, ante el paulatino crecimiento del sector, en 1916 decidió el Gobierno ceder la plaza de la Aduana para la construcción de una iglesia y una escuela para el naciente barrio. Sin embargo, en 1920 la propiedad del terreno se traspasó a la Iglesia y se decidió entonces la construcción solo del templo, que empezó a construirse en 1921. Limitado al norte por la ribera del Torres, al este por la calle 25,

al oeste por la calle 15 y la línea del tren, y al sur por la avenida 7, quedó Aranjuez como barrio confinado entre la Estación y la Aduana. A diferencia de su vecino Otoya, el suyo fue un perfil más de clase media profesional y clase obrera, sin faltar eso sí, alguna que otra casa de grandes dimensiones y elegantes líneas europeas; mas predominando en todas ellas la madera como liviano material de construcción, como era propio de la época, tras el destructivo terremoto de 1910.

A la fecha, solo en los alrededores de los viejos tanques de agua (1868) y los baños municipales, se agrupaban algunas modestas viviendas aisladas, pero la creación del Parque Nacional en sus inmediaciones favoreció la aparición de más y mejores casas en el sector. Por eso, en 1913, el cronista Pacífico Guerrero anotaba: “Hoy aquel lugar ofrece un aspecto atrayente, con una población bastante nutrida, con casitas bien construidas, sólidas y contra temblores y embellecidas con jardines donde habitan (...) las rosas” (*Barrio Aranjuez*).

Con la siguiente década, llegó su consolidación. Apareció entonces la Escuela República de México y la construcción de su iglesia adquirió un nuevo aire con la llegada al barrio del padre Cayito Zúñiga, que se volvió su más activo promotor. Inaugurado en 1940, el santuario se dedicó a Santa Teresita del Niño Jesús, de quien Zúñiga era ferviente devoto.

Por esas fechas, también, se terminaba donde estuvieran los baños municipales, la Casa de la Madre y el Niño, proyectado como el primer hospital materno-infantil del país, y que con la fundación de la Caja Costarricense del Seguro Social, se convertiría en el primer hospital de dicha institución, y fuera conocido por eso como el Policlínico de la Caja o, simplemente, de Aranjuez... que ahora era, sin más, un verdadero barrio en la ciudad.







EQUIPO DE TRABAJO A

OSCAR RUIZ SCHMIDT (*DISEÑADOR*)
BÁRBARA CUEVAS (*DISEÑADORA TEXTIL*)
ADRIÁN FERNÁNDEZ (*COMUNICADOR*)
REBECA JIMÉNEZ (*FOTÓGRAFA*)
LEO UREÑA (*ARTISTA*)

CONCEPTO DE DISEÑO

En la Avenida de Los Damas, o avenida 3 de San José, se encuentra la Estación de Ferrocarril al Atlántico, obra arquitectónica distintiva del barrio Aranjuez. La estación fue inaugurada el 15 de setiembre de 1908 y mantuvo su actividad comercial de manera ininterrumpida durante 88 años, hasta que en 1996 cerró sus puertas por costos de mantenimiento.

La marca costarricense de diseño de moda Obra Gris, inspiró su propuesta en los planos de dicha edificación para confeccionar un vestido que responde a los conceptos de multifuncionalidad, atemporalidad y *zero waste*, distintivos de su filosofía.

Detrás de la prenda, no solo se esconden las frustraciones de una sociedad de principios del siglo XX en búsqueda del progreso, sino también, una historia familiar que une a través de rieles a su diseñador, Óscar Ruíz Schmidt, con uno de sus antepasados.

Según Ruíz Schmidt: “inacabado, como la vida del ferrocarril. Esa idea de abandono... construcciones, vagones y la infraestructura en general, transmiten una nostalgia sobre algo que pudo ser y no fue”.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

El vestido confeccionado por Óscar Ruíz y Bárbara Cuevas, formó parte de una exploración por tratar de incorporar la práctica de diseño sostenible en torno a la indumentaria. Las siluetas y los productos de Obra Gris, están basados en un sistema de diseño en el que se trata de aprovechar el material al máximo posible, llamado *zero waste design*.

Los cortes geométricos, se disponen en el ancho completo del material y se trata de utilizar toda la tela posible en función de la prenda. Esto significa que el material completo debe utilizarse dentro del mismo diseño, ya sea en bolsos, cuellos, etc.

Dos piezas completas de tela de un metro del material, por el ancho de la tela que se encuentra en torno al cuerpo, componen la base de la prenda. En él, se forma un túnel que se dividió en dos, y es ahí donde aparecen las impresiones de los planos de la línea del ferrocarril.

A los extremos hay unas cintas o cordones que permiten atar las dos piezas de distintas formas, dando lugar al término de multifuncionalidad, distintivo de Obra Gris. Así, el vestido puede variar en sus formas de uso: del frente hacia atrás, o bien, que queden los estampados hacia la espalda, lo que permite hacer mangas y demás utilidades que el usuario considere en el momento. Óscar anota: "La silueta final la define el usuario, no el diseñador. El diseño queda siempre en puntos suspensivos, porque es el usuario el que dicta cómo quiere usarlo y variar sus usos según las necesidades".

En la ruta hacia la confección del vestido, se quiso desarrollar una pieza que acompañe a la persona durante años, sin fecha de caducidad, como la mayoría de tendencias.

Pese a que se está haciendo alusión a una estructura histórica, el concepto de atemporalidad refiere a que el vestido pudo ser diseñado tanto al momento de la construcción del ferrocarril, como en la actualidad, pues no se relaciona con ningún momento específico de la moda.

En la prenda se utilizó una paleta de colores monocromáticos, con el fin de reflejar la nostalgia que transmite una estructura que fue símbolo de progreso para la sociedad de principios del siglo XX; colectivo que finalmente vio sus sueños frustrados por vagones cargados de burocracia y mezquindad.

La pieza de la espalda es de *chiffon* de seda plisado, cuyo efecto metalizado se logró con *foil* (una lámina de aluminio que se aplica con goma especial y luego con calor). El plisado se llevó a cabo en New York y el metalizado en territorio nacional, utilizando una plancha de sublimación.

El frente es de crepé plisado, correspondiente a la parte blanca, y donde están los estampados de las vías, es *chiffon* sintético.

Los materiales se eligieron en función del *look* final que se quería lograr. Un plisado combinando las texturas: plateado metalizado con blanco opaco. Además, se decidió utilizar una paleta reducida de colores monocromáticos, para lograr el efecto de un plano.



ARANJUEZ | REBECA JIMÉNEZ

Dado que Barrio Aranjuez, gracias a su estación del tren, se convirtió en un punto importante en San José por el movimiento que generaba, Rebeca Jiménez buscó que su propuesta reflejara la pluralidad visual impuesta por dicha estación, a través de imágenes compuestas de fragmentos de distintas fotografías y otros elementos gráficos, como el plano de la Estación al Atlántico, que también forma parte de la propuesta del diseñador Oscar Ruiz, presente en *Traffic Museum*.

Curado por ERIKA MARTIN





VOLTÍMETRO DE ARANJUEZ

POR ADRIÁN FERNÁNDEZ

Creado en lo que fuera la finca del español Juan de Dios Aranjuez, el barrio Aranjuez es uno de los que conserva y resguarda gran parte de la infraestructura arquitectónica patrimonial capitalina. Entre ellas, se encuentran la Aduana Principal, la Casa de la Moneda, los primeros tanques de captación de agua de San José, el Hospital Calderón Guardia y la Iglesia de Santa Teresita.

El barrio Aranjuez forma parte de Carmen, distrito primero del cantón de San José. El 9 de agosto de 1884, en el límite oeste de la barriada, se construyó la primera planta de energía eléctrica en el país, que alimentaba a 25 postes de alumbrado público, convirtiendo a San José en la tercera ciudad en el mundo y primera en Latinoamérica con tal adelanto.

La idea de llevar el ferrocarril al Atlántico surgió en 1871, cuando se firmó el primer contrato que buscaba exportar el café costarricense hasta Europa de modo más directo. En aquel entonces, los contratistas Henry Meiggs y su sobrino, Henry Meiggs-Keith, solamente consiguieron construir las secciones entre Alajuela y Cartago y la de Limón a Matina.

En palabras de Ruíz Schmidt: “En la entrada de la Estación al Pacífico, se lee en el piso: FEalP (Ferrocarril Eléctrico al Pacífico). En su momento se había hecho una lectura de las siglas: “Fe al Progreso”, progreso que nunca llegó porque la infraestructura vial nunca perseveró”.

El bisabuelo del diseñador en cuestión, fue Juan Johannes Schmidt, un inmigrante de Alsacia, en ese entonces territorio alemán (postguerra franco-prusiana). El ingeniero arribó a Costa Rica a finales del siglo XIX para formar parte de la construcción del ferrocarril al Atlántico.

Johannes Schmidt conoció en San José a la costarricense María Picado, con quien contrajo matrimonio. Tres generaciones después, su bisnieto se vio en la misión de proyectar aquella estructura que auguraba progreso para el país, en una indumentaria.

A partir de 2005, ante el aumento de la tarifa en el transporte público y el colapso vial, el servicio fue reactivado por el Instituto Costarricense de Ferrocarriles (INCOFER). En primera instancia se reactivó la ruta de San José a Pavas, para luego extenderse a Heredia y Cartago.

Así pues, en diciembre del 2011 concluyó el proceso de restauración de la Estación al Atlántico y a partir de febrero del 2012 combina sus funciones de terminal ferroviaria con las de centro para la promoción literaria. ■



ARANJUEZ | LEO UREÑA

Ante la necesidad de lograr que simples espacios físicos y de tiempo puedan trascender, el artista Leo Ureña recopila, en un recorrido por Aranjuez, un sinfín de texturas arquitectónicas, color, materiales y particularidades, para describir al "barrio de los corchos". Mediante el *collage*, el artista logra transmitir la idea compleja de la memoria, donde un recuerdo no es una imagen sino una composición de muchas. Su propuesta nos muestra una paleta más de textura que de color: la madera, el concreto y el metal tienen una voz que complementa los colores pastel, presentes en todo Aranjuez.

Curado por ERIKA MARTÍN





1419





Barrio Los Ángeles

*obreros,
cuero y
madera*

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ

PRESENTACIÓN DEL BARRIO

Aun para finales del siglo XIX, hacia el suroeste, la ciudad de San José no llegaba más allá de la actual avenida 10 o calle de los cementerios, como se le conocía entonces. Hacia el sur de dicha vía, solo algunas bocacalles se adentraban un poco hacia la futura línea del ferrocarril al Pacífico, pero sin mayor adelanto urbano.

Fue en una de ellas –la bocacalle de la calle 8– que apareció el galerón de una empresa dedicada a la construcción, que le dio nombre al sector: La Constructora. Zona marginal de la ciudad, pronto aparecieron en sus cercanías los precarios de rigor y, para sanear el área entonces, vino también la urbanización de esas tierras, pertenecientes a la vieja hacienda cafetalera El Laberinto. Corría el año 1909, pues, cuando empezó a aparecer el llamado barrio La Constructora.

Su creación, se pensó en un principio, permitiría alojar familias obreras que proveyeran de mano de obra a la Estación del Ferrocarril; mas con el inicio de los fuertes temblores, en abril de 1910 –que culminarían con el terremoto del 4 de mayo de ese año–, vino también a alojar la barriada a algunos que huían del Valle del Guarco buscando salvar sus vidas. Muy poco después, casi como su continuación, vino la lotificación de unos potreros que se extendían al suroeste y que realizara el filántropo John M. Keith, destinada a la gente pobre.

La lotificación y la apertura de calles y avenidas, se realizó durante la década de 1910, llamándose a la parte al sur de la línea del Ferrocarril al Pacífico, barrio Keith -hoy Cristo Rey-, y la parte del norte barrio La Constructora. Fue ahí donde los padres dominicos establecieron su convento e iglesia dedicada a Nuestra Señora de Los Ángeles, en 1929, de donde se deriva el cambio de nombre del barrio.

Barrio obrero, era habitado por gente que trabajaba en el Pacífico, en el plantel de la Municipalidad de San José y donde muchos otros se dedicaban a la zapatería, por lo que habían gran cantidad de

remendonas, fábricas de calzado, peleterías y ventas de todo tipo de accesorios para esa especialidad: “zippers”, ojetes, cordones, hilos, etc. Mucho de lo cual, por cierto, sobrevive aun.

Como los otros barrios del sur josefino, Los Ángeles se construyó sobre todo en madera, “el material de los pobres” como se decía entonces, pues las maderas extraídas del Pacífico –Guanacaste principalmente–, llegaban a la capital a bajo precio gracias a la sobreoferta, pues se traían en el ferrocarril, que reducía los costos del transporte. Aunque había en sus callejuelas un poco de todo, muchas de sus casas era de las llamadas “de puerta-y-ventana” o *chirrones*, casitas de alquiler que establecían en el perfil un ritmo muy estructurado entre sus elementos horizontales y verticales (puertas, ventanas, barandas, zócalos, techos, etc.), con muchas texturas y variado color, todo muy sencillo, arquitectura vernácula.

Barrio trabajador, marcado por la carencia, barrio luchador que vino a nacer, poco más allá de su límite este, pero siempre sobre la avenida 12, en el vecino barrio La Dolorosa, al Partido Comunista de Costa Rica, en 1931. No pasaría mucho tiempo antes de que ese partido tuviera el cuartel general, durante su medio siglo de existencia, en barrio Los Ángeles, diagonal a su iglesia. Ahí, también, buena parte de su base de masas, los aguerridos zapateros.

Con las luchas sociales, llegaron también al barrio la diversión y el deporte, en la forma del fútbol aficionado de ligas menores uno, y del cinematógrafo, el otro. Precisamente en el que fuera el galerón de la empresa dicha, apareció el “salón-teatro” Constructora, local destinado al cine en el caserío; mientras que, hacia el sur del mismo, calle de por medio, en la zapatería de Fausto Leiva –en una casita de bahareque que aún está en pie–, Roberto *Beto* Fernández, crearía el equipo infantil del barrio, que se convertiría en el futuro en el Deportivo Saprissa. Barrio proletario y criollo: comunismo, cine y fútbol, barrio Los Ángeles tenía de todo.







EQUIPO DE TRABAJO

CINTHIA MONGE (*DISEÑADORA*)
MARÍA JOSÉ QUIRÓS (*ASISTENTE DE DISEÑO*)
JESÚS CÁRDENAS DURÁN (*COMUNICADOR*)
MARIAM WO CHING (*FOTÓGRAFA DE MODA*)
GABRIELLA TÉLLEZ (*ARTISTA*)

BARRIO LOS ÁNGELES: CONTRASTE URBANO EN REINVENCIÓN

El barrio Los Ángeles fue creado como un espacio netamente obrero, que aglutinó en sus calles varios gremios trabajadores. El origen del barrio fue la lotificación de una finca cafetalera en el sector sudeste del centro josefino; de esa manera, una zona de prácticas agrícolas se fue transformando en parte de la extensión urbana experimentada por el centro de San José.

La Estación del Ferrocarril al Pacífico, el Plantel Municipal y el oficio de la zapatería, fueron tres importantes fuentes de trabajo para los pobladores del entonces nuevo barrio, gente de escasos recursos que, por esa razón, sería merecedora del adjetivo “obrera”. El espíritu humano que le dio colorido a este vecindario del sur josefino, se definió entonces por la lucha de los trabajadores que lo habitaban.

Actualmente, aún es palpable la vocación trabajadora del barrio: talleres, sodas, barberías, remendonas y fábricas de calzado, le siguen dando a Barrio Los Ángeles no solo el ahínco de la clase trabajadora, sino también, la práctica reivindicadora de los oficios artesanales que son el origen de actuales prácticas de corte más “sofisticado”.

La mutación a partir de las posibilidades de trabajo, ha sido la constante de Los Ángeles y la práctica relacionada con el diseño y elaboración de calzado, ha sido uno de los oficios en constante ebullición: fábricas de zapatos, remendonas, peleterías y ventas de todo tipo de accesorios para la especialidad zapatera: zippers, ojetes, cordones e hilos son, quizá, unos de los puntos claves de la propuesta de *Traffic Museum* para barrio Los Ángeles. El concepto inicial crea una conexión entre las prácticas genuinas del diseño de textiles y pieles, con una propuesta de alta costura que exalte al oficio, al trabajador y, por supuesto, al producto final.

La propuesta de *Traffic Museum* para barrio Los Ángeles, elaborada por Cinthia Monge, es un tributo al legado de los zapateros que han determinado rumbos estéticos en el devenir cíclico de las

tendencias de estilo. En este tributo, están presentes expresiones urbanas de arquitectura e infraestructura vial que marcaron el destino de barrios como Los Ángeles y que, a su vez, bordaron en muchas aristas, el destino de la ciudad y del país.

Las vías del ferrocarril definen un estilo de patrón lineal que se configura a través de cordones; escogidos con cautela y amalgamados de manera estratégica, la unión de este recurso le da a la pieza el colorido de un barrio que, a pesar de la carencia, es capaz de reinventarse en nuevas dinámicas de producción. La diversidad de cordones forma parte de la idea del sincretismo: cordeles en tono cobre nos recuerdan el herrumbre del metal olvidado; el vinil gris, las grandes bodegas a medio acabar que sustituyeron pequeñas casas de puerta-y-ventana y el chiffon blanco equilibra la propuesta al brindarle luz, suavidad y movimiento. La propuesta, materializada en un estilizado vestido, halaga la mixtura que define a los barrios que crecieron de manera vertiginosa y en medio de un caos de estilos, de colores, de épocas, de nostalgia y de olvido.

Reconocer es honrar y honrar es valorar. Con su propuesta, Monge reconoce el valor del contraste que caracteriza la estética de Barrio Los Ángeles. La dualidad entre el color y la hospitalidad de las angostas fachadas de las casas, matiza el gris industrial y el óxido de los parqueos y bodegas. El reto de la idea creativa fue recrear de manera armoniosa y respetuosa las calles de un barrio que transpira transformación; Cinthia Monge concretizó la idea de la reinvencción en un vestido que es el resultado de un proceso creativo responsable y honesto.

Así, con *Traffic Museum*, Barrio Los Ángeles no solo es exaltado como un lugar de gran potencial en la industria textil, sino que configura un merecido homenaje a quienes se levantan cada día con la determinación de hacer bien lo que hacen, porque el trabajo es el camino más honesto a la realización personal.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

Traffic Museum se acerca a barrio Los Ángeles a través de la visión de Cinthia Monge. La pieza resultante exalta, principalmente, la estética cromática del barrio, la estructura vial del ferrocarril y el oficio de zapatería.

Vinil, cordones de zapatos, *chiffon*, ojetes y cuerda elástica configuraron el engranaje que le dio vida a la pieza, que requirió alrededor de 200 horas de trabajo.

El textil del vestido está compuesto por cordones; cada cordel fue fijado de manera individual para crear un efecto de cohesión impecable. La paleta de colores del textil está configurada en bronces y grises en tono celeste. El contraste y la armonía –que son una oda a la condición del barrio– se suaviza con la luz del *chiffon* blanco.

Los 150 ojetes que tiene el vestido fueron hechos a mano. El vinil fue martillado con precisión de zapatero, lo que asegura la perfección en funcionalidad y estética.

El *headpiece* y el *cuff* son piezas únicas de joyería, creaciones de Ariana Castillo que refuerzan el concepto de “contraste”, complementan la paleta de colores y le brindan imponencia al atuendo.



LOS ÁNGELES | MARIAM WO CHING

Mariam Wo Ching enlaza el concepto de la diseñadora Cinthia Monge y su percepción de Barrio Los Ángeles mediante la calidez femenina y el minimalismo que caracterizan su trabajo fotográfico. La joven representa el "barrio de los zapateros" y carga con ella los materiales que inspiraron a Monge para crear su pieza de *Traffic Museum*. La modelo no ve en ningún momento a la cámara, sino que pretende existir de forma anónima como metáfora de un barrio que, a menudo, pasa desapercibido para muchos.

Curado por ERIKA MARTIN





BARRIO LOS ÁNGELES

CLASE OBRERA CONFINADA AL SUR

POR JESÚS CÁRDENAS DURÁN

*“...bajo el límpido azul de tu cielo,
¡vivan siempre el trabajo y la paz!”
Himno Nacional*

Nacer en un contexto de precariedad es, probablemente, uno de los determinismos más claros y sólidos que las sociedades capitalistas han definido en sus injustas, pero efectivas, dinámicas de producción.

Las concepciones urbanas confinadas a la marginalidad territorial, social y política son realidades tangibles en cada ciudad del mundo; esos contextos están ahí, e identificar tales territorios y reconocer su condición, sus limitaciones, su estética y sus múltiples aportes al desarrollo de proyectos de mayor envergadura, es lo mínimo que, como sociedades sensibles, podemos hacer.

Para quienes no están familiarizados con barrios como Los Ángeles –al sudeste de San José– el solo recorrido por sus calles les puede hacer encontrarse con aceras que se resisten a dejar vidas pasadas y que acogen nuevas formas menos estéticas; una mezcla de estilos, de tendencias y de épocas que nos adelanta mucho de lo que este barrio, como otros del sur josefino, puede ofrecer.

Casas definidas por un escaso frente de puerta-y-ventana guardan historias humanas que no discriminan por estatus socioeconómico. Esas fachadas angostas de estructura vertical-horizontal ilustran, como una acuarela en proceso, las calles que, por lo general, son valoradas únicamente por su importancia utilitaria y no por todo el contexto histórico y humano que guardan.

Espacios laborales que acogieron el espíritu y el anhelo de quienes asumieron que el trabajo constante y sacrificado, era la única manera de vivir y de sobrellevar el ritmo social y económico de una ciudad joven que crecía con clara ambición de ser, de estar y de permanecer.

Una clase llamada “trabajadora”, porque sus contextos laborales fueron muchas veces de explotación y donde la carencia y la injusticia se servían con el café de la mañana, fue la elegida para aportar calor humano a una finca de café lotificada. Una clase trabajadora que ha cantado por décadas, nacionalismos que exaltan el trabajo como forma de patriotismo, pero no la justicia como dinámica social.

Cada rincón de este barrio acoge, con fraternal cariño, oficios artesanales, puestos encartonados en estructuras de jerarquías gubernamentales y prácticas domésticas elevadas a nivel de trabajo remunerado, porque la carencia y la necesidad así lo demandan, y porque el ideal de vidas mejores nos lleva a creer que merecemos la dignidad que las campañas electorales le adjudican al trabajo.

El convento e iglesia en honor a Nuestra Señora de Los Ángeles, fundado por los padres dominicos, en 1929, es la justificación del nombre de este vecindario; “Los Ángeles” se convirtió así en metonimia para calles, aceras, talleres, fábricas de zapatos, peleterías, sodas, casas y personas que se acogieron a la voluntad divina porque la voluntad política ya había sido definida.

Parece paradójico que, mientras algunos barrios josefinos ostentan nombres de apellidos de abolengo, otros sean bautizados con referencias cristianas: Los Ángeles, Cristo Rey, Corazón de Jesús y Sagrada Familia, son algunos ejemplos de nomenclaturas que determinan la vida de sus habitantes. Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de los cielos.



A través de sus aceras irregulares y de mixturas de épocas, materiales y tendencias, transitamos por un barrio lleno de deterioro y color. Fachadas que nos muestran colores pasteles sin brillo, colores vivos de los nuevos intentos de restauración, grandes bodegas industriales cuya funcionalidad existe solo a medio terminar y unas líneas ferroviarias marcadas por el herrumbre de años de olvido que hoy, en torpes intentos viales, intentan recuperar, con desesperación, la fluidez que transporta a otras clases trabajadoras que comparten, día a día, el nostálgico y amenazante silbido del tren.

Hoy, como ayer, y muy probablemente como mañana, las ventanas de las casas de barrio Los Ángeles exhiben insignias partidarias de ideologías etiquetadas como sociales y que, a través de años en el poder, sugieren que, como sus banderas y calcomanías, su ideología social también se ha desteñido.

A pesar del olvido institucional y de la indiferencia social, barrio Los Ángeles sigue en pie de lucha porque las personas que lo habitan lo transforman día con día en un espacio de resistencia, de determinación, de solidaridad y de respeto a quienes, provenientes de un país vecino y hermano, contribuyen con significativos aportes a la sociedad josefina en particular y a todo el país en general.

Así como los habitantes costarricenses de principio de siglo XX fabricaban y reparaban zapatos, hoy, hermanos nicaragüenses, en su mayoría, mantienen esta labor con amor y dignidad. Barrio Los Ángeles acoge, de manera cotidiana, a una población de zapateros foráneos que representan un porcentaje importante de clientes de sus mismas peleterías.

Estos espacios de comercio para la elaboración de zapatos son dimensiones mágicas donde los expertos encuentran sus piezas en bruto; en sus paredes se resguardan textiles, pieles, viniles, ojetes, cordones, hilos, tinta, tacones, remaches y hormas que concretizan las ideas de quienes, desde muy temprana edad, encontraron en la fabricación y reparación de calzado la manera de solventar necesidades básicas y de proyectar su talento creativo y de elaboración.

En el ideal, la configuración de las urbes es un proceso que requiere visión, y la planificación urbana debería estar sujeta a esta. Esta premisa no siempre puede ser llevada a cabo, porque hay barrios que, por su naturaleza, crecen de manera caótica y vertiginosa porque quienes los habitan viven de esa manera.

El barrio no es sino una extensión de los seres humanos que lo construyen y de-construyen con sus prácticas diarias. Cada persona que logra apropiarse de un barrio lo configura desde el primer espacio que se ocupa: el cuerpo mismo. Los cuerpos de los y las habitantes de barrio Los Ángeles poseen, en el adjetivo “obrero”, la capacidad de reinención que hace que la energía revitalizadora esté en constante ebullición; una transformación latente que, en un acto revolucionario logre hacer surgir a barrio Los Ángeles y reivindique la cotidianidad de sus pobladores. ■

LOS ÁNGELES | GABRIELA TÉLLEZ

La propuesta, realizada por la artista durante horas de la noche y la madrugada, habla sobre la otra cara nocturna que puede tener un barrio josefino, sin apelar a la indigencia, a la prostitución o al peligro (la idea preconcebida que se tiene de salir en San José después de las 6:00 p.m.). Por el contrario, muestra a quienes se hacen presentes en la oscuridad para buscar espacios de socialización, cosa que Barrio Los Ángeles ofrece. La apropiación del espacio público, disponible para todos.

Curado por ERIKA MARTIN









Barrio Luján

allá en el Turrujal

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ

PRESENTACIÓN DEL BARRIO

En su “Diccionario de costarriqueñismos”, anota Carlos Gagini, que turrujal es palabra derivada de ‘turrú’, un arbusto de la familia de las mirtáceas propia del Valle Central, que abundaba hacia el sureste josefino, en el distrito Catedral.

Por esa razón, a principios del siglo XX, la diagonal que unía de noreste a suroeste, la Estación del Atlántico con la futura plaza González Víquez, era llamada la calle del Turrujal. Hacia el este de esa calle, alejado del centro josefino, aquel era un arrabal de tierras húmedas y arcillosas, consideradas malas para la agricultura.

Así, al principio la zona era casi todo un potrero apenas dividido por cercas, sin calle alguna definida, como no fueran los trillos que en invierno hacían muy difícil el tránsito de las carretas que lo atravesaban. Su desarrollo solo vino con la construcción del tramo de la línea que uniría la estación del ferrocarril al Atlántico (1890) con la del Pacífico (1910).

De ello se aprovechó la National Lumber Company, para adquirir la finca más grande del sector, y el municipio josefino para construir las primeras calles y avenidas del futuro barrio. Al parecer, fueron los viejos trillos los que ayudaron a definir la demarcación de algunas manzanas, y estas la base para trazar a su vez las parcelas, sitios aislados donde se asentaron algunos ranchos de bahareque.

Una vez trazado el cuadrante de nueve irregulares manzanas, empezaron a llegar al sitio gentes a quienes los bajos precios del terreno y las cercanas fuentes de trabajo, hacían atractivo el incipiente vecindario. La empresa maderera, por su parte, empezó a vender lotes –con casa o sin ella–, a precios tan bajos como quince céntimos la vara cuadrada, con lo que el sitio empezó a definir su modesto perfil construido.

Como anotan los historiadores Yanory Álvarez y Dennis Gómez: “La madera fue el material más utilizado en la vivienda popular [...] por su bajo costo y por la facilidad de transporte desde la cercanía de

los aserraderos ubicados en los alrededores del distrito Catedral. Por ello, en los barrios [como] Turrujal [...] proliferaron este tipo de construcciones, además, de que se edificaban más rápido; y generalmente [...] había maestros de obras que podían llevar a feliz término la construcción” (*San José de antaño. Distrito Catedral*).

Progresistas dentro de su modestia, pronto empezaron los vecinos a solicitar al municipio pajas de agua y electricidad para el sector. Cuentan los mayores del barrio, que fue entonces cuando dieron sus ancestros con una cañería que, según ellos, se encontraba “botada” en el plantel municipal, de donde, un viernes por la noche, la sustrajeron sin permiso y la conectaron en el caserío.

Informado del ilícito hecho el gobernador provincial, José Luján Mata, se fue de inmediato a indagar al Turrujal. Para su sorpresa, de primera entrada, se topó en el sitio un gran cartel que decía: “Bienvenido al barrio Luján”. Desde entonces –es de suponer que halagado–, el funcionario se volvió un activo colaborador en la adquisición de los servicios públicos de la barriada.

Corría entonces la década de 1920, y el barrio vio aparecer su primera escuela, obra que impulsó la ya de por sí marcada vocación habitacional de la barriada. Lo mismo sucedería con los cercanos aserraderos, la fábrica de puros y, poco después, con la fábrica de refrescos La Navarra, proceso de precaria industrialización que se vería reforzado luego de 1949, con el asentamiento al oeste del barrio, de la planta procesadora de la Cooperativa Dos Pinos.

En fin, que Luján se volvió con el tiempo un barrio obrero y de clase media baja, denso y republicano como otros de la época, pues comercio y diversiones no le faltaron al lugar, como a ningún otro de la ciudad. Cantinas y pulperías satisfacían necesidades diarias, mientras que la Plaza González Víquez, el Cine Ideal y el Estadio Antonio Escarré llenaban las ansias de esparcimiento de sus habitantes, gentes humildes y trabajadoras que hicieron del Turrujal un barrio de verdad.





ESCUELA
REPUBLICA DE CHILE



EQUIPO A BARRIO OTOYA

ALE RAMBAR (*ARTISTA Y ARQUITECTO*)
KIMBERLY YURICA (*DISEÑADORA Y ARQUITECTA*)
EVERTHG LÓPEZ (*DISEÑADOR*)
FERNANDO CHAVES ESPINACH (*COMUNICADOR*)
LORES DE SOUSSA (*FOTÓGRAFA*)
PABLO CAMBRONERO (*FOTÓGRAFO*)

CONCEPTO DE DISEÑO

Diríamos que Luján resalta entre los barrios de San José, si no fuera por su insistencia en la privacidad. Nacido como barrio obrero en torno a 1910, ha conservado una vida de barrio viejo que cálidamente alberga a familias, comercios pequeños y medianos, y a un tránsito constante hacia el centro de la ciudad. Luján fue el elegido por los diseñadores Ale Rambar y Yurika, con apoyo de Everthg López. Si bien el barrio les inspira cosas distintas, la conversación en torno a lo que podría ser su propuesta, encontró puntos comunes en las peculiaridades del céntrico barrio.

El bus del barrio esquivo su corazón: sus calles permanecen calladas. “Me pareció extraño que en realidad es muy silencioso. Es como estar en una zona fuera de San José” –dice Ale Rambar. ¿Qué capturó su ojo al recorrer el barrio? “Las casitas de madera y los árboles. Me pareció muy interesante que las casas están pintadas de colores casi excéntricos. Muchas son muy vibrantes y otras de tonos pastel, pero igualmente son únicas y coloridas”.

Otros barrios resultan más atractivos a primera vista, y otros cargan con más historia de grandes personajes. Luján, en cambio, es un modesto barrio cuyo romance reside en los pequeños personajes que dan vida a las ciudades y la estrecha cercanía de sus habitantes, aun hoy. “Buscamos un barrio que no fuera de los más conocidos; nos alejamos de los barrios que han tenido más apoyo y por su historia han acabado más en la memoria colectiva. Barrio Luján nos pareció una muy buena opción para crear memoria” –explica Yurika.

Esa memoria se arma con detalles: los colores vívidos de las casas –fuertes rosas, verdes, marrones y azules–, los patrones de las rejas y adornos de las ventanas, las esculturas que el artista Adrián Gómez instaló en el parquecito que abre las puertas sureñas de la comunidad.

La capacidad que ha tenido Luján de guardar su esencia de barrio inspira el vestido creado finalmente, que oculta el vibrante colorido con una elegante capa blanca. “Introvertido, capas, color, curvas, explorar” son algunas de las palabras clave que Yurika utiliza para explicar su interés en Luján. Así, se pensó en una prenda compuesta por capas, que ocultase el colorido y mostrara orgullosa su excentricidad.

Pero tal discreción no aísla al barrio. Más bien, como un remanso de paz, Luján se entiende solo en relación al alboroto urbano que lo rodea. Por ello, al pensar en la confección del vestido, se pensó también en incorporar un mapa de calles de la ciudad, que hablara del papel que juega el barrio como uno de los nodos de “vida josefina” que permanecen activos.

“Fue una de las primeras ideas, barrio Luján por sí solo no puede contar una historia sino lo ubicamos en el mapa y se relaciona con el contexto. Además, la trama urbana nos habla de su desarrollo, su nacimiento y expansión” –explica Yurika. Más que una inspiración física, la propuesta optó por capturar la filosofía que sirve de motor a una comunidad histórica, construida por trabajadores que se organizaron para exigir condiciones adecuadas de iluminación, acueductos y hasta una escuela propia en una zona empobrecida y húmeda de la capital.

“Pensando en las casitas, tuve la visión de que estas casas son viejas, se construyeron desde el terremoto de 1910, y dudo mucho que siempre hayan sido del mismo color” –dice Ale Rambar. “Entonces imaginé cómo con el paso del tiempo probablemente han ido cambiando de color, y cómo las personas también han ido cambiando”. Empresas como la Dos Pinos llegaron y se fueron, se construyó la autopista, se remozaron parques y calles... Más, a lo largo de las décadas, a diferencia de otras zonas de San José, el núcleo de Luján se preservó.

Ese carácter cambiante se incorporó a la pieza por medio del inusual material del *dichroic film*, que refleja destellos de colores distintos, como un secreto que resguarda la capa blanca. “Quería representar esos cambios en el traje y tuve el chispazo de hacerlo por medio de un material que también cambiara de color, y así fue como llegamos al *dichroic film*” –detalla Ale Rambar.

De este modo, el raso francés fluye sobre el tul oscuro y transparente como protección, pero también como un despliegue de fina belleza. El barrio Luján trazado en su tela se esconde, pero se integra a la ciudad. Los pequeños círculos de filme brillante, como hojas de árboles que a veces caen sobre las calles del barrio, hablan de un rincón de San José orgulloso de su historia, introvertido y, a la vez, muy vivo y activo... como el mismo barrio Luján.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

La propuesta inspirada en barrio Luján, diseñado por Ale Rambar y Kimberly Yurica, con apoyo de Everthg López, se compone de varias capas que hablan del carácter resguardado, íntimo y elegante de la comunidad.

La primera capa, de raso francés blanco hueso, tiene impreso, por sublimación, un mapa de la trama urbana de San José apenas visible, un entramado que recuerda tanto las rejas de las pequeñas casas del barrio como la geografía de Luján. Cae sobre una falda negra de tul, de cuyas transparencias cuelgan láminas de *dichroic film* (utilizado normalmente para detalles arquitectónicos como ventanas), y dentro se oculta una capa de gran colorido, un recordatorio del abanico de colores de las casitas y edificios locales.

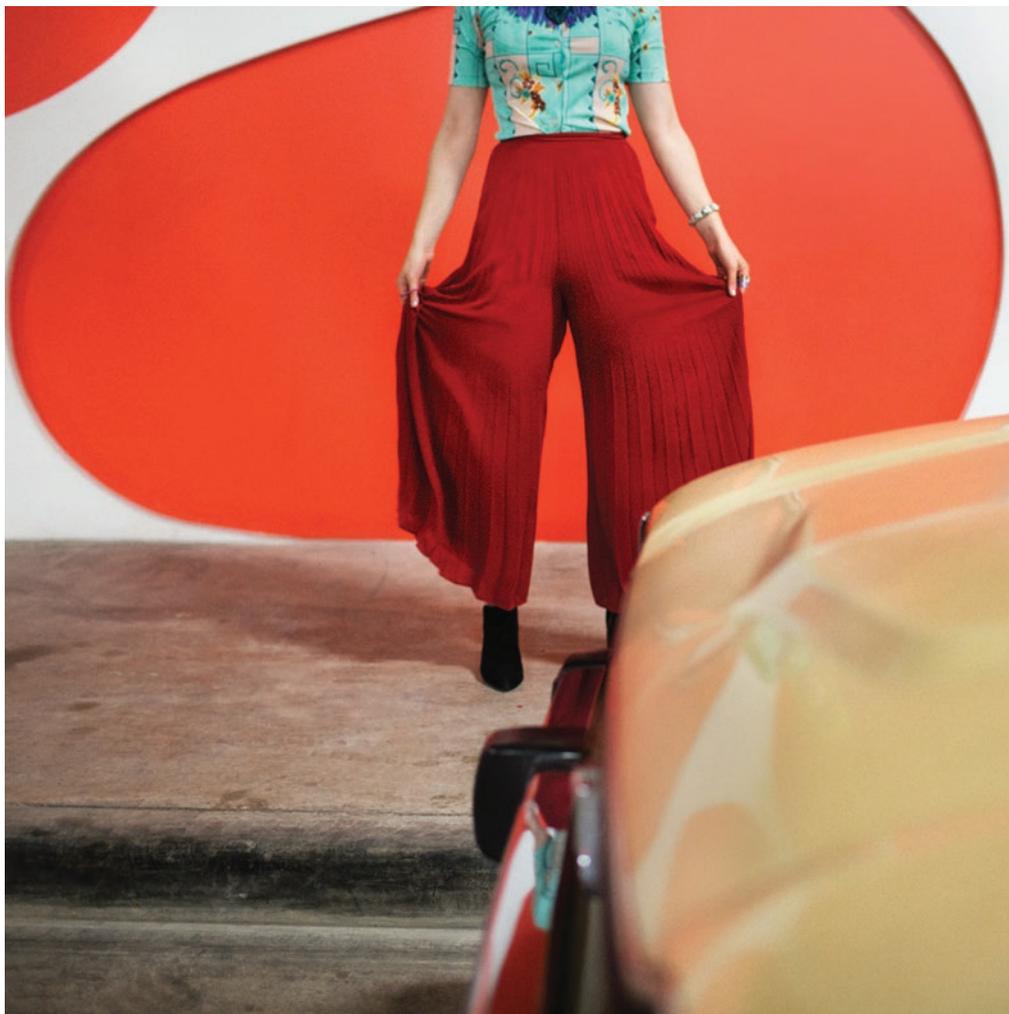
El vestido requirió unas 180 horas de trabajo en costura y confección de las piezas, así como las láminas y la estructura interna de alambre. Se utilizaron cinco láminas de *dichroic film* de 12x24 pulgadas, 15,6 metros de raso francés y 3 metros de tul.



LUJÁN | LORES DE SOUSSA

Barrio Luján es el barrio de la niñez de algunos amigos y ahora es el barrio de otros que han crecido allí y, sin saber, lo han retomado con la necesidad maldita de habitar cada vez más el centro citadino. De Sousa se inspiró en el color y las texturas que este barrio y el trabajo de Kim Yurica y Ale Rambar le transmitieron. En sus fotografías se capturaron las similitudes entre Barrio Luján y la propuesta de los diseñadores presentada en *Traffic Museum*.

Curado por ERIKA MARTIN





UN CONCIERTO DE SILENCIOS

POR FERNANDO CHAVES ESPINACH

Día. Pan con natilla. Madera.

Conforme se enrojece la tarde, las manos de los panaderos se vuelven más ágiles. Mariposeando entre bollos de pan con queso recién horneados, apretados pasteles de canela y modestas galletas, tratan de cumplir con pedidos de la pequeña multitud que, cada tarde, se aglomera en una esquina de barrio Luján.

Si un barrio se define por la vida que lo atraviesa, podríamos dibujar Luján de este modo: ese popular pan caliente, salsa romántica dilatada en el tiempo, gatos discretos que dormitan junto con fachadas de madera y mucho silencio. Una mañana de domingo en barrio Luján, nada se mueve.

Pero al contrario de la somnolencia de condominio que hoy predomina en los suburbios ticos, el silencio de barrio Luján es voluntario. Este pequeño grupo de casas decidió quedarse tranquilo y, así, sobrevive en el centro de San José, que cada vez se alborota más. Cerca de 1910 era un grupito de una decena de cuadras, todas de apretadas casas de madera barata.

Pasaron los años y Costa Rica se hizo otra. Cuenta el cronista josefino Andrés Fernández, que por aquellos años, la vía férrea, la jardinería Mil Flor y la fábrica de cigarros de María Antillón movían la economía del pequeño barrio. Algunos negocios despertarían en las cercanías –la antigua Dos Pinos, instalada en 1951, sigue sirviendo para dar direcciones–. Las calles cambiarían de orientación y alrededor del barrio empezarían a zumbiar perpetuamente miles de carros. Pero el corazón del antiguo caserío se quedó callado.

Noche. Rice and beans. Polvo.

Una noche reciente, al pie de la cuesta de la calle 23 (que sale de Luján hacia la Clínica Carlos Durán), una pequeña familia de gatos se aburría saltando entre la oscuridad de las ramas. Como siempre, una pequeña nubecita de música provenía de Los Tucanes, un vecino reciente, pero ya muy querido del barrio. “¿Qué es rico?” –pregunta un cliente fingiendo no saberlo. “¿Primera vez que viene?” –responde el orgulloso dueño de un local célebre. Del Caribe para acá, no debe haber un mejor rice and beans; si hubiera, es porque buscó parecerse al de doña Corina, que cocina al fondo, mientras don Sergio hace girar su colección de salsa.

Aquella noche, no era salsa, sino Whitney Houston la que cantaba mientras una pareja, aferrada de la mano en la barra, lamentaba que la pobre cantante jamás hubiera encontrado el amor. Al fondo, los tucanes de colores chillones traicionaban la placidez de esa noche de sábado, en una cantina empotrada en un barrio dormido.

Ya afuera, todas las casas parecían selladas, con sus puertitas de madera y sus ventanas todas cerradas. Nada se movía. La calle gris, cubierta de una fina capa de polvo, se estira hasta las cuadras más bulliciosas del barrio.

Pasamos por una casa angosta, donde una chica morena mira desde adentro con las manos cruzadas entre los barrotes del portón y un muchacho de cara muy fina le habla en voz baja. Pasamos por el Teatro Luján (Cupido está loco y afines: en todas partes cabe el amor). Pasamos por una moto estacionada; el conductor, bajo un laurel de la India, enciende otro cigarro con la punta del primero.

En media calle, un montículo de tierra recuerda el hormigueo de los arreglos municipales. A lo largo de los años, poco parece haber cambiado en Luján. Muchas de las casas viejas, de sus tiempos de barrio obrero, siguen en pie. De todos los barrios josefinos, es quizá el menos afectado por la arquitectura esquizofrénica que clava columnas inmensas a fachadas sólidas y grises.

Aquí permanecen en pie casitas de madera pintadas de rosa, verde, azul y amarillo. Las puertas crujen cuando las abren; lo más nuevo es el entramado de rejas metálicas que protege los vidrios de las ventanas. Los patrones que dibujan recuerdan mapas, como el entramado de calles del barrio.

Día. Tortilla palmeada. Cemento.

Una cajita plástica repleta de cajetas de coco. Espirales de melcocha, paletas gigantes. Chorreadas sobre hojas de plátano.

Con los años, barrio Luján fue atrayendo a algunas oficinas y negocios que ya no hallaron espacio en las más estrechas calles del centro de San José. Luján es curioso porque, a pesar de gozar de una ubicación envidiable para el comercio, entre la autopista hacia Zapote y el elegante barrio González Lahmann, preservó cierta calidez de vecindad.



Es la misma calidez de negocios de hoy, como La Tortillería, una mezcla de nostalgia e indulgencia. El chorreador de café gotea todo el día; todos tienen que ver con el pequeño local de madera que recuerda lo que solía llamarse “pulpería”. Oficinas del Patronato Nacional de la Infancia, vecinos como la Universidad de las Ciencias y el Arte y la antigua Dos Pinos parecen las murallas que protegen del ruido las calles residenciales.

Un hombre arrastra media docena de latas de zinc viejas, para vender. Un vendedor de lotería arruga una caja de jugo de naranja y la arroja al piso. Los niños se alborotan al grito del timbre.

En busca de qué propuesta podía salir de barrio Luján, Ale Rambar y Everthg López conversaron una tarde con Héctor Albertazzi –nieto de quien construyó la primera escuela del barrio-, en su casa, la #1688- llena de madera pintada de verde y repleta de “chunches”.

Hay sillas de la fábrica de Juvenal Alfaro, libros de Mauro Fernández abiertos en el comedor, botellas antiguas de aceite de ricino. La casa es enorme y en el patio hay fragmentos de la línea del tren, cunas antiguas y árboles viajeros. Uno empieza a adivinar, mientras roza las paredes antiguas de todas las casas, qué “chunches” habrá al fondo del patio, cuáles cocinas llevan décadas funcionando.

Noche. Pilsen. Bahareque.

Incluso las casas arruinadas de barrio Luján conservan cierto encanto. Es como si se resistieran a la inexorable hinchazón de la capital. Cerca del Bar Adriático, inundado de salsa y globos de cumpleaños, recorro con la mano la rugosidad de una vieja casa amarilla, que fue panadería en otra época.

Hacia el fondo, la concurrida Plaza Viquez despliega sus estampas callejeras: los mariachis pacientes jugando cartas en la esquina; el Mey Lin armando el bailongo; la floristería que a todas horas reverdece. Caminando hacia el interior de Luján, fui pisando hojas caídas en la acera y repasando los complicados dibujos de las rejas. Podría tocar la puerta de cualquier casa, las pobres con camas apretujadas en la sala, o las más solventes, con sus colecciones de “chunches” con esa pátina de historia josefina que por años ha parecido tan distante.

A veces parece que la historia de San José solo se puede contar desde algunas cuadras alrededor del Teatro Nacional, pero Chepe, como cualquier capital, descansa sobre los hombros de sus primeros obreros. Esos hombros, y sus herederos, hoy dormitan entre arbolitos despeinados y la falsa oscuridad que, cualquier noche, hace parecer enorme a barrio Luján. Esas calles no se extienden para siempre: se pierden en cuevas, salen a la pista, se desbordan al bullicio. Pero también protegen lo más propio, que es el silencio. ■

LUJÁN | PABLO CAMBRONERO

Fue una grata coincidencia que el barrio asignado a este joven artista haya sido el mismo que lo vio crecer en su infancia. Para Cambronero, Barrio Luján alberga uno de los espacios más bonitos en el corazón de todos: las casas de los abuelos. Familiarizado y apegado afectivamente a esta zona, sus fotografías capturan a ciertos personajes que habitan Barrio Luján en sus espacios de oficio.

Curado por ERIKA MARTIN













EQUIPO B BARRIO OTOYA

ANNABELLA PRINS (*DISEÑADORA*)
MAURICIO CRUZ (*DISEÑADOR*)
NATALIA BARQUERO (*ESTUDIANTE*)
KARLA MARTÍNEZ (*ESTUDIANTE*)
ALEJANDRA MORALES (*POLITÓLOGA*)
ADRIÁN ARIAS (*ARTISTA*)
GABRIEL HIDALGO (*FOTÓGRAFO DE MODA*)

CONCEPTO DE DISEÑO

El concepto que se puede observar en el vestido, refiere a la vivencia que del barrio tienen *las* diseñadoras, los recuerdos vienen con facilidad, un punto excéntrico que entre gritos y carcajadas dejaba escapar por sus tablas de madera una *maximidad* sin nada que ocultar. Si se asoman por los tablones azulados y miran con atención, podrán acceder sin restricción alguna a una vida distinta, con detalles curiosos que quindan de la ventana.

Por cuatro años, *los* diseñadoras tuvieron en barrio Luján un segundo hogar, una parte de su historia personal. Pasear por el barrio les hizo descubrir la belleza peculiar de cada calle y avenida. Los lugares frecuentados se recuerdan por los acontecimientos y en el pasar de los años pueden pasar muchas cosas. Cuando se llega a un lugar nuevo, por un momento o por largos años, sin negar la naturaleza nómada del ser, es imposible no sentir alguna incomodidad. Acoplarse a un sitio puede tomar tanto tiempo como se considere y necesite, pero pertenecer es tan importante como no pertenecer. Porque si este vestido hablara, contaría que lo binario está fuera de moda.

Una pieza única que representa lo *kitsch* del barrio, lo unido de sus piezas de madera, entabladas, una sobre otra, de colores llamativos, como nosotros, nosotras, *nosotres*. Es soltar una risa, confiar en la bondad de los extraños, es la pieza máxima y exuberante, cargada de energía, de gente, con el detalle de la abuela.

Unas tablillas de madera que dejan entrever por sus hendiduras, el universo de otro ser. Casas en las que se puede ver hacia adentro, abiertas de par en par para quien quiera verlas. Luján es a puerta y mente abierta.

Es la falta de espacio, lo junto de las cosas, la ausencia de intimidad del sonido, todo se escucha y se mezclan los olores al almuerzo. No hay nada escondido en barrio Luján. Lo que sucede circula rápido, una nube que entra a través de los portones y rellena los huecos de la madera. El encanto de saber del otro, tener una noticia suya, saber su historia.

Ruedan las bolas entre calles y avenidas de las que nadie se sabe el nombre, es extraño ver en San José un lugar seguro para los niños. La seguridad que da el sentimiento de comunidad y una variedad de negocios locales que mantienen sus dueños por largos períodos. Las casas juntas y casi revueltas, se diferencian entonces por los diferentes colores que les dan una identidad tan pintoresca como la de sus habitantes.

El envejecimiento de la madera, el espacio en interacción con los cables eléctricos, la pintura faltante, lo perfecto de lo imperfecto, elementos propios de la ciudad hechos a mano de diseñador. Unos azules turquesas que se combinan con objetos comunes, populares, coloridos, peculiares, únicos y llamativos. Lo brillante de lo absurdo, lo que incomoda pero se acomoda.

La vivencia e interés de *nuestras* diseñadoras, por barrio Luján no solo se ve plasmado en una magnífica pieza de moda, sino que también inspira los siguientes relatos que rayan entre la verdad y la mentira, lo vivido y lo soñado. Los días de vivir en un barrio josefino, los mitos urbanos que nacen de las ciudades diversas e inclusivas.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

El vestido consiste en varios módulos, creados por aparte y posteriormente cosidos entre sí. El primer paso de la construcción, fue hacer un vestido base que sostuviera todos los módulos del vestido.

Para el módulo superior, se empleó la técnica del patronaje y el paletoneado. Se hizo una estructura rígida que remita a la madera de las casas de barrio Luján. Para los módulos horizontales que representan la madera, se usó la técnica de vuelos cortados circularmente para crear la textura. Estos se cortaron y pegaron uno sobre otro en una base.

Se drapeó con papel cebolla los volúmenes sobre el vestido base, y a partir de esto se obtuvo el patrón y el volumen perfecto para cortar el raso francés sobre esa medida.

En estos módulos, se empezó el proceso minucioso de bordado a mano. Se escogieron diseños que fueran acorde con el concepto del vestido, se imprimieron y se dibujaron sobre la tela. Entonces se empezó a bordar con un aro de madera que tensaba la tela. Se utilizaron hilos especiales de bordado. Cada color de los elementos del bordado fue escogido pensando en la armonía del color, el concepto y el colorido del barrio Luján. Otros volúmenes fueron trabajados con la técnica de *collage*. Se pegaron parches, cristales, Corazones Sagrados (traídos de México) y otros elementos *kitsch*.

Se diseñó el patrón para los módulos paletoneados de la base del vestido. Con ilustrador se dibujaron las líneas negras, que fueron sublimadas para crear el estampado de estos módulos. Después de la sublimación, se cortó el patrón y se plancharon para crear los paletones.

Se utilizó la técnica de drapeado para ciertos elementos del vestido. Se utilizó un chifón celeste para el drapeado sobre una tela base.

Una vez listos los módulos, fueron cosidos a mano y uno a uno sobre el vestido base. Se analizaron con cuidado sus proporciones para que hubiera una armonía adecuada entre ellos. Con los módulos principales cosidos al vestido base, se empezó la aplicación de los elementos decorativos. Se drapearon tubos de chifón para darle más movimiento; se cosieron rosas plásticas, lazos de cinta y pana, corazones de abalorios hechos a mano y otros elementos *kitsch*. Después de 250 horas invertidas, estas ornamentaciones terminaron de completar el vestido.

En su confección se utilizaron materiales tales como el raso francés, el chifón y el damasco, hilos de bordar, cristales y abalorios, ornamentos (rosas, corazones sagrados, lazos, etc.), guipiur, cintas y pana. Las técnicas de confección fueron el drapeado, patronaje y modelado, el bordado a mano, construcción modular de piezas, el paletoneado, la costura a mano, el plisado, el corte al bias o sesgado para los drapeados, los vuelos cortados en espiral, la aplicación de parches y la sublimación.







LUJÁN | GABRIEL HIDALGO

Gabriel Hidalgo comunica en sus fotografías elementos kitsch, mediante el uso de accesorios, colores saturados, la madera y cualidades particulares de las casas que conforman Barrio Luján.

A partir del kitsch, Hidalgo reinterpreta un interior cálido lleno de color y sin miedo de alguna sala familiar del barrio, bajo un lenguaje de moda. Esta mezcla es una característica imposible de obviar dentro del estilo de los diseñadores Mauricio Cruz y Annabella Prins y de su propuesta para *Traffic Museum*.

Curado por ERIKA MARTIN

LUJANENSES POR 2^{DO} GRADO

POR ALEJANDRA MORALES NÚÑEZ

Mito uno. El origen de la comunidad: un cuento de educación democrática y rebeldía ciudadana

Cuentan que los vecinos de Turrupal lo tenían todo listo, las pancartas, la comida, el baile, toda la celebración. Solo hacía falta ejecutar el plan; el robo.

Conocían la ubicación de la cañería y habían estudiado como instalarla. Se habían dividido minuciosamente las tareas, cada parte del plan involucraba a un grupo de vecinos. Entre hombres y mujeres lograron transportar e instalar la cañería robada.

Del macabro plan solo faltaba celebrar: a la llegada del gobernador le recibieron con la fiesta, las pancartas con su nombre y decidieron en conjunto ponérselo al barrio. El gobernador se sintió tan halagado por el gesto que ayudó en gran medida al desarrollo de la barriada, invirtiendo en educación e infraestructura. De ahí que se diga que barrio Luján es aún seguro, un barrio que escogió su nombre.

Mito dos. La casa 1239, Gaudí-Almodóvar

Me dirijo a la casa #1239, debajo de un palo de cas divino, sobre la diagonal que va de Plaza Víquez hasta el Poder Judicial; la EXCELSÍSIMA Residencia Gaudí-Almodóvar. La casa y lo que sucede dentro, es todo un mito urbano dentro de la ciudad. Mientras camino sobre la acera destrozada siento cosquilleos de ansiedad, la vivacidad de la casa es la clave para acabar con mi falta de sueño.

La primera duda es qué atuendo debería acompañar tal acontecimiento, mi rostro cansado es la peor de las tarjetas de presentación. No importa. Salto una alcantarilla sin tapa, camino por una calle sin nombre. Todas las casas parecen las mismas, unas entre otras con cambios drásticos de color en las tablillas de madera. Casas de paletas. Lanzo un “*upe*” que nadie parece escuchar y del que me avergüenzo luego de notar que la puerta se encuentra abierta, salen y entran personas de todas las edades, todas parecen conocerse.

Las frutas se quieren salir de los cuadros, los peluches de las bolsas, la nigüenta se clavó un vidrio, ahora todo tiene sentido. Sexcilia Gaudí-Almodóvar habita la casa, tenía el pelo corto de un rosa chillón igual al de su vestido de encaje, en su mano derecha un exceso de anillos a los que no puedo dejar de admirar.

Le seguía un perro, y no se puede desconfiar de quien se hace acompañar de un animal. Soy de perras. Me ofreció una *cascarita*, explicó que era la misma receta de una margarita pero con cas. No se le puede decir que no a eso.

Sexcilia me dijo que esperase en la sala, regresó con un baúl al que no le cabían más cosas, lo llamó el *Cajón Travesti*, los tesoros invitaban a los visitantes a ser libres, a ser quienes quisieran. Propios y extraños comenzaron a transformarse, las risas y los movimientos desinhibidos de los cuerpos colmaban la casa, era tiempo de tomar la calle.

Una niña me pregunta si soy hombre o mujer, le respondo que me lo he cuestionado toda la vida y que a veces no tengo respuesta. Suelta una carcajada y se aleja sonriendo llevándose prestada una peluca: “Es muy tarde para que los niños anden en la calle y muy temprano para esas preguntas” – pensé para mí. “Pero ¿quién maneja el tiempo?” –resolví.

La música logró salir por las ventanas, la calle frente al *American Bar* se convirtió en la pasarela, los tacones sonaban por la calle, sobrepasados por los pitos acosadores. Traté de seguir los pasos de Sexcilia: *diay*, me cholle la rodilla, ella me extendió la mano y con dulzura preguntó si me encontraba bien, me sonroje un poco y le dije que nunca uso tacones. Risas se escaparon antes, durante y después de mi caída, me reí también, me reí como nunca esa noche.

Entrada la madrugada y algunas cascaritas después, se armó una mejenga en la plaza, el juego transcurría entre risas y malabares de tacón, las pelucas caían pero el juego seguía. Más que una competencia parecía una actividad *compartidamente* disfrutada sin esperar un ganador. Recordé por un momento que crecí en una comunidad, en eso que llaman un barrio e implica conocer al vecino.

En Luján me sentí feliz, libre, pude apreciar el afecto de las personas a mí alrededor solo por la casualidad de compartir el espacio momentáneamente, la seguridad que da la convivencia, las calles vivas y la gente afuera.

Sentí cansancio o mucho cas, me deje caer sobre la plaza boca arriba, viendo al cielo y me dormí con una sonrisa.



Mito tres. Dos sexos, un cuerpo. Auto violencia doméstica.

Los gritos despertaron a todos en la cuadra cercana al American Bar, barrio Luján. Dos personas discutían en algún apartamento de la calle, los estruendos solo podían indicar objetos quebrándose. Como dicta el código de comportamiento de los barrios josefinos, la calle frente al edificio se empezó a llenar de curiosos.

La discusión está subiendo de tono, gritos de ayuda. Una llamada alerta a la policía, la cosa pinta fea, parece ser un caso de violencia doméstica. La policía ingresa a la vivienda y localiza únicamente a un hombre en estado de conciencia alterado, que baja con facilidad las escaleras en grandes y estilosos tacones color rojo carne. Lloro desconsoladamente mientras tiembla y se lanza contra los policías agradeciendo su ayuda, restregando su cuerpo. Al cuestionarle qué sucedía, permaneció en silencio por largo tiempo, se quitó los zapatos, quedando únicamente en los más ochenteros *jeans*. Sus ojos se llenaron de ira, puso sus manos sobre la cara y comenzó a gritar *fúricamente* mientras sus dedos presionaban su rostro. “¡Te voy a matar!” –gritó mientras balbuceaba las absurdas razones que justifican golpear a un ser humano. El hombre fluctuaba entre agresor y coqueta. Gritos de acusaciones y defensas iban y venían, mientras los policías se miraban atónitos, sin comprender lo que ocurría.

Un grito de dolor hizo eco en toda la calle y un golpe acalló los gritos. Hizo una pausa, se puso los tacones al hombro, y comenzó a subir las escaleras murmurando: “Siento mucho confundirles oficiales, no es la intención” –mientras agitaba las caderas al subir. A la mañana siguiente los curiosos sacaban sus propias conclusiones reunidos en la pulpería.

“Para ser buen policía no basta con no tener escrúpulos, hace falta también cierto sentido del humor” (*La Ley del deseo*).

Mito cuatro. BarrioLujosa.

Las *máximas* son *Lujanenses*.

Chupándole la sal a un cas.

Libres de todo pecado, ni marido ni infierno.

Auténticas con peluca.

Conocen San José de noche, de madrugada.

Chepe tampoco duerme.

Dominan el arte del adoquín flojo.

Desayunando pinto en la soda de los taxistas.

Tomando café con flan de la Luján.

Al borde de la cordura, dos rayitas pasadas.

Pezón libre, rímel corrido, pestaña arriba.

De boca abierta, políticamente incorrecta en la más correcta de las democracias.

La más colorida de los chicos, *disfrutona*; *barriolujosa*.

“...porque no hay nada más democrático que el placer”

(*La concejala antropófaga*).

Mito cinco. María la verdulera

“Vendiendo bananos alcanzó para ir a Europa.”

Doña María anda de cacería,

buscando una alegría.

La pasarela está llena de frutas,

desfilan los clientes.

Todo comenzó en una esquina de Tres Ríos,

y culminó en Barrio Luján,

todo en esta vida se acaba.

Sus hijos son como diamantes, nada de verduleros.

Hay un placer en observar a la gente,

ganar 100, gastar 10 e invertir 90, esa es la clave.

59 años de trabajo, no hay joyería, perfumería ni cosméticos,

nunca hicieron falta.

Se puede vivir a gusto con el sol, la luz del día,

con las guayabas y las anonas.

Doña María ya no está en Barrio Luján,

tampoco su verdulería,

la alcanzó el progreso,

ese que destierra

a quien espacio tenía. ■

LUJÁN | ADRIÁN ARIAS

Las fotografías de Adrián Arias capturan en una forma documental, mediante instantes congelados en el tiempo que aparecen en sus imágenes. Vemos en ellas cualidades hermosas de la cotidianidad centroamericana, color y vida, el transcurso –también congelado– del tiempo, un poco de realismo mágico presente en las horas de luz y sombra de muchos barrios josefinos.

Curado por ERIKA MARTÍN









Barrio González Lahmann:

el de la universidad

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ

PRESENTACIÓN DEL BARRIO

Aún a principios del siglo XX, la calle que pasa frente a la iglesia de la Soledad o calle 9, seguía siendo el límite este de la ciudad de San José. Todo lo más, las bocacalles penetraban casi cien varas en esa misma dirección, donde empezaba el llamado potrero de los Gallegos, por haber pertenecido antaño aquellas tierras, a la familia Gallegos Iglesias.

Fue entonces que Alberto González Soto adquirió parte de esos terrenos, e inició la apertura de sus calles, hacia 1915. Lentamente empezaron a formarse unas cuantas cuadras, proceso que se aceleró con la apertura también de las calles 17, 19 y 21, provenientes del norte, y con la continuación de las avenidas que viniendo del oeste, topaban con la diagonal de la vieja calle del Turrujal.

Así fue como el barrio fue naciendo de un suampo en el que cazaban sapos los niños de los lugares cercanos, y se fue perfilando poco a poco en el mapa. A inicio de los años veinte, se instaló en el sector el Tennis Club, que como sitio de esparcimiento para gente adinerada, vino a embellecerlo y a aumentar su valor.

Sin embargo, sería a mediados de esa misma década, que la donación de una manzana de terreno en el incipiente barrio, por parte de la señora Amalia Lahmann de González, permitió la construcción ahí de la Escuela de Derecho, primer paso hacia la reapertura de la Universidad en el país. Así, el nuevo barrio vino a conocerse entonces como “barrio de la Universidad”, y a engalanarse con suntuosas residencias diseñadas por los arquitectos de moda, en los alrededores de los nuevos edificios de Derecho y de Farmacia.

Con ello, se aceleró a su vez la urbanización del sector y se roturaron los cafetales de la familia González Lahmann, al este, y el sector norte del viejo potrero; terrenos que, construidos en gran medida los barrios de Amón y Otoya, vinieron a satisfacer la demanda de habitación para la clase alta capitalina, sobre todo a partir de los años treinta. Por esa razón, desde un inicio contó el barrio con los servicios básicos de cordón de caño y acera, agua potable y fluido

eléctrico, y sus predios, con los nombres de distinguidas familias josefinas.

Más tampoco faltarían tragedias en la reservada barriada: en agosto de 1938, el crimen del doctor Ricardo Moreno Cañas, que estremeció a la ciudad y al país, se llevó a cabo en su propia casa de habitación, en la calle 21 y a pocos pasos de la línea del tren. Esa muerte, daría paso a una de las leyendas urbanas más arraigadas en nuestra capital: la del bondadoso médico cuyo espíritu cura desde el más allá. Por lo demás, el barrio fue un lugar tranquilo y exclusivo.

Para entonces, también, ya afluían a sus calles los estudiantes universitarios, que verían colmados sus sueños en 1941, con la dicha reapertura de la Universidad de Costa Rica. Para albergar a sus autoridades, se construyó en otra de las manzanas el imponente edificio de la Rectoría y el paraninfo universitario, que consolidaría así la vocación habitacional y la alta plusvalía del barrio. Esa situación solo empezaría a cambiar a mediados del siglo XX, con el proyecto de la Ciudad Universitaria, a ubicarse en San Pedro de Montes de Oca. Mas para entonces el barrio estaba ya consolidado y en su perfil construido podían verse viviendas neoclásicas o eclécticas a lo Jaime Carranza, el gran arquitecto de principios del siglo XX, pasando por las ostentosas residencias neocoloniales y las escenográficas art déco, hasta llegar a algunos ejemplos de la arquitectura moderna de estilo internacional, todas de gran calidad y buen gusto.

El traslado de la Universidad; sin embargo, se concretó definitivamente hacia 1960, así que en su lugar surgió en el barrio el edificio de la Corte Suprema de Justicia y, consecuentemente, aparecerían luego los otros edificios del Circuito Judicial, todo con un alto costo para la arquitectura histórica barrial. Fue entonces que se empezó a hablar de barrio González Lahmann y se dejó de lado el nombre de la Universidad, ahora solo un recuerdo en la memoria social urbana.







EQUIPO DE TRABAJO

ROB CHAMAELEO (*DISEÑADOR*)
DANIEL ANCHÍA (*CONCEPTO*)
JULIETA ODIO (*JOYERA*)
GIANNINA SÁNCHEZ, JHON OLIVEROS,
REBECCA FERNÁNDEZ Y KATTIA TAPIA (*PRODUCCION*)
DINO STARCEVIC (*COMUNICADOR*)
JUAN CALIVÁ (*FOTÓGRAFO*)
OLMAN TORRES (*FOTÓGRAFO*)

CONCEPTO DE DISEÑO

Ningún proceso creativo es fácil de describir, y menos aun cuando se trata de sacar de la cabeza de su creador para convertirlo en palabras, pero la clave para comenzar a entender la propuesta de Rob Chamaeleo para el proyecto Barrios de *Traffic Museum*, me la dio él mismo:

“Si cada barrio hubiera sido una persona, los demás me gritaban cómo querían que los vistiera; a González Lahmann casi tuve que hacerle un examen psicológico. Esa fue la vibra que me transmitía, tímido”.

Chamaeleo no pensó inicialmente en González Lahmann, hasta que una sugerencia le hizo prestar atención a un suceso ligado al barrio: el secuestro de veinte magistrados de la Corte Suprema de Justicia por parte de un grupo armado, pretendidamente guerrillero, en abril de 1993.

Sobre ese hecho mediático, se agregó el relato místico de la psicóloga cristiana Rita Cabezas, que jugó un papel paralelo en los propios días del secuestro, y que llegó a conocimiento del diseñador. Esa superposición del hecho real, la historia tercerizada por los medios de comunicación y la participación mística de Cabezas en los eventos calza perfectamente, según él, en la identidad de su marca.

Chamaeleo es una marca conceptual, como el propio Rob insiste, que combina siempre una idea de opuestos, de lados buenos y malos, de lo oscuro y lo celestial, y fue allí donde encontró una conexión con ese hecho histórico, de medios y mística en el secuestro de la Corte. “Fue también crítica social, de sensacionalismo mediático, que es algo que coincide con mi marca, donde la crítica juega un papel fundamental”.

Eso se manifestó en el secuestro ocurrido en González Lahmann, y que encontró en *Barrios* una plataforma de exposición para la línea, bajo la cual fue creado el vestido, *Alpha* de Chamaeleo, cuyas piezas exclusivas conllevan muchas horas de trabajo en una sola prenda.

Rob Chamaeleo reconoce que no conocía el contexto histórico del barrio, y que su acercamiento a él era más institucional y por referencia, más casual que íntimo, pero fue justamente la Corte Suprema de Justicia la que terminó convirtiéndose en el eje inspirador de su vestido. El proceso creativo se basó directamente en el suceso policial ocurrido en los 90, aunque Rob considera que el vestido manifiesta mucho del barrio, muy diferente a los demás propuestos para el proyecto de *Traffic Museum*. “González Lahmann no

proyecta la colorimetría de otros barrios, lo interpreto más como institucional, como orden, ley; es un barrio muy político para mí, y por eso el proceso creativo requirió más interpretación, se me hizo más interesante”.

Otros barrios le ofrecían referencias gráficas muy fáciles, con una propuesta de arte que le hablaba más directamente, por lo que González Lahmann se planteó a Rob como un sujeto tímido necesitado más de un abordaje más íntimo.

Como director creativo de su marca, Rob se encargó de diseñar el vestido y de la producción completa, hasta la fotografía del vestuario. Por supuesto, no estuvo solo: a partir de la conceptualización de Daniel Anchía hasta la confección de joyería de Julieta Odio, su equipo invirtió alrededor de 1150 horas de trabajo para crear la pieza que representó a González Lahmann, incorporando texturas, formas y piezas, oro y cuero, entre otros tantos materiales.

El concepto para *Barrios* estuvo claro desde el inicio, aunque el vestido sufrió cambios, desde un comienzo “complaciente” hasta un final mucho más dramático e imponente. Chamaeleo pensaba en dividir en prendas diferentes los elementos del hecho (el suceso, la interpretación de los medios, el misticismo de Rita Cabezas), pero el valor simbólico colectivo del vestido terminó proyectándolas todas.

Los tres factores convergieron en la dualidad que caracteriza a la marca: lo blanco y lo negro, la guerra entre lo rígido y lo fluido, que va desde la estructura superior a como se libera en las líneas de abajo. “Todo eso cuenta el suceso, es su historia” –dice Rob.

Al principio todo se encontraba atado (secuestradores, medios, demonios) y al final todo fluye y, como la verdad que terminó por salir a flote, se vuelve transparente. Una guerra mística entre ángeles y demonios, representada en el blanco y el negro, coronado por el trabajo de orfebrería de Julieta Odio.

En el concepto de su línea *Alpha*, Chamaeleo acostumbra abordar procesos que otros verían como difíciles. Las piezas de la línea, bajo la cual figura ahora el vestido creado para Barrios, lo llevan a buscar lo original, lo imponente, lo que se vea caro y lleve mucho trabajo. “Pensar en todos los detalles para la propuesta de González Lahmann no fue fácil, pero sin duda me dio placer, y eso es algo que necesito desde lo creativo. Este proyecto, desde el inicio, me hizo sonreír”.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

He hilado estos relatos con la misma dedicación con la que las costureras de Rob Chamaeleo cosieron las telas y elementos del vestido que es protagonista de ella: 1150 horas que convirtieron en algo tangible una conjunción de espacio-tiempo-mito cuyo epicentro fue un edificio judicial dos décadas atrás.

Un viaje por la ciudad recorriendo barrios para la que sería la propuesta de Rob nos llevó a él, Daniel Anchía y yo en un auto, una mañana lluviosa de sábado por una ciudad semidormida. Tras una apasionada charla, un elemento místico decidió que ya no se trataba de convertir un barrio en vestido, sino que el genio creativo de Chamaeleo se concentró en un edificio y su historia: la Corte Suprema de Justicia, y la noticia de un secuestro, citando al querido Gabo.

Toda una corte de los milagros transformada en batalla mística de ángeles y demonios, matizada por el sensacionalismo alrededor de un edificio en un barrio josefino, una mezcla de texturas, colores y patrones seleccionados por el diseñador para el vestido: blancos y negros en líneas verticales y telas que fluyen, coronadas por orfebrería dorada representando la lucha mística sobre la Corte, en mayúscula.

Las conversaciones con Rob completaron los vacíos que iban quedando de los relatos, y para entonces el vestido que había surgido de la dualidad de bien y mal que tanto le encanta a él, ya era parte de los barrios de *Traffic Museum* y estaba listo para ser presentado bajo las losas de la Plaza de la Cultura.



GONZÁLEZ LAHMANN | JUAN CALIVÁ

Una de las propuestas de moda con mayor fortaleza, las fotografías análogas de Juan Calivá son un claro reflejo del trabajo del diseñador Rob Chamaeleo, cuya propuesta para Traffic Museum se basa en el secuestro de la Corte Suprema de Justicia, en 1993, un hecho histórico que ocurrió en Barrio González Lahmann. El uso de doble exposición presente en las fotografías representa la posesión y expulsión de los entes, demonios o espíritus; la modelo simboliza el lado humano y sus gestos dramáticos representan el mal, la locura y la desesperación. Las imágenes de Calivá nos ofrecen una historia, son preámbulo idílico del trabajo de Chamaeleo y además son una propuesta de foto moda coherente con su concepto, al igual que refrescante para su contexto.

Curado por **ERIKA MARTIN**



EL ARISTOCRÁTICO BARRIO DE LA JUSTICIA

POR DINO STARCEVIC

Para hablar del barrio González Lahmann (o sigamos diciéndole solo González Lahmann, el resto sobra), hay que hacer examen de conciencia, porque recorrerlo es casi como hacer un examen de historia. Historia de abolengo del San José que fue tacita de plata.

Tal es el ilustre pasado del barrio, ahora venido arquitectónicamente a menos, derrumbándose entre parqueos y casonas antañonas convertidas en oficinas y saunas, albergando hoteles y teatros de risotada fácil.

Pero allí sigue, González Lahmann, uno de los ilustres integrantes del distrito Catedral, pedazo aristocrático de una capital a la que parece importar poco que sus barrios muten como en esas historias del cine, donde las calles cambian y los edificios se transforman mientras uno camina.

Para conocerlo me fui a andarlo un día, antes que nada. Armado de mapa, me eché a sus calles. Y me perdonarán que, en un país de gente que se ubica por bombas de gasolina y árboles cortados hace décadas, use calles y avenidas como referencia.

Su extremo sur comienza como la punta de un cuchillo afilado, frente a la esquina noroeste de Plaza González Víquez (otra González, sin duda pariente del barrio), y sube por la diagonal 10, la avenida 12, bordeando al vecino Barrio Luján, hasta la Casa China y la distinguida iglesia del Corazón de Jesús.

Su costado este es una línea casi recta hasta que se topa con la Avenida Segunda, que forma el extremo norte del barrio para bajar por su costado oeste a partir de un lío de líneas férreas hasta la calle 25, cuando se encuentra uno nuevamente con la mentada iglesia y el refugio de olorosa comida asiática. Ahí tienen con palabras los límites territoriales de González Lahmann, por si algún día quieren darse una vuelta con mapa, también.

Pero lo interesante está dentro de esos confines, claro. Allí hay universidades, actuales y antiguas, la estación de buses que trae y lleva a viajantes de Turrialba y alrededores, la Clínica Santa Rita y la Junta de Pensiones del Magisterio, el MINAET (Ministerio de Ambiente, por si no conocen la sigla), la famosísima casa de Matute Gómez y la no menos ilustre librería El Erial.

Allí, un Circuito Judicial completo (así, con mayúscula), comparte barrio con un

amago de circuito teatral que incluye nombres como el Molière, el Urbano, el Arlequín, Ilusión y Gráfica Génesis.

Es un barrio variopinto, donde igual comparten abogados y magistrados que fiesteros rumbo a La California, y donde –créanmelo– son vecinos, juntos que no revueltos, la sede de los Guías y Scouts de Costa Rica y un afamado sauna gay de nombre con aspiraciones clásicas, donde ventean carnes y deseos, hombres de todos los orígenes.

Algunos ubican al barrio a grandes rasgos como “al este de la Iglesia de la Soledad”, aunque esa descripción se me hace tan amplia que cae en la imprecisión. Uno puede empezar a desgranarlo de muchas formas, pero digamos que revisando su historia cabría describirlo como un barrio de digna estirpe, no solo por las ilustres familias que lo crearon y habitaron, sino porque la memoria de sus días va de ser un barrio de Universidad a uno de Justicia. Mayúsculas las dos.

Vamos a repasar algunos datos.

Para Carlos Manuel Zamora, en su detallado “Distrito Catedral. Ciudad de San José”, publicado por el Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, del Ministerio de Cultura, es uno de los barrios con mayor concentración de clase alta del Distrito Catedral, que no es decir poco. Según cuenta en una minuciosa exploración del barrio, González Lahmann nació a mediados de 1920, cuando el matrimonio formado por Alberto González Soto y Amalia Lahmann Carazo lotificaron sus posesiones en lo que se llamaba el Potrero de los Gallegos. Así llamado por otra ilustre familia, los Gallegos Iglesias.

De repente, era la zona de moda de la burguesía josefina para establecerse, quienes lo convirtieron en el paraíso del neoclásico y el neocolonial capitalino, con residencias en ladrillo y concreto, que ya no tenían aquel patio central herencia de España, sino amplios jardines frontales, bordeados de columnas y cornisas. Paraíso también para los arquitectos y constructores más distinguidos de entonces, incluyendo al ilustre Teodorico Quirós.

Hacia los años 60 se inició allí la construcción del Circuito Judicial, que cambió para siempre el barrio, y empezó a desplazar las residencias de familia para dar paso a oficinas y bufetes, restaurantes y los infaltables parqueos. Hoy, el



Circuito Judicial es el corazón del barrio, con la Corte Suprema de Justicia, los Tribunales, el Organismo de Investigación Judicial, el Registro Judicial y su correspondiente Plaza de la Justicia sin una hoja verde.

Antes de ser barrio judicial, fue el "barrio de la Universidad". En 1940, el Secretario de Instrucción Pública del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, Luis Demetrio Tinoco, facilitó el decreto que creó la Universidad de Costa Rica, no donde está ahora sino allí, en nuestro González Lahmann. Se compraron terrenos del Potrero de los Gallegos y, en 1941, se construyó el edificio que sería la Facultad de Derecho, de influencia ¿cómo no? neoclásica. En 1944, también en la Universidad, se creó el flamante Servicio Meteorológico y Sismológico, que pertenecía al Instituto Geográfico Nacional.

La Universidad funcionó allí hasta 1953, cuando se decidió trasladarla a Montes de Oca, a la recién creada Ciudad Universitaria. La vieja Universidad fue abandonada, y a mediados de los 70, según entiendo, demolida. Solo sobrevive hoy el monumento arquitectónico en la intersección de avenida 6 y calle 17, para quien quiera verlo.

El Circuito Judicial cambió la estructura arquitectónica del barrio. No más neocolonial: los tres edificios eran modernos, obra de Eugenio Gordienko y Hernán Arguedas, arquitectos. Volumetría simple, acabados de enchape de mármol de Turrialba, Cartago y Nicoya, con el imponente edificio de la Corte Suprema, de nueve pisos e inaugurado en abril de 1966, consagrado por el relieve escultórico de ocho metros de la Justicia con el hombre tendido a sus pies, en lámina de bronce martillado, obra del artista Juan Portuquez Fucigna.

Pero la magnificencia de la Justicia no ha opacado del todo los viejos edificios de los patricios josefinos. Allí están, es solo cosa de buscarlos. Como la residencia de Marco González Lahmann y su esposa Flora Castro, construida en 1930 y a cien metros de la Corte; o la del expresidente Alfredo González Flores, también de 1930.

Está la casa de los Jiménez de la Guardia, creada por el alemán Ehremberg y donde hoy funcionan las oficinas de una cadena de supermercados. O la impecablemente blanca residencia Vargas Valenzuela, cuyo diseño vino de una exposición de París y que incluye motivos decorativos masónicos. Y, claro, no se puede olvidar la casa de Santos Matute Gómez, comprada por el venezolano de oscuro origen en 1937, quien llegó al país con una enorme fortuna, y que tras años de abandono desde la década de 1990 ha servido como local de diversos bares.

Barrio de ricos, barrio de ilustres, barrio de educación y justicia. Barrio González Lahmann, para quien quiera recorrerlo como yo, mapa en mano. ■

GONZÁLEZ LAHMANN | OLMAN TORRES

Olman Torres se encontró perdido en González Lahmann, en donde ni quienes lo habitan comprenden dónde inicia y dónde termina. Con una gran sensibilidad y pasión por lo urbano, Torres se enfocó en capturar elementos de la arquitectura del lugar mediante la técnica de doble exposición, para jugar con composiciones a través de las fotos. El uso de blanco y negro y las capas en sus fotografías funcionan como hilo conductor entre su propuesta y la de Chamaeleo.

Curada por ERIKA MARTIN

ALBERTO BRENES CORDOBA
INSTITUTO DEL DEBERERO
CIVIL SOCORRIFICENTE





LUX PERPETUA

LUCEAT EI





Barrio San Bosco:

con nombre de santo

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ

PRESENTACIÓN DEL BARRIO

Para finales del siglo XIX, dos ejes conectaban el casco urbano josefino con el Llano de Matarredonda. Una era la llamada precisamente Calle de La Sabana –prolongación hacia el oeste de la vieja Calle Real, luego Avenida Central–, y otra la Calle del Cementerio –a su vez, prolongación hacia el oeste, también, de la calle de la ronda sur, hoy avenida 10–.

Al este, el sector entre ambas trochas –pues solo eso eran entonces– limitaba con la finca del Hospital, donde se ubicaba el Asilo de Locos Chapuí, con la calle 20 como lindero; mientras que al oeste lindaban aquellos terrenos con el llamado barrio Richmond, esfuerzo urbanizador emprendido por un empresario inglés de aquel apellido, en paralelo y por la misma época con el emprendido por Amon Fasielu-Duplantier al norte de la ciudad.

Sin embargo, a diferencia del llamado barrio de Amón, la barriada aquella, que empezaba a ser denominada San Francisco de Paula de Matarredonda, solo había empezado a desarrollarse en la década de 1920, tanto desde el ahora Paseo Colón hacia el sur, como desde la calle que lo separaba de La Sabana –la calle 42– hacia el este. San Francisco; sin embargo, solo ocupaba unas cuantas manzanas en esa dirección, mientras que el resto eran terrenos desocupados aún, como no fuera a la vera de los dos ejes dichos.

Fue a mediados de la década de 1920, que las avenidas y calles de San Francisco de Paula, entre el Paseo Colón y la calle de los Cementerios, empezaron a continuarse con rumbo este hasta rematar con la calle 20. En las incipientes manzanas aparecieron algunas casas de madera, unas vistosas, otras más sencillas, pero que fueron tiñendo el cuadrante de barrio. Entonces, hacia 1930, los padres salesianos –residentes en Cartago desde principios del siglo XX– expresaron su interés en asentarse en San José y difundir aquí las enseñanzas de Don Bosco, su religioso inspirador.

Las obras del Oratorio Festivo y de una capilla salesiana, se iniciaron en el barrio en 1931 y, con la entusiasta llegada del padre

José de la Cruz Turcios, en 1933, obtuvieron un impulso inusitado. Los habitantes del sector, ilusionados, recibieron a los padres con los brazos abiertos, y a partir de entonces, empezó a llamarse a la barriada entre el Asilo de Locos y San Francisco de Paula, como barrio Don Bosco y, luego de su canonización, al año siguiente (1934) barrio San Bosco también e indistintamente.

Barrio heterogéneo, barrio republicano, contaba hacia el Paseo Colón con grandes y lujosas residencias que se adentraban un par de cuadras al sur y se distinguían por su tamaño y sus jardines, sus elegantes diseños y finos acabados; mientras que a partir de ahí se notaba más la presencia de una cierta clase media, con casas de madera de influencia victoriana construidas a partir de catálogos y adquiridas en los aserraderos capitalinos; y localizados sectores, había otras humildes viviendas, de alquiler en su mayoría, destinadas a más populares estratos.

Al oeste del barrio, más allá de San Francisco, La Sabana imponía su escenario, primero de llano, luego de aeropuerto, siempre de horizonte abierto. Al norte, el Paseo Colón le brindaba su señoría, con el obelisco en medio de su elegante bulevar y un pintoresco tranvía. Por su parte, la cercanía de los cementerios General, Obrero y Extranjero en sus límites sur y este, privilegiaron la aparición en el sector de toda una serie de servicios relacionados con las exequias: funerarias, marmolerías, floristerías y, a mediados del siglo XX, por parte de la Iglesia Católica, la Capilla de las Ánimas Benditas.

Al centro del área, el oratorio y la capilla salesiana dieron origen a un colegio técnico, que vino a llenar con juventud al barrio y denominarlo definitivamente San Bosco. Al frente de la capilla, la manzana del Estadio Turcios –logro del entusiasta cura aquel–, donde se jugaran tantos campeonatos de las ligas menores josefinas, en aquella barriada que acogía su alegría. Así, San Bosco, barrio con nombre de santo, fue a su modo el barrio de todos los josefinos.



José Arturo
Vargas Rojas

★ 29. Ago. 1956
† 28. Mar. 2015





EQUIPO DE TRABAJO

MICHELLE DE MATHEU (*DISEÑADORA*)
EDUARDO ORTEGA (*DISEÑADOR TEXTIL*)
ANA CASTILLO (*ASISTENTE DE DISEÑO*)
CAROLINA MONTERO (*PERIODISTA*)
at.pier (*FOTÓGRAFOS DE MODA*)
PABLO MURILLO (*FOTÓGRAFO*)

CONCEPTO DE DISEÑO

Para un diseñador, crear un vestido no se trata solo de encontrar la inspiración: se requiere de una investigación, de un conocimiento previo para contextualizar y así crear esa prenda digna de ser llamada una interpretación.

En esta ocasión, no fue diferente para la diseñadora costarricense Michelle de Matheu. Conocer sus diseños y tener la oportunidad de ver una de sus colecciones, es darse cuenta de que además, de la inspiración, ella se cuestiona, investiga y capitaliza esos elementos positivos para crear piezas únicas.

El año pasado fue el Salón du Chocolat en Francia, este año el reto estaba en su propio país, la oportunidad de ser parte de un barrio capitalino: abarcar su historia, sentir su ambiente, sus espacios y contrastes, y descubrir el punto de encuentro desde donde crear un vestido único. Eso fue lo que la enamoró, la “oportunidad de plasmar y reinterpretar un barrio” –dice Michelle.

Para esta segunda edición de *Traffic Museum*, la diseñadora costarricense Michelle de Matheu, reinterpreta el barrio San Bosco fusionando la religión, la espiritualidad, el amor y el desprendimiento del plano físico. “Es una barriada que simboliza devoción, fe y libertad; está lleno de vida, esperanza e historia” –afirma.

Iglesias a cada paso, cementerios vecinos, marmolerías y floristerías en cada esquina, se confabularon para que Michelle encontrara su inspiración en un camposanto. Un lugar donde el silencio es paz, donde el ser humano descansa y las intenciones se elevan con una vela.

En el límite de barrio San Bosco, en esa zona donde están los cinco cementerios más importantes de la capital (el Obrero, el General, el Israelita, el Extranjero y el Calvo) encontró la luz que sería parte de su creación.

La vela: el elemento de inspiración.

Una de las características que hacen de Michelle de Matheu una persona única, es su espiritualidad. Por esa razón, cuando presentó su propuesta no me quedó la menor duda de que ella se había inspirado en la belleza de una vela, en el valor de su luz.

Para la diseñadora nacional, graduada del Instituto Marangoni de París, “la luz es de dónde venimos, la esperanza es lo que nos motiva a seguir adelante y cada persona está en constante transición. Debajo de la ropa y de la piel encontramos nuestra pureza y eso es lo que amarró el concepto con lo más profundo de mi corazón”.

Visitó la iglesia de San Bosco y luego caminó hasta el cementerio Obrero; ahí, recuerda, mirando a su alrededor pudo notar “lo sensible que es el ser humano y la fuerza que está detrás de la intención del amor por los demás” –describe de Matheu.

Había quienes encendían una vela y derramaban una lágrima al despedirse de esa persona especial, otros quizá elevaban una oración por su salud, por amor y por gratitud. Cualquiera que fuera la razón, lo cierto es que al encender una vela se busca una respuesta, se expresa esperanza o quizá agradecimiento.

Sin embargo, “esa vela se consume, y lo que encontramos luego es cera derretida. La podemos reciclar y así dar vida a otra vela, es decir, a otra intención. Eso para mí fue único. La luz es infinita” –anota.

Para traer a la realidad esta interpretación, Michelle Marie de Matheu trabajó mano a mano con Eduardo Ortega y Ana Castillo. Con un trabajo en equipo, crearon un vestido en tonalidades grises, brillos metálicos y blancos; colores que se pueden percibir desde que se ingresa a un camposanto.

El color proviene del mármol de las lápidas, de las flores, de las esculturas de ángeles, de santos o las cruces que se pueden observar en la pedrería; mientras que la cera desgastada está simbolizada con el papel de plata y las capas de tulle dentro y fuera del vestido.

No puede faltar la parafina, presente a lo largo de la caída de la prenda, y con detalles elaborados y pintados a mano mostrando la simetría y perfección de un destello y la vibración del movimiento de una vela.

El de este vestido es un arte, que como tal busca crear una conciencia y generar una forma distinta de ver y percibir las situaciones, las adversidades y la vida. Es una invitación a la esperanza, a tener la oportunidad de atesorar e inmortalizar el pasado a través de la luz y el renacimiento en una nueva vida.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

El diseño ejecutado por Michelle Marie de Matheu tiene la intención de emular una vela y comunicar ese mensaje de intención, esperanza y petición que conlleva el encender una de ellas.

Sin embargo, para unificar el símbolo de la candela con la inspiración del barrio San Bosco, se trabajó con una paleta en tonos grises, blancos y algunos destellos metálicos. En palabras de la diseñadora, son los colores que refieren al mármol, a lo simple, a la pureza, a la luz y a la muerte.

Para iniciar el proceso, el equipo tuvo que teñir la tela para lograr a la perfección el tono del mármol que habita en el cementerio.

Sin embargo, la parte superior es el punto focal de la pieza y por eso se aprecia allí la pedrería, mientras que aparece uno de los principales protagonistas del vestido: la parafina. Cada estalactita de parafina fue moldeada y pintada por separado, y agregada a la pieza textil en un proceso 100% artesanal.

Siempre en la búsqueda de ese efecto de caída y de luz, a lo largo del vestido y aplicado en vertical, se agregó el papel de plata sobre el tulle y el modal que cubre el vestido.

Para ejecutar este concepto, el equipo de diseño dispuso de aproximadamente 303 horas para coser, moldear y detallar el atuendo.



MÁS ALLÁ DE SER LA CALLE DE LOS CEMENTERIOS

POR CAROLINA MONTERO

La diseñadora Michelle de Matheu se inspiró en el Barrio San Bosco para crear su pieza textil. En sus límites, están los cinco cementerios más importantes de la capital y del país, y entre sus calles y aceras están también las historias de muchos costarricenses.

Si hay una avenida transitada en San José, es Avenida 10. No es para menos, muchos transeúntes la utilizan para conectar el lado oeste con el este de la capital o simplemente para movilizarse hacia algún otro punto de ella.

Entre el ajetreo y el bullicio del pasar de los autos, los buses y las motos, caminar por las aceras cercanas a los cementerios Obrero y General es casi adueñarse de ellas. Son pocas las personas que se movilizan caminando por ahí, o por lo menos así fue un sábado por la mañana, cuando la recorrí.

La calle de los cementerios está hacia las afueras del barrio San Bosco, concretamente en su límite sur, y fue dispuesta así por varias razones que nos remontan incluso a los tiempos de don Juan Rafael Mora, quien decidió ordenar la ciudad capital, a partir de 1851. Fue entonces cuando se decidió trasladar el camposanto al suroeste de la aldea, o como diríamos en el lenguaje coloquial costarricense, como buscando hacia la hoy avenida 10, por entre las fincas y el llano de La Sabana al oeste.

Con la calle de los cementerios afloraron en el sitio nuevos oficios, tales como los de la marmolería, la albañilería, la escultura y, con la erección de la Capilla de las Ánimas, hacia 1950, las floristerías y otros negocios que todavía hoy se pueden ver en las inmediaciones de esa calle (verdadero distrito), donde están los cementerios Obrero, General, Calvo, Extranjero e Israelita y que tienen al barrio San Bosco como vecino inmediato.

Por eso, observando con detenimiento la zona, puede concluirse que el negocio aquí está más enfocado en los servicios funerarios. Marmolerías, floristerías, edificios administrativos de los cementerios y la iglesia Las Ánimas, por solo mencionar algunos, son parte de esos servicios.

Sin embargo, también llamó mi atención la esquina ubicada frente al play del parque del barrio Bolívar, o quizá se ubique mejor el lector si le digo que ese es el parque de los elefantes, como popularmente se le conoce en San José. Ya verá cómo, si camina usted también por el sector, será atraída su mirada por una fachada histórica, un esquinero frente que data de antes de la década de 1950.

El arte funerario costarricense tiene un apellido: Villalta. Apellido que aún se escucha en la calle de los cementerios y que pese al paso de los años, continúa grabado en la memoria de los costarricenses.

En ese espacio labora Víctor Villalta, un experto del arte funerario en lo que respecta al mármol. Así como la fachada de su local evoca historia, hablar con don Víctor es descubrir una parte importante de la misma, pues esa casa es la cuna de una familia de marmoleros costarricenses.

Si bien es cierto que los marmoleros precursores del oficio fueron italianos y portugueses, don Arnoldo Villalta, su abuelo, fue un costarricense que creció en la zona y decidió enviar a sus dos hijos a estudiar marmolería a Italia.

“Mi abuelo tenía una marmolería a unos pasos de aquí” —cuenta Villalta. “Él decidió enviar a mi papá y a mi tío a estudiar a Italia, y cuando ellos vinieron decidieron abrir una marmolería. Fue cuando hablaron con mi abuela y, hasta la fecha, esta es la marmolería” —detalla.

Doña Elena, la abuela, vivía en la parte de atrás de esa casa, mientras que el frente estaba alquilado a la cantina El Bebedero. “Ellos empezaron alquilando el espacio y ya después lo compraron” —afirma Villalta, quien desde la década de 1980 acompañaba a su papá, Edwin Villalta, en el negocio y aprendió con él el arte funerario.



“De mi papá sí aprendí mucho, pues yo lo veía trabajando. Él, primero hacía las esculturas en barro para hacer los moldes y sí, se la jugaba” –recuerda, mientras muestra unas flores de barro que hay en la pared. Son dos cuadros de flores, unas margaritas y unas rosas: “Esas las hizo él, creo que en Italia, cuando se fue a profesionalizar como marmolero” –me cuenta.

De hecho, en aquellos años los Villalta eran reconocidos como los especialistas en cualquier trabajo relacionado con el mármol. No en vano, en la iglesia las Ánimas, el altar tiene a un lado una placa con el nombre de su abuelo, hombre que lo donó e instaló.

Más con el paso de los años, los hermanos Villalta disolvieron su negocio. Cada uno buscó su camino. “Mi tío primero se fue un poquillo más largo, pero después puso una marmolería aquí cerca y el negocio que era de mi abuelo ahora tiene otra dueña” –explica.

Don Edwin, por su parte, se quedó en la esquina. Ahí enseñó a sus hijos el oficio; pero según afirma don Víctor, solo él pudo adaptarse a las exigencias del negocio y de su padre.

Sin embargo, el negocio ya no es el mismo, dice el ahora propietario de la Marmolería Villalta: “Antes, cuando una persona moría se le honraba; ahora en cambio, solo si sobra algo de dinero las personas piensan en la placa, si no, no”.

“Aquí además, de las placas para recordar al familiar que falleció, también se hacen floreros o cruces; sin embargo, y hasta por el vandalismo, ya las personas solo nos piden las placas. Las que tienen fotografía son de las más buscadas” –termina sus reflexiones con nosotros el marmolero.

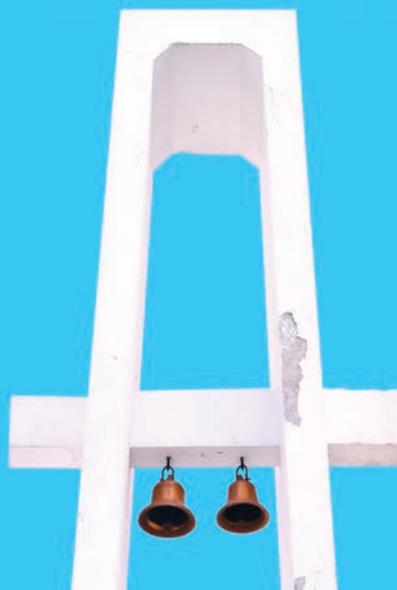
Después me vine, caminando como llegué. Ya me no importaba el paso de los años, ni su ubicación exacta entre los barrios caminados: aquella vieja casa esquinera es sin duda un ícono de la calle de los cementerios, un libro abierto que nos remonta a la Costa Rica de antes de la década de 1950; una esquina en un sitio de la capital, que vio nacer a ese y otros oficios trascendentes, todos relacionados con las honras fúnebres: *sic transit gloria mundi*.* ■

* “*así pasa la gloria del mundo*”

SAN BOSCO | *PABLO MURILLO*

En un barrio icónicamente caracterizado por los símbolos y sitios religiosos, Pablo Murillo escoge despojar al espacio de su peso semiótico, desligando a las edificaciones de su entorno, renunciando al "suelo" y dejando como único contexto un cielo tan azul, que parece ficticio, sintético. Esta abstracción espacial nos obliga a rellenar este vacío de significado con nuevos descriptores para cada objeto. Objetos que, en sí mismos, son indistintamente permutables.

Curado por **ERIKA MARTIN**



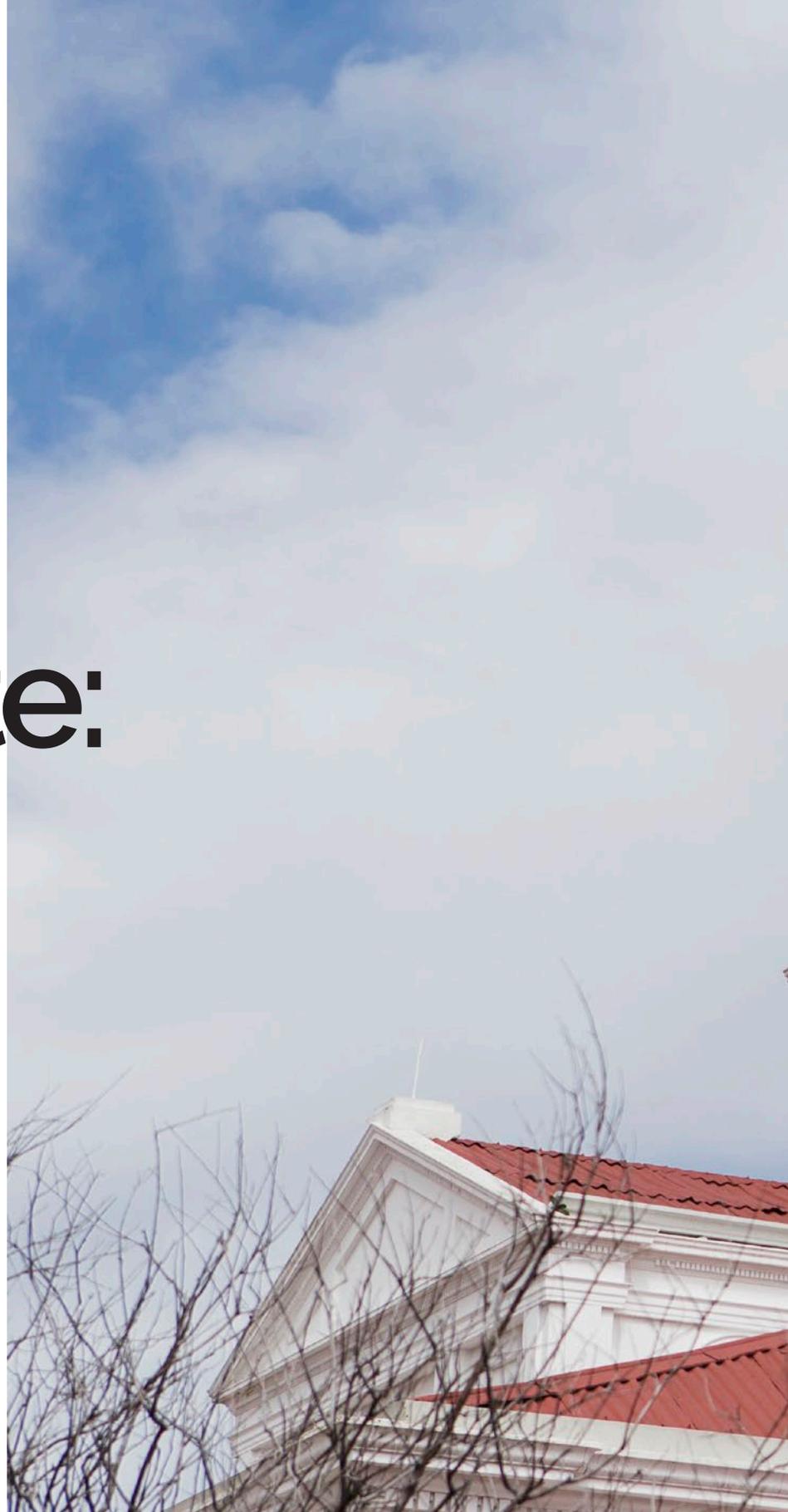
SALA GARBO



Barrio Escalante:

*donde hoy florece
el comer*

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ





PRESENTACIÓN DEL BARRIO

Hija de Leoncio de Vars y Rita del Castillo, Isolina Vars del Castillo heredó de ambos una extensa propiedad ubicada al noreste de San José, más allá del Alto de las Mora y lindante con el río Torres. Sin embargo, serían las herederas de Isolina Vars, quienes al casarse eventualmente con caballeros de apellidos Escalante y Robert, brindarían su impronta a aquellas tierras en el siguiente siglo.

Fue Isolina, también, quien en 1866 cedió una faja de terreno para que el gobierno construyera el ferrocarril y, con ello, la finca familiar entró sin saberlo en una profunda transformación. La línea del tren, vendría a constituirse en el límite sur de la finca, mientras que la Aduana Principal, terminada en 1891, se convertiría en el lindero oeste; antes de dividirse en dos propiedades, la de la finca Robert, que ocuparía el extremo suroeste, y los futuros cafetales de la familia Escalante, que ocuparían el resto, hasta el río Torres al norte y la Calle de los Negritos al este.

Fue al final de los años treinta del siglo XX, que la familia decidió urbanizar parte de sus terrenos con un carácter exclusivo, por lo que Escalante se convirtió en el típico barrio de la clase alta de la época. De inicio, recibió un doble impulso urbano y social: primero porque en 1940 se terminó la iglesia del vecino barrio Aranjuez, templo de arquitectura neoclásica neo-paladiana dedicada a Santa Teresita del Niño Jesús y, el mismo año, tras su elección como Presidente de la República, Rafael Ángel Calderón Guardia recibió como regalo la lujosa residencia que perteneciera a la familia Trejos Donaldson, en la entrada misma del barrio.

Ambos hechos, hicieron al barrio notorio a las nacientes aspiraciones sociales y, a partir de entonces, se sucedió en sus calles la aparición de una notable serie de casas de arquitectura neocolonial hispanoamericana, a cargo de los arquitectos del momento, tales como Teodorico Quirós, José Francisco Salazar, José María Barrantes, Daniel Domínguez Párraga y Víctor Sabater; riqueza histórico-arquitectónica que no haría sino crecer con los

años y los ensanches del barrio, a cargo entonces de arquitectos modernos y su arquitectura de “estilo internacional” o “americano”, ya en las décadas de 1950 y 1960.

Especie de centro excéntrico, en la primera urbanización se dejó a la entrada del beneficio de la vieja finca, una rotonda o glorieta a la que se le colocó, con el tiempo, un pintoresco farol que se convertiría en punto de referencia del barrio. Luego, en 1964, en un terreno donado por la familia Robert, se inauguró el Parque Francia, pulmón barrial y significativo punto de encuentro para la comunidad.

Con la década de 1980; sin embargo, llegó al barrio Escalante un cambio en el uso del suelo similar al sufrido por otros barrios de élite de la ciudad. Con él, muchas de las señoriales residencias aquellas, se convirtieron en organismos internacionales, oficinas empresariales, universidades privadas y otros tipos de comercio extraños a su vocación habitacional. Los restaurantes, por ejemplo, que eran una minoría hasta la década de 1990, hoy son uno de los mayores atractivos que brinda el barrio al público externo.

Estos últimos; sin embargo, han venido a darle a la barriada un aire distinto y exclusivo de nuevo, pues el fenómeno se ha desarrollado de modo orgánico e intrínseco al ser de la ciudad: la mutación. Así, si en el pasado los habitantes de Escalante buscaron en el barrio una cierta intimidad que no les brindaban otras zonas josefinas, hoy encuentran todo lo contrario: un uso del suelo diversificado, un imponente comercio y una mayor población flotante, flotando en los alrededores de lo que hace menos de un siglo fueran cafetales.

Con tales comerciantes y con sus comensales, ha florecido en el barrio una actividad económica nueva y dinámicas sociales hasta entonces desconocidas, que han hecho de Escalante el lugar josefino donde hoy florece, entre cándidos recuerdos y valiosas arquitecturas, el buen comer.





EQUILIBRIO AMOR

DIGNIDAD

Banco Popular VALORAMOS SU TRABAJO 59 incofer



EQUIPO DE TRABAJO

DANIEL MOREIRA (*DISEÑADOR*)
FLOR MONESTEL SÁNCHEZ (*COMUNICADORA*)
ASULPRUSIA (*FOTÓGRAFOS*)
ESTEBAN CHINCHILLA (*FOTÓGRAFO*)

CONCEPTO DE DISEÑO

“¡Hola Daniel! Queremos decirte que tu barrio para *Traffic Museum*, es Escalante” –algo así fue la frase que recibió el diseñador nacional Daniel Moreira, mientras se encontraba en su taller de trabajo un jueves por la tarde, en la ciudad de Alajuela.

Conceptos, diseños, materiales, colores y un sinfín de imágenes se produjeron en su cabeza para visualizar el proyecto a exponer en la II edición del *Traffic Museum 2016*. Una vez organizadas tales recurrencias, surge la idea de contar una historia a través de un personaje que reflejara la época de la aristocracia y la evolución de barrio Escalante durante los años, hasta convertirse en uno de los paseos gastronómicos más importantes de Costa Rica.

Así nace “El espíritu de Escalante”, una doncella y chef fantasmal de origen francés, que camina entre lo gris, blanco y negro de las calles y edificios, reflejando una línea del tiempo en sí misma; irónicamente, el personaje de la historia es quien ayuda al barrio a cobrar vida por medio de los restaurantes e inspirando a las personas a ser parte de su ambiente culinario.

“Cuando supe que me tocaba Escalante, lo primero que pensé fue en la cantidad de lugares para comer que coexisten ahí y me pregunté por qué habían tantos; bajo esa incógnita, decidí basar mi historia en una chef fantasma que poco a poco convierte lo antiguo del barrio en restaurantes” –explica Moreira.

El concepto del vestido se logró al combinar la historia y el presente del lugar, pues, según cuentan, en otras épocas se caracterizó por ser una zona cafetalera de costarricenses adinerados y colonos franceses, y hoy, es un sitio moderno que busca destacarse en la capital gracias a su variada oferta gastronómica.

Unas simples líneas y trazos en papel, generaron el diseño creativo de la versión inicial del modelo, mismo que tuvo algunos cambios durante las 350 horas de elaboración, debido a su compleja arquitectura e ingeniería, encargadas de ensamblar a la perfección las 12 piezas del conjunto.

Para fundamentar su diseño y no olvidar ningún elemento característico, Daniel hizo un recorrido por Escalante; de las calles rescató las vías del tren para simbolizar el ir y venir del tiempo, el icónico reloj de la iglesia de Santa Teresita y el Parque Francia dio pie al origen de su fantasmal doncella.

Para el diseñador, la parte de confección es una de las más complejas por el delicado trabajo y la dedicación que se debe tener, pero a la vez, produce una enorme satisfacción al ver como pieza por pieza cobra vida y, lo que en un principio era un dibujo, se convierte en una realidad.

“Durante el proceso de elaboración del vestido fui muy detallista, porque al ser parte de una exposición con acceso a miles de personas, debía tener todos los elementos que contarán el evolución del barrio y causara en el espectador ese deseo de visitar y conocer más a profundidad la historia de Escalante, mientras degusta de platillos en sus muchos restaurantes” –acotó Moreira.

No hay una pieza específica que se destaque entre las demás, pues todas se unen para explicarle a quien se detiene a verlas, la época particular de la historia de Costa Rica en la que existieron grandes sombreros, faldas largas, corsés, blusas con encajes, abrigos, estolas, guantes, peinetas y accesorios de antaño que destacaban la silueta femenina en el día a día.

“Barrio Escalante es un lugar tan cautivador y lleno de misticismo, que me siento realmente afortunado por ser parte de él a través de mi diseño, que está hecho con todo mi profesionalismo, respeto y admiración hacia su historia” –finalizó Moreira.

En resumen, para la creación de “El espíritu de Escalante” se ocupó un día para su concepto creativo, el diseño completo tomó una semana y su confección tardó unos dos meses, para un total de 12 piezas, muchas de ellas tejidas a mano y 350 horas de arduo trabajo, entre la arquitectura e ingeniería del proyecto.



DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

A través de la técnica de sublimado de tela, con imágenes satelitales y panorámicas, se recorre la historia de barrio Escalante, la cual expone la aristocracia de la época y como los cambios sufridos durante años posteriores, crearon el mágico y acogedor lugar que es hoy.

Entre mallas, encajes, algodones, organzas y tulle, el “Espíritu de Escalante” toma forma y se ilumina con piedras, cristales, lentejuelas, perlas, abalorios y listones.

Irónicamente, los colores grises, blancos y negros, se utilizaron para reflejar a su doncella fantasmal, quien impulsa los restaurantes y acompaña a las personas que dan vida a Escalante.

La pieza final, también se creó con técnicas de bordado simple y relieve, corsetería y drapeado de tela. Entre sus focos principales están el reloj de la iglesia de Santa Teresita, bordado con cristales Swarovsky, unas líneas del tren que simbolizan el ir y venir del tiempo y un sombrero de chef que caracteriza la actual economía del barrio.

Fueron 350 horas de confección, incluidos el concepto, diseño, costura y retoques finales.



DETALLES Y CONVERSACIONES DE UN PASEO GASTRONÓMICO

POR FLOR MONESTEL SÁNCHEZ

En mi recorrido por Barrio Escalante, dejé de lado la típica información sobre su historia y me dispuse a documentar en cada lugar visitado, detalles, fechas, curiosidades y conversaciones que me permitieran redactar y complementar esta nota.

La historia, en su forma cronológica, inicia así: decidí salir de mi casa un sábado por la mañana, primero para que el día me alcanzara, y segundo, para evitar las lluvias que últimamente han acompañado las tardes en nuestro país.

Según yo, hice una lista con los lugares que debía visitar para no dejar de lado alguno que fuera parte esencial de Escalante; me imaginaba como serían mis visitas y el tipo de consultas a realizar... pero nada de lo que pensé resultó.

Al primer lugar que llegué fue a la Antigua Aduana, no habían actividades que pudiera documentar, solo se anunciaba "La noche árabe"; pero recordé que el pasado mes de septiembre se realizó la Feria del Libro y a esa sí asistí, recomendada por un amigo, me pareció increíble la cantidad de personas que son amantes de los libros aquí.

Ese día, escuché a un señor decirle a su esposa: "mirá, a la gente todavía le gusta sentir la textura del libro y el olor a páginas nuevas". Ese recuerdo bastó para incluir la Aduana en este relato.

Caminé unos metros hasta la iglesia de Santa Teresita, mi atención se dirigía a su icónico reloj, detenido a las 7:44 entre un a.m. y un p.m., pero resulta que en la entrada principal del templo estaba un auto antiguo, color vino con detalles blancos, mas no logré hacer la relación entre la iglesia y el carro, y de todas formas no encontré quien pudiera explicarme, pero si alguien sabe qué hacía ahí, por favor que me cuente.

A la vuelta de la iglesia me encontré con don Rafael Ángel Calderón Guardia, "reformador social de Costa Rica" como indica la placa en el Museo que lleva su nombre; las puertas abiertas de su fachada principal me invitaron a entrar y ver la exposición "México, identidad fantástica. Obras maestras del Siglo XXI".

Ahí mismo, en el Museo, le conté a uno de los guardas sobre mi visita, y me dijo: "debería ir a la rotonda de "El Farolito", no hay nada llamativo, pero es muy conocida"... y le hice caso.

Llegué a la calle 33, frente a mí la rotondita, nunca había pasado por ese lugar, pero descubrí que es a la par del Centro Cultural Español; aquí, quiero destacar los colores tan lindos con los que tienen adornadas las paredes de la casa diplomática, entre verdes, azules, morados, rojos, unos puntitos negros y la silueta de rostros en tonos amarillos.

Mientras tomaba un par de fotos del lugar, noté que "don Julio" estaba arreglando un jardín y al mismo tiempo me veía extrañado, por lo me acerqué y entablé con él una conversación:

Yo: "don Julio", es que ando visitando Escalante para un proyecto especial, entonces quiero conocer los lugares más importantes aquí.

"Don Julio": ¡Ajá! Bueno, esta rotonda es muy usada como punto de referencia de la gente y además, que es conocida porque está a la par del Centro.

Yo: ¿y usted sabe qué más puedo visitar aquí?

"Don Julio": ¡Ay mamita, diay! Vaya coma a uno de esos restaurantes de allá (como a los 300 metros) y ahí va a ver cosillas que le pueden servir.

Yo: ¡Sí, verdad! ¿Usted es de aquí?

"Don julio": No, pero algoito conoce uno...

Yo: Mmmmmmmmm, bueno. Gracias.

Y sí, gracias a "don Julio" que tuvo la buena intención de ayudarme aunque fuese para decirme que tenía que ir comer.

Por supuesto me fui a almorzar a uno de los tantos restaurantes, porque ya eran las 12:53 p.m. y debía continuar con el recorrido. ¡No sé en qué momento se pasó el tiempo!

Entré a un local esquinero que me permitió tener una visión amplia para no perderme de alguna curiosidad.



Además, al ser parte del equipo de trabajo del “espíritu de Escalante”, me hice la misma pregunta que el diseñador Daniel Moreira: ¿por qué hay tantos restaurantes?, pero en lugar de buscar la respuesta, me dispuse a degustar mi comida e imaginarme a la doncella fantasmal y de origen francés, recorriendo las calles y escogiendo los lugares que serían convertidos en restaurantes próximamente.

En mis 45 minutos de receso, pasó lo siguiente:

Izquierda: un grupo de amigos comiendo, bebiendo y hablando de las tantas cosas que hablan los hombres... según mi sentido *stalker*, uno de ellos cumplía años y los demás lo invitaban a cuanto trago podían. “Cumpleañero”: de todo corazón espero que su “goma” no haya sido tan fuerte el domingo por la mañana.

Derecha: un par de amigas, conversando sobre temas interesantes, de esos que hablamos nosotras cada vez que nos reunimos. La conversación incluyó al exnovio y la navidad próxima de “Sofi” pasando por el bolso perdido y el cabello de “André”.

De frente: “Sebas” estaba acogojado por el calor, mientras su mamá intentaba que comiera algo:

Mamá: “Sebas” comé un poquito, está riquísima la comida.
“Sebas” llorando...

Mamá: “Sebas” ya no llorés, ¿querés fresquito?
“Sebas” sigue llorando...

Mamá: “Sebas”, te está viendo la muchacha.
“Sebas” vuelve a ver a la muchacha que era yo.

Yo: “Sebas” yo tengo una canción muy linda que te va a gustar...

Saqué mi celular y le puse un vídeo de una serie infantil, que dice algo así: “esta selva, llena de color, día y noche te sorprenderá”.

“Sebas” se calmó y empezó a comer.

Segunda parte del recorrido...

Me senté en el Parque Francia, inaugurado el 13 de octubre del 2006, por la Embajada de Francia y la Municipalidad de San José. Noté que había un grupo de amigas, un vendedor de café, un malabarista practicando con cuchillos y cuatro parejas, de ahí el nombre de “el parque de los enamorados”. Fue una visita rápida.

Mi última visita fue a las líneas del tren, testigos del ir y venir del tiempo de un barrio que desde su época de cafetales y aristócratas, supo adaptarse al paso de los años, y hoy, es uno de los más importantes en cuanto a la gastronomía nacional e internacional.

Los grafitis pintados en los muros y las casas de colores a lo largo del trayecto, también son protagonistas de algún capítulo de la historia de Escalante pero de forma silenciosa, que acompañan de lunes a viernes, a los usuarios del tren entre Cartago-San José.

A usted que está leyendo, lo invito a descubrir más allá de la historia que conocemos sobre el barrio... maravílese con los detalles, conversaciones, sabores, colores, aromas y sobretodo, por esa vibra positiva y acogedora que expira Barrio Escalante. ■

ESCALANTE | ESTEBAN CHINCHILLA

En una búsqueda inalcanzable por mostrar la belleza de lugares, situaciones o personajes que normalmente son etiquetados de lo contrario, el artista Esteban Chinchilla, quien puede llamar a Barrio Escalante su hogar, nos ofrece una mirada personal de la cotidianidad de la zona. Lejos de la tendencia rápida y efervescente, las imágenes nos muestran el transcurso pesado del tiempo y a quienes lo viven día a día, desde el tren, detalles que sólo podría rescatar un vecino del aclamado barrio.

Curado por **ERIKA MARTIN**







TRAFFIC MUSEUM
LA EXHIBICIÓN

MUSEOS DEL BANCO CENTRAL DE COSTA RICA











Traffic
PRESENTA
BARRIO OTONA

CREDOMATIC
es lo mio

PRESENTA

FOTO URBANA
FASHION STREET ART

BARRIOS

UNA INICIATIVA DE **Traffic**



FOTO URBANA:

San José retratado











SAN JOSÉ NUESTRO RUNWAY

noche de moda

Gracias a la Universidad Creativa, Universidad Veritas, al Instituto Nacional de Aprendizaje (INA) y al apoyo de las personas que sueñan con el mismo San José que nosotros. San José Nuestro Runway es posible gracias a ustedes.



Los diseñadores participantes de Traffic Museum / Barrios: De izquierda a derecha Bárbara Cuevas, Oscar Ruiz Schmidt, Camila Calvo, Mauricio Cruz, Annabella Prins, Alejandro Rambar, Kimberly Yurica, Eric Mora, Michelle de Matheu, Oscar Hernández, Daniel Moreira, Rob Chamaleo y Chinthia Monge.



CONCLUSIÓN

BARRIO... ESCRIBO PARA QUE EXISTAS

POR ANDRÉS FERNÁNDEZ

Barrios burgueses o de "clase alta", proletarios barrios o de "clase baja", mientras que en el medio, como ya se sabe, la "clase media" también habitaba en barriadas. En eso, como en tantas otras cosas, el San José de antaño se asemejaba mucho a otras tantas ciudades del mundo.

En cambio, lo que hizo particular a nuestra ciudad, fue el que sus barrios no fueran socialmente homogéneos del todo: fueron las suyas barriadas donde, con distintos grados, se mezclaban las clases sociales de acuerdo con la índole republicana del país, y en consecuencia, de su estructura urbana. De ahí su riqueza social e histórica y, para fines de esta iniciativa, también cultural y estética.

Porque patrimonio cultural urbano, poseen los ocho barrios elegidos gran cantidad, patrimonio construido y patrimonio intangible: sensibles a ambas manifestaciones, así lo pusieron de relieve todos los participantes de Traffic Museum-Edición Barrios, con sus creaciones de indumentaria, con sus artísticas imágenes y sus textos literarios, lecturas todas de un fenómeno plural, por social, por urbano, por humano: el del barrio, nuestro josefino barrio.

Este libro, entonces, es memoria gráfica de eso, testimonio del suceso y su tangible resultado. En él, enfundado como no podía ser menos, en un elegante diseño gráfico, se pone a disposición del público costarricense toda la gama de creaciones que han inspirado los barrios capitalinos seleccionados. Con él, se pretende contribuir a la recuperación de memoria socio-cultural en esas barriadas, pero también a brindarle nueva vida a esa memoria, actualizándola de la mano de la moda y del diseño, contribución también al rescate urbano, tarea de todos. ■

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Altezor, Carlos (1986).

Arquitectura urbana en Costa Rica. Exploración histórica 1900-1950

Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.

Alvarez, Yanory y Gomez, Dennis (2000).

San José de Antaño. Distrito Catedral (1890-1940)

San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes,

Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural.

Bustamante de Rivera, Tirza (1996).

La ciudad de San José. Ensayo Histórico.

San José: Municipalidad de San José.

Carvajal Alvarado, Guillermo (2005).

La organización del espacio urbano de la ciudad de San José.

San José: Editorial Librería Alma Mater.

Fernández, Andrés (2013).

Los muros cuentan. Crónicas sobre arquitectura histórica josefina

San José: Editorial Costa Rica.

Fernández, Andrés (2016).

Pasado construido. Crónicas sobre arquitectura histórica josefina

San José: Editorial Costa Rica.

Oconitrillo, Eduardo y Enríquez, Francisco, compiladores (1998).

Historias de mi barrio (el San José de ayer)

San José: Editorial Costa Rica.

Quesada Avendaño, Florencia (2001).

En el barrio Amón. Arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la élite urbana de San José, 1900-1935

San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Quesada Avendaño, Florencia (2011).

La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930

San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Vargas, Gerardo y Zamora, Carlos Manuel (2000).

El Patrimonio Histórico-Arquitectónico y el Desarrollo del Distrito Carmen de la ciudad de San José 1850-1930

San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes,

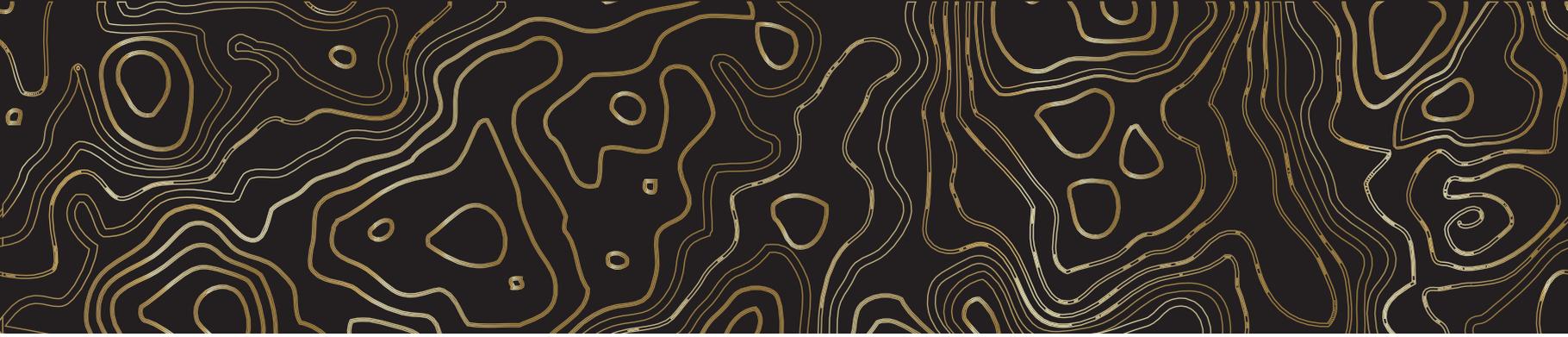
Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural.

Zamora, Carlos Manuel (2003).

La antigua Aduana Principal y su entorno histórico (Barrio Aranjuez)

San Jose: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes,

Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural.



Esta publicación es posible gracias al apoyo de

Organizaçã
de Estados
Ibero-americanos

Organizaçã
de Estados
Ibero-americanos

Para a Educaçã,
a Ciênci
e a Cultura

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura

Traffic Museum, edición Barrios fue posible gracias al apoyo de:

COORGANIZAN:



Gensler



PATROCINAN:



MEDIA PARTNERS:



PRODUCE:



